



*Mi mejor  
error*

*Gema Samaro*

**MI MEJOR ERROR**

**GEMA SAMARO**

©Gema Samaro, agosto, 2021

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStock by Getty Images iStock.com/Booka1

Diseño de portada: AIRG

*Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora.*

*Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.*

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[EPÍLOGO](#)

# Capítulo 1

Yago llevaba una hora de lectura plácida recostado en una de las tumbonas más alejadas de la piscina, cuando le sobresaltó una música atronadora:

—¿Qué es eso? —preguntó levantando la cabeza de su Kindle.

Diego, su sobrino, que estaba a su lado, respondió como si tal cosa, con la vista clavada en su libro:

—Fonsi y Demi Lovato.

—Ya, ya sé quiénes son. Conozco la canción. Pero ¿nos van a tener toda la mañana dando por saco con la musiquita?

—Imagino que la tarde también. ¡Me encanta!

—Te encanta porque no estás leyendo *Antifrágil* de Taleb, un tocho de ochocientas páginas que es incompatible con este atroz ruido ambiental.

—Lee otra cosa, si quieres te paso uno de *Los Compas* —replicó Diego, risueño.

Yago bufó, miró a ese pequeño diablo que no entendía aún cómo podía habérsela jugado de esa manera, y dijo:

—Para ti todo es muy divertido, pero...

Yago no pudo acabar la frase porque, de repente, se escuchó una voz dulce cantar:

—¡Hola, hola, caracola! ¡Buenos días! ¡Bienvenidos a nuestro hotel Atardeceres Rosas! ¡Comenzamos el día con un temazo y lo que nos queda! ¡Va a ser genial! ¡Que disfrutéis mucho de la mañana y os recuerdo que en diez minutos comienza la clase de *aquagym*! ¡Os espero, caracolas!

Yago se quedó mirando al kiosco de madera de donde procedía la voz y la vio a ella tras un equipo básico de música.

De pronto, en medio de ese despropósito apareció una chica con una sonrisa enorme y preciosa, ojos que intuía verdes, nariz fina y puntiaguda, media melena ondulada castaña con reflejos naturales de color rojo y miel, de estatura normal y curvas que se intuían a través de una horrible camiseta naranja de dos tallas más y unos pantalones azules cortos que le llegaban a mitad del muslo.

El uniforme no podía ser más *antisexy*, pero daba lo mismo, hasta con ese atuendo tan espantoso ella destacaba como una flor de hibisco en medio de un estercolero.

—¿Qué te pasa que te has quedado atontado? ¿Te gusta la animadora? —inquirió su sobrino metiéndole un codazo.

Yago dio un respingo, miró ofuscado a su sobrino y respondió agitando el Kindle al aire:

—Pasa que esto es un infierno, pasa que yo no tenía que estar aquí, pasa...

Diego le interrumpió muerto de risa para preguntarle con los ojillos chispeantes:

—Pasa que te has quedado pillado por la animadora. ¿Quieres que me entere de cómo se llama y luego que te la presente?

Yago clavó la mirada a su sobrino, bufó y respondió para que dejara de decir estupideces:

—La culpa de todo esto la tiene tu madre.

—¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre con que te hayas quedado pasmado al ver a esa chica tan guapa? —preguntó Diego, que no podía parar de reír.

Yago se pasó la mano por la cara, resopló y le contestó muy serio, pues tenía que pararle los pies ya mismo:

—Tu madre te tiene todo el día viendo películas y series románticas y eso te tiene trastornado.

—¡Tú eres el que se ha quedado flipado al ver a esa chica! —exclamó Diego, apuntándole con el libro.

Yago se recostó otra vez en la tumbona, clavó la vista en la lectura al tiempo que mascullaba:

—¡No digas bobadas!

—Digo la verdad, por eso estás así de picado. Por cierto, ¿te has dado cuenta de todos los idiomas que habla esa chica? Ahora está dando los buenos días en klingon...

Yago se había dado cuenta perfectamente porque esa chica no paraba de repetir lo mismo en distintas lenguas:

—Es neerlandés, pero celebro que conozcas el klingon. Eso me da alguna esperanza.

—He visto *Star Trek* con el abuelo. Es un hombre muy sabio que, por cierto, dice que vamos a ser muy felices en este sitio.

—Pues yo de buena gana me marchaba ahora mismo —aseguró Yago, que solo tenía ganas de huir.

—Porque eres un trol de fango que no sabe disfrutar de lo bueno de la vida.

Yago alzó la vista hacia las laderas desérticas, hacia los cultivos hidropónicos de tomates y hacia ese mar que languidecía al fondo y solo pudo refunfuñar:

—¡No me toques las narices! Estoy que me subo por las paredes desde que tuve que cancelar mis vacaciones a Indonesia para venirme a este sitio horripilante contigo.

—Te gané una apuesta —le recordó Diego, feliz.

—¡Me pillaste volando bajo! Tuve un mal día, me dolía la cabeza, estaba desconcentrado... Y pasó. Me ganaste esa maldita partida de ajedrez. ¡Pero una y no más!

Diego dejó el libro en el regazo, colocó las manos detrás de la cabeza, suspiró y luego musitó:

—¡Te gané porque el amor mueve montañas!

Yago le miró ofuscado, apretó las mandíbulas y casi que gruñó:

—¡Ya estamos!

Diego con la mirada soñadora puesta en el cielo que para él lucía más azul y más bonito que nunca, confesó sin importarle para nada lo que pudiera pensar su tío:

—Creo en el amor.

Llegados a ese punto, Yago consideró conveniente abrirle los ojos al pobre pardillo de su sobrino antes de que la vida lo cosiera a guantazos:

—A ti te han hecho que creas, porque por culpa de tu madre te pasas el día consumiendo esas mierdas románticas. Y los deseos son miméticos...

—¿Y eso qué es? —preguntó Diego, convencido de que por mucho que dijera su tío no iba a dejar nunca de amar a Yasmina Trujillo.

Yago se puso más serio todavía, ya que había llegado la hora de quitarle la venda a ese mocososo, aunque le doliera y contestó:

—Muchas veces creemos que nuestros deseos son nuestros y realmente son los deseos de los otros. Tú crees que estás enamorado, pero en verdad lo que haces es imitar lo que te venden en esas películas y series.

Sin embargo, a Diego esa verdad de su tío le pareció tan absurda que masculló:

—Yo sé muy bien lo que siento. ¡A mí no me cuentes cuentos!

—Algún día me agradecerás que te esté abriendo los ojos. ¡Espabila!

Diego se incorporó para replicar a su tío, al que le costaba asumir su derrota:

—¡Espabila tú! Y acepta de una vez que perdiste una apuesta y que estás en el mejor lugar del mundo con tu sobrino favorito.

A Yago no le quedó más remedio que soltar una carcajada, pues aquello no podía ser más gracioso:

—Jojojojojo.

—Te ríes porque sabes que tengo razón.

—Sí, seguro que sí —murmuró irónico.

—Además no sé de qué te quejas tanto si no tenías deseos de nada.

—¡De estar tranquilo!

—¡Qué aburrimiento! —repuso Diego, fingiendo un bostezo.

—¿Te parece poco? Pues para mí no hay nada mejor que estar tranquilo mientras disfruto de la naturaleza, de la belleza salvaje, de la aventura... Joder, ¡solo de pensar en que a estas horas tendría que estar subiendo el volcán Merapi, me pongo enfermo!

—¡Qué perezón subir a un volcán con este calor!

—¿Hay algo que a ti no te dé perezón?

—¡Y encima solo! —exclamó Diego con cara de asco.

Yago se envaró y dijo con orgullo, pues era algo que llevaba muy a gala:

—Solo estoy tan ricamente. No hay nada que disfrute más que de mi soledad.

—Pero esos deseos de estar tranquilo, ¿son tuyos o es lo que te dicen que tienes que desear?

Yago fulminó a su sobrino con la mirada y, antes de que se le siguiera subiendo a las barbas, le exigió:

—¡No me vaciles, Diego! Y escúchame... Una de las grandes lecciones que debes aprender en esta vida es a estar solo y a disfrutar de estar contigo mismo.

—Ya, bueno, sí. Qué me vas a contar si soy hijo único. De todas formas, el abuelo dice que la familia es lo más importante. Estás mucho mejor aquí y conmigo.

A Yago no le extrañó que su sobrino sacara a colación a su abuelo, porque para él era su dios, pero con todo le aclaró:

—A ti te padezco todo el año. Y yo necesito unas vacaciones de verdad, no esta tremebunda pesadilla.

Diego fue a replicar algo, pero no pudo ya que ansioso por reencontrarse con Yasmina y por dejar de escuchar al plasta de su tío, le dio por mirar a la puerta de acceso a la piscina y aparecieron ellos.

Los Trujillo.

Y los miró admirados porque no podían molar más...

Eran tan guapos y estaban tan felices que parecían sacados de un anuncio de Halcón Viajes.

El padre con su gorra Goorin Bros con un gallo estampado, su porte de bombero de calendario y cargado con dos bolsones de paja. La madre con un impecable *look piscinero* al que no le faltaba de nada, ni las uñas decoradas con pequeñas sandías, pues para algo regentaba un centro de uñas. El hijo pequeño, que tenía siete años, el pelo de pincho y la cara de travieso, y que había salido disparado hacia la piscina infantil y luego estaba ella...

Yasmina.

Con el pelo largo de sirena, rubio y liso, los ojos azules, la sonrisa divina y los andares de princesa de cuento, aunque llevara unas sandalias de dedo de plástico.

Diego creyó que se le iba a salir el corazón y musitó llevándose la mano al pecho:

—¡Ya están aquí!



## Capítulo 2

Yago miró a su sobrino con el ceño fruncido porque no sabía qué mosca le había picado y replicó:

—Ya están aquí, ¿quiénes? ¿Los de la invasión zombi? ¿Por qué tienes esa cara?

—Porque acaban de llegar los Trujillo y no hay nada mejor en el mundo que ellos.

Yago conocía a los Trujillo de los cumpleaños y las fiestas del colegio de Diego y sabía perfectamente lo que a su sobrino le pasaba con ellos. Pero decidió no ahondar en la herida y decir restándole importancia:

—Son una familia más.

Diego negó con la cabeza y precisó, pues no podía consentir que su tío dijera semejante cosa:

—No. Son lo más. Mario es un bombero que salva vidas, Barbi es una gran artista de uñas, Iker es el niño más divertido que conozco y Yas es mi *crush*.

Yago miró a su sobrino horrorizado y le pidió para que no continuara por ahí:

—¡No sigas diciendo esas cursilerías porque estoy a punto de vomitar el desayuno de la mañana!

Diego guardó su libro en la mochila, se levantó, se quitó la camiseta blanca que llevaba y replicó a su tío encogiéndose de hombros:

—Es lo que siento. Y, ahora, levanta el culo que tenemos que ir a hacer *aquagym*.

—Yo ya he ido al gimnasio esta mañana mientras tú dormías como un oso.

—¡Tú sí que roncas como un oso! ¡Me he despertado ochenta veces por tu culpa! Y eres mi tío, no puedes dejarme solo en esto. Yasmina me ha contado que todas las mañanas y todas las tardes hacen *aquagym*. ¡Vienen a este hotel desde siempre! Y, míralos, ¡ya se han quitado la ropa y están en traje de baño! ¡Tenemos que hacer lo mismo que ellos! Y no porque sea un *mitetitico*, es porque necesito estar cerca de ella. Y contigo doy menos el cante. Disimulo más. ¿Lo pillas?

Yago tenía tan claro que no iba a meterse en la piscina para hacer coreografías absurdas al son de la música que se limitó a responder manteniendo la calma:

—Mimético. Se dice mimético. Y no cuentes conmigo para hacer el ridículo. Gracias.

Yago se enfrascó de nuevo en la lectura de su ensayo en tanto que Diego se acuclilló a su lado y le suplicó:

—Por favor, Yagui, haré lo que me pidas.

Yago no pensaba ser el que le enseñara a su sobrino que las cosas no se conseguían con burdos chantajes, pero sí el que le enseñara a negociar. Por eso replicó con una sonrisa de oreja a oreja:

—¡Hecho!

Yago se desabrochó la camisa blanca, la dejó sobre la tumbona, se levantó y se calzó las chanclas a la vez que su sobrino se incorporaba de un salto y exclamaba exultante de felicidad:

—¡Genial!

Yago, que no pudo evitar sentir ternura por esa pobre criaturita, sacó el protector solar de su mochila y le pidió a sobrino:

—¡Antes de ir al agua, déjame que te ponga crema!

—¡Ya me he puesto antes de venir! —le recordó Diego, espantado.

Yago se echó un buen chorro de crema en la mano y repuso a su sobrino:

—Por eso mismo, ya han pasado dos horas. ¡Acércate!

Diego le miró horrorizado, se echó tres pasos atrás y exclamó:

—¡No tengo tres años! ¡Yasmina va a pensar que soy un *pimpín*!

Yago lamentaba mucho ser duro, pero ese debía ser su papel:

—Tranquilo que Yasmina seguro que ya lo piensa. Solo un pringado se presenta en el hotel de la chica que pasa de él.

—¡Te equivocas! A Yasmina le he dicho que he venido a este hotel para no dejar solo a mi tío el soltero al que nadie quiere.

Yago, que era la primera noticia que tenía, frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué le has dicho qué?

—Se lo conté el otro día por Whatsapp, le confesé que no hay quien te aguante, que eres un *otaku*, que no tienes con quién pasar las vacaciones, y que a mí no me ha quedado otra más que acompañarte a este sitio que has elegido porque te *putoencanta*.

Yago entornó la mirada, apretó las mandíbulas y le dijo a su sobrino poniéndose muy serio:

—Yo no sabía que fueras tan mentiroso y tan malhablado.

—Hablo como habla todo el mundo y no soy mentiroso, soy estratega. Y lo aprendí de ti.

—¿Yo te he enseñado eso? —inquirió Yago ofuscado.

—Todo el rato. Cuando pones cara de tener mucha prisa en las colas del *super* para que te cuelen o cuando dices que estás malo de la tripa para no comerte algo que no te gusta. Como también recuerdo que hace un par de años me enseñaste que eso que hacías de soltar mentiras a cascoporro se llamaba estrategia. Y que vivías de ello. Me pareció muy chulo y suena genial. ¿A qué sí? Es *to Gucci*. Por eso te copio.

Yago sintiéndose un completo imbécil, tomó por los hombros a Diego, le dio la vuelta y le puso la espalda pringando de protector.

—¡Lo que tú digas, pero tú no vas a volver a casa con la piel color langostino!

Diego intentó zafarse de su tío, si bien le agarraba con tal fuerza que tuvo que tirarse al suelo para liberarse de él:

—¡Ya! ¡Para! ¡El resto me lo pongo yo solo!

Yago le pasó la crema, el crío se incorporó, vertió un poco en la mano y se la extendió por el cuerpo y la cara, a la vez que su tío le ordenaba:

—¡Échate más!

—No quiero ser el payaso de la piscina.

Yago sabía que no había nada mejor que el ejemplo, por eso le arrebató el protector a su sobrino, se untó bien de crema por todas partes y acto seguido le pidió:

—Ahora échame tú crema en la espalda. Para mí no supone ningún problema que lo hagas...

Diego agarró la crema, vertió un poco en la mano y repuso a la vez que Yago le daba la espalda:

—Si te dibujo un pene, a lo mejor sí que lo es.

Yago se giró disimulando las ganas que tenía de reírse, le arrancó la crema y murmuró:

—¡Trae que ya me la pongo yo!

Y se vertió tanta crema en la mano que después de untarse la espalda y las piernas aún le sobraba y se la echó por la cara.

—Jolín, tío, si le pedimos a la señora del bikini verde su pintalabios rojo, para pintarte la boca y la nariz, quedarías clavadito al Joker.

Yago que se estaba hartando de tanta bromita, bufó y le ordenó a su sobrino:

—Vámonos a la piscina. ¿No tenías tantas ganas de estar con tu princesa?

Diego respiró hondo, asintió y confesó a su tío que estaba hecho un auténtico fantoche:

—Estoy muy nervioso, pero solo tengo que mirarte y me parto la caja. Jajajajajaja.

Yago cogió a su sobrino por el hombro y le empujó para la piscina:

—Tú ríe, ríe...

Diego no dijo nada, porque justo en ese instante Yasmina, que ya estaba en el agua, se percató de su presencia y nadó hasta el borde de la piscina donde él se encontraba:

—¡Hola, Diego! ¡Qué bien que estés aquí! —saludó Yasmina, tras ponerse las gafas de nadar rosas en la frente y sonreír de oreja a oreja.

Diego resopló, sin saber qué decir, temblando entero, y no se le ocurrió nada mejor para salir del paso que meter un codazo a su tío y responder:

—¡Hola, Yas! ¡Pues sí, estoy aquí por este!

La niña saludó a Yago, se encogió de hombros y replicó:

—Lo importante es que vamos a estar unos días juntos. ¡Me voy que empieza la clase!

—Nosotros también vamos. ¡Mi tío está *living* por veranear en el hotel!

—Estoy que no quepo en mí de gozo —masculló Yago, irónico.

Y, justo en ese instante, los primeros acordes de *Bailando* de Enrique Iglesias empezaron a sonar, la animadora pizpireta anunció que arrancaba la clase, Yasmina nadó hasta situarse en primera fila junto a su familia y a Yago no le quedó otra que lanzarse al agua tras su sobrino, pues tenía que enseñarle una lección básica de negociación.

O eso creía, porque en cuanto se situaron en la última fila de la clase de gimnasia acuática, Diego le aclaró a su tío:

—Cuando te he dicho que haré lo que me pidas, que sepas que no incluye el marcharnos del hotel. No soy tan *tontaco*...

## Capítulo 3

Kira se situó en el exterior de la piscina, frente a su clase, empezó la sesión con unos ejercicios suaves de calentamiento y, al momento, se percató de que ese verano no solo iba a alegrarse la vista con Mario Trujillo, el bombero buenorro, sino que había otro ser en la última fila recién llegado y bañado en protector solar que estaba como quería.

Debía medir 1,90 metros, era castaño, lucía un corte de pelo impecable y corto, y a pesar de que llevaba tanta crema en la cara que parecía cemento, el tío seguía estando rematadamente guapo.

Tenía los rasgos muy varoniles y marcados, los ojos grandes y oscuros, la nariz recta, la boca ni muy gruesa ni muy fina, el mentón fuerte, y luego estaba el cuerpo.

Ese tío no tenía nada que envidiar al cuerpo de superhéroe del bombero. Tenía unos brazos potentes, un torso de impresión, unos abdominales bien definidos y unos oblicuos para perder el sentido.

Y hasta ahí podía llegar con la descripción, porque el agua le cubría justo debajo del ombligo y no podía ver mucho más.

Solo podía intuirlo y le entró un calor de lo más absurdo.

Y mira que ese día no hacía un excesivo calor, apenas había veinticuatro grados, corría una ligera brisilla y el sol aún no pegaba demasiado.

Pero vamos, estaba segura de que era otra fruta prohibida como el bombero, ya que tenía pegado al lado un niño, clavadito a él, que debía ser el hijo y la madre no tenía que andar muy lejos.

Qué se le iba a hacer...

Y mejor así.

Pues eso de tener un lío con un cliente solo era una fuente de conflictos.

A ella afortunadamente jamás le había pasado nada parecido, ni quería que le pasara porque estaba muy a gusto, así como estaba, y le bastaba y sobraba con la sola contemplación de esos cuerpos sublimes.

Que la verdad era que no abundaban mucho por la piscina del hotel, pero de tanto en tanto aparecían ejemplares como el tío de la cara de cemento que, por cierto, tras volver a mirarle y a remirarle con discreción, concluyó que se llevaba la palma.

Sin dudarlo, afirmaba que era el tío más bueno que había pisado esa piscina en los últimos tres años que llevaba trabajando.

Ahora que sieso era un rato, puesto que, al pasar a los ejercicios de brazos, consistentes en aplausos por encima de la cabeza y movimientos a izquierda y a derecha al ritmo del *Baile del gorila*, el tío se quedó rígido como un palo.

Cómo no sería la cosa, que el niño que tenía pegado al lado tuvo que levantarle un brazo para que se arrancara de una vez y el tipo, quizá solo para que le dejara tranquilo, comenzó a mover los brazos a un lado y a otro con la misma gracia que un señalero del aeropuerto.

Pero lo peor vino con los ejercicios de caderas, que debió encontrar de lo más complicados, pues ese tío se quedó con la vista clavada y una cara de alucine tremenda.

Por lo que Kira dirigiéndose expresamente a él, le marcó despacio los movimientos y luego le pidió:

—¡Es muy fácil! ¡Ahora inténtalo tú!

Yago agradeció tener toda la cara blanca, ya que sintió que estaba más rojo que los tomates que estaban bajo los mares de plástico que los rodeaban.

—Tío, ¡qué vergüenza me estás haciendo pasar! ¡Si hasta las viejas de la segunda fila han pillado el movimiento a la primera! ¿Tanto te cuesta mover las caderas? ¿O es que te has quedado *flasheado* con la monitora? —murmuró Diego.

Yago sin saber dónde meterse, se puso a la defensiva y replicó con la primera tontería que se le ocurrió:

—¡No soporto esta música! ¡Y yo no bailo nunca! Los tíos como yo no tenemos necesidad de hacerlo para llamar la atención. Eso es cosa de betas y de omegas.

—¿Qué dices, tío? Mario Trujillo es un superhombre y mira cómo menea las caderas. ¡Aprende de los maestros!

Yago solo sabía que con los ejercicios de los brazos para ejecutar la coreografía del gorila se había quedado extasiado contemplando a la animadora.

Era algo absurdo, pero se había quedado tan maravillado con esos movimientos tan elegantes y sensuales que su sobrino había tenido que moverle un brazo para que dejara de extasiarse.

Pero es que ya con los ejercicios de caderas había sido el no va a más, porque ver a esa chica haciendo esos movimientos había llegado a erotizarle.

Y no podía ser.

Era ridículo. Él era un tío curtido que estaba acostumbrado a que le bailaran el *Sarandonga* hasta en las salas de reuniones, si bien su cuerpo jamás había reaccionado como con la animadora.

Pues a esa chica le habían bastado tres movimientos de cadera para ponerle tan mal que necesitaba un bañador grande, muchísimo más grande.

Menos mal que el agua le cubría hasta el ombligo y nadie se dio cuenta. Y, acto seguido, para que su sobrino lo dejara en paz y sobre todo para que la chica no tuviera que marcarle nunca más ningún tipo de movimiento, comenzó a mover las caderas como ella lo hacía.

Y sin dejar de mirarla...

Más que para copiarle el movimiento, porque no podía dejar de hacerlo.

Y se dejó llevar...

Se dejó llevar tanto que Kira decidió pasar rápido a un ejercicio de piernas, solo para que el tío de la cara blanca dejara de mover las caderas de ese modo tan *sexy*, así frente a ella.

Puesto que lo de las caderas de ese hombre era un escándalo.

De no pillar el movimiento, había pasado a moverse de una manera que era imposible que la imaginación no se le disparara.

De hecho, no pudo evitar fantasear con que estaba debajo, encima, detrás y delante de ese pedazo de dios del sexo.

Porque tenía que serlo.

Es que no podía ser otra cosa.

Y sintió tanto calor que tuvo que echar mano a la botella de agua fresca y seguir con los ejercicios de piernas porque eso no había quien lo aguantara.

Pero tampoco le dio ninguna importancia.

Esas cosas eran normales.

Era verano, llevaba sin catarlo ocho meses desde que acabó con Gian y ella no era de piedra.

El que sí que tenía cierta parte de su anatomía como una piedra era Yago que, con la tontería de los ejercicios de caderas, se le habían pasado demasiadas cosas por la cabeza.

Y ninguna buena...

—¿Tú no sabes hacer otra cosa más que dar el cante? —le reprendió su sobrino, cabreado.

—Estoy meneándome. ¿No es lo que querías?

—Antes parecías un robot oxidado y ahora pareces un pandillero muy chungo. Tienes que bailar como los Trujillo. Son una familia perfecta de *tiktokers*. Y lo petan.

Yago pensó que tenía que hablar seriamente con su hermana Olga porque era más que evidente que su sobrino tenía un problema.

Y respecto a lo de su baile, tenía razón...

Se le había ido demasiado la pinza con esa chica.

Pero estaba convencido de que se le pasaría.

Era la novedad.

Y que ese lugar era tan horrible que le había impactado más de lo habitual la presencia de esa preciosidad que no perdía nunca la sonrisa.

Y ya.

Así que decidió no darle más importancia y seguir con la clase en la que poco a poco se fue animando hasta el punto de que acabó canturreando algunos temas, para horror de su sobrino que nuevamente le reprochó:

—¡Canta para tus adentros! ¡Lo haces fatal! No sé si eres consciente... ¡Pareces un *goofy*!

Yago solo sabía que, aunque estaba en Mordor se sentía bien, estúpidamente bien, y que de repente hasta le había dado por canturrear un poco.

—Y eso de *goofy*, ¿qué es?

—¡Tonto del culo!

—¿Por cantar? Bah. Todo el mundo lo hace —se excusó encogiéndose de hombros.

—Los Trujillo no. Y son campeones de karaoke.

Yago decidió no decir nada y seguir con la clase hasta el final.

Si bien cuando la animadora anunció que después del *aquagym* les esperaba a los menores de doce años un concurso de dibujo, empezó a verla de otra manera...

Porque, de repente, se le ocurrió que la animadora podía ser la aliada perfecta.

Y la necesitaba...

## Capítulo 4

Después de la clase de *aquagym*, Diego se quedó en la piscina con los Trujillo y Yago aprovechó para abordar a la animadora sin más.

Por deformación profesional sabía lo importante que era tomar decisiones rápidas, así que aprovechó el momento en el que la animadora se estaba colgando la mochila al hombro, para acercarse a ella por la espalda. Luego, carraspeó un poco y se presentó:

—¡Hola! Soy Yago León y necesito que me ayude.

Kira al escuchar una voz profunda y arrebatadora, sintió como una especie de corriente eléctrica por todo el cuerpo, se giró y vio que era él.

El señor León.

Joder.

Era un pedazo de tío que impresionaba mucho más al tenerlo de cerca y eso que tenía la cara llena de churretes blancos.

Madre mía.

Y lo siguiente que se le pasó a Kira por la cabeza fue que no tenía ni idea de para qué le necesitaba ese tío, pero que gustosa se ofrecía a que le hiciera lo que quisiera.

Qué horror.

Estaba fatal.

Pero lo achacó a las endorfinas liberadas tras el ejercicio, sonrió y replicó tendiéndole la mano:

—¡Hola! Soy Kira Núñez. Dígame en qué puedo ayudarle y túteame, por favor.

Yago no pudo decir nada porque esa chica solo tuvo que sonreírle para dejarle sin aliento.

Era estúpido, pero estaba actuando frente a la animadora como el pardillo de su sobrino ante Yasmina Trujillo.

Y ya le valía...

Porque él era el típico tío que solía recibir wasaps de mujeres con invitaciones repletas de emoticones con fuegos, berenjenas y melocotones.

Así que no entendía nada.

El caso fue que se puso serio, le clavó la mirada y le habló en su tono habitual de tío seguro, contundente y agudo:

—Gracias, Kira. Tú también tutéame, por favor. Verás, necesito que me ayudes con mi sobrino. Es el morenito con pecas que está con esa familia tan perfecta.

—Los Trujillo —dijo Kira, a la que le hizo gracia lo de la familia perfecta.

—Los mismos. Por culpa de esa gente estoy metido en este horror, cuando donde debería estar en este justo instante es recorriendo la isla de Bali en moto, solo, absolutamente solo, y sintiendo el viento en la cara.

A Kira escuchar lo del viento en la cara y solo, le gustó tanto que masculló sonriente:

—Ya.

Yago se quedó mirando esa sonrisa preciosa como un auténtico pánfilo y pensó que como no fuera al grano aquello iba a acabar fatal. Por lo que habló aun a riesgo de que pensara que era un idiota integral:

—Cometí el error de apostar con mi sobrino que, si me ganaba al ajedrez, le traería a este infierno donde veranea Yasmina Trujillo, su amor platónico. Y me ganó. Tuve un mal día, me dolía la cabeza, no estaba centrado... Y sucedió: me ganó un crío de once años. Así que tuve que anular mis vacaciones a Indonesia y venirme al hotel con él.

A Kira le pareció algo tan encantador y tan romántico lo que había hecho ese crío que musitó:

—¡Qué bonito! ¡Es increíble la de cosas que podemos hacer por amor!

Yago torció el gesto porque a él no le parecía que aquello tuviera nada de bonito y, después, en su desesperación, no se le ocurrió nada mejor que proponerle algo que atentaba contra su ética:

—Tienes que ayudarme. Y como acabo de escuchar que vas a organizar un concurso de dibujo, me gustaría saber cuánto me costaría que mi sobrino...

Kira atónita, porque ese tío estaría muy bueno, pero de principios iba más bien escaso, negó con la cabeza y repuso:

—Me niego a creer que me estés proponiendo semejante cosa para que tu sobrino gane el concurso.

Yago alzó las cejas, negó con la cabeza y replicó para acabar de ensuciar su imagen para siempre con esa chica:

—Para que pierda.

Kira se quedó de piedra, pues jamás en la vida se habría imaginado recibir semejante propuesta y habló:

—Para nada. Tengo una ética y unos principios. Y, por supuesto, que en este hotel no se aceptan ese tipo de sobornos.

Yago resopló, y llegados a ese punto, no le quedó más remedio que tirar un poco de cinismo:

—Tampoco utilices palabras grandilocuentes. Tan solo sería una compensación por los servicios prestados. Algo justo, después de todo.

Kira, alucinada, solo pudo replicar cruzándose de brazos:

—¿Justo? ¡A mí me parece algo indecente!

—Yo solo quiero que Yasmina confirme que mi sobrino es un patán, se decepcione y le ignore completamente.

Kira, espantada, miró a ese tío y musitó:

—¡Qué cosa tan cruel, por favor!

Y, por si aún esa chica no se había terminado de convencer de que era un cabrón, repuso:

—¡Tampoco exageres! Yo adoro a mi sobrino y solo deseo lo mejor para él.

—Ya veo, ya.

Yago soltó el aire de golpe que tenía contenido en los pulmones, apretó las mandíbulas y, en un arranque de sinceridad, confesó:

—Solo quiero que se libere de la obsesión absurda que tiene por esa chica y que al fin podamos escapar de este lugar inhóspito.

Kira, a pesar de que en el amor no es que le hubiera ido muy bien y que supiera perfectamente dónde estaba, aseguró:

—Los amores platónicos son muy bonitos. Y este lugar está genial. A mí me gusta.

Y tras decir esto, Kira sonrió y a Yago se le removió algo por dentro. No sabía decir bien qué, pero algo. Y, además, el idealismo y el optimismo de esa chica le provocaron una mezcla de



ternura y admiración que no le gustó para nada.

Porque él no estaba ahí para sentir esas cosas, y le dio tanto coraje que replicó cínico:

—¿Te gusta estar bailando *El baile del gorila* en medio de un secarral?

Kira soltó una carcajada, pues no pensaba tomarse las palabras de ese tío en serio. Luego, levantó la barbilla, le retó con la mirada y repuso:

—No me ofendes con tus palabras. ¿Sabes por qué?

—Porque me has calado desde que me has visto entrar en la piscina.

Kira pensó que mejor que no supiera lo que había pensado en cuanto le había visto en la piscina y en su lugar respondió:

—Una de las cosas que he aprendido en este trabajo es ni a juzgar ni a tener prejuicios. Así que tranquilo. Y no, no me ofendes con tus palabras porque me apasiona mi trabajo. Tengo vocación de servicio. Me encanta conocer a gente de todas partes del mundo. Me divierte organizar juegos, disfruto las clases de *aquagym*, me gusta trabajar en equipo...

Yago decidió interrumpirla ya que como siguiera escuchándola medio minuto más, iba a quererla en su equipo y habló:

—Vale. Te lo compro. Pero este lugar es infame. No sé qué pinta esta mole de hotel en medio de mares de plásticos, con esas laderas secas al fondo y el mar de verdad que se adivina a lo lejos.

—No se adivina, se ve perfectamente.

—A siete kilómetros. Y luego está el campo de golf...

—Que utiliza agua regenerada y hierba autóctona resistente a la sequía —le informó Kira, que sí que era resistente a todo.

—Qué vehemencia. ¿No serás la hija de la directora del hotel? —le preguntó Yago, admirado.

—No, pero tengo cariño a este lugar. Me gusta el sol. Los hibiscos del jardín. La brisa de la mañana. El olor a jazmín de por las noches. El mar Mediterráneo, siempre distinto, allá en la lontananza. Las risas de la gente. Las familias felices. Los cruces de miradas entre dos desconocidos. Las historias de amor que surgen de repente y que lo cambian todo... —Kira se estaba sincerando tanto que se estaba poniendo al borde de las lágrimas con la tontería. Y se sintió tan mema, que decidió cortar el rollo y añadir—: Y los tomates, por supuesto, adoro los tomates.

A Yago casi que le fastidió que se acordara de pronto de los puñeteros tomates, porque la cosa se estaba poniendo interesante con lo de las historias que lo cambian todo.

Es más, no le habría importado que le contara alguna, pero no se lo dijo y en su lugar soltó:

—Los tomates no tienen culpa de nada. Supongo que ellos estaban aquí antes de todo este despropósito. En fin, dejemos el tema este y dime, ¿me vas a ayudar?

Kira se cruzó de brazos, negó con la cabeza y contestó:

—¿A qué? ¿A traumatizar a tu sobrino? No, desde luego que no.

—¿Y tú qué harías en mi lugar?

—¿Yo? ¡Pasar unas vacaciones inolvidables con mi sobrino y dejar que el crío disfrute con su amiga en este magnífico hotel!

Yago se revolvió el pelo con la mano, resopló y refunfuñó:

—Ya, claro, se me había olvidado que te pagan para que no salgamos de este maldito lugar.

—Me pagan para eso y te estoy diciendo lo que pienso de corazón. Yo soy todo corazón, no sé si te has dado cuenta —aseguró Kira, llevándose la mano al pecho.

Y Yago pensó que se estaba dando cuenta de demasiadas cosas...

Y que eso, justamente eso, no podía ser...

## Capítulo 5

Después de la conversación con Kira, Yago regresó a su sombrilla donde a las dos horas apareció de nuevo ella.

La verdad era que no había podido evitar echarle alguna miradita mientras estaba con el concurso en la zona de la ludoteca, más que nada porque sus carcajadas le habían sacado de la lectura unas cuantas veces.

Y eso le irritaba tanto...

Pero luego la miraba y se le pasaba todo.

El caso fue que Kira se acercó a él con una ristra de doce dibujos pegados uno tras otro, que desplegó frente a sus ojos y le contó con una sonrisa enorme:

—Te toca hacer de jurado. Es un concurso de diseño de tumbonas de piscina. ¿Cuál es tu favorito?

Yago que se quedó como siempre idiotizado con esa sonrisa, se incorporó, carraspeó un poco y preguntó sorprendido:

—¿Los estás preparando para que entren a trabajar en el Ikea?

Kira se mordió los labios para no echarse a reír y respondió:

—Es una actividad creativa y...

—No hace falta que te justifiques. Me parece genial que los vayas preparando para el futuro, no están las cosas como para perder el tiempo dibujando mariposas y unicornios.

—¡Pues lo que más hago son concursos de mariposas y unicornios! ¡Y a mí me encantan!

—Ya imagino —murmuró Yago, que no esperaba menos de ella.

—¿Lo dices por mis chanclas de *brillibrilli*? —bromeó Kira, levantando un pie para mostrarle su chancla.

Yago se quedó mirando ese pie, delgado, largo, con las uñas pintadas en rojo fuego y se puso malo.

Absurdamente malo.

Tan malo que se levantó de la tumbona, agarró la toalla y se la enroscó en la cintura a modo de faldón.

—Tengo frío —se justificó—. Y supongo que te gustan los unicornios porque los amores platónicos te parecen lo mejor del mundo y eres capaz de encontrar belleza hasta en una botella de lejía.

—Es que creo en el amor y me gusta ver el lado bonito de las cosas. Por cierto, ¿no sería mejor que te pusieras un poco al sol?

Yago pensó que como se calentara más iba a arder en llamas, así que murmuró:

—Estoy bien ya. Gracias.

—Genial. Y por lo poco que nos conocemos deduzco que tú eres justo al contrario que yo. Ni crees en el amor ni te gusta quedarte con lo bonito de las cosas.

Yago pensó que estaba equivocada, pues en ese justo instante no le habría importado quedarse

un rato con ella, que era lo más bonito que había a kilómetros a la redonda para hacer de todo menos pintar unicornios, pero en su lugar dijo:

—El amor exige demasiado y yo soy incapaz de darlo. O al menos eso es lo que me reprochan mis ex.

Kira se echó la melena a un lado en un gesto que Yago encontró de lo más *sexy* y reconoció:

—A mí me suele pasar al revés. Soy de las que lo dan todo. Y siempre me sale mal.

Kira le dijo eso clavándole su mirada verde y Yago sintió una cosa rara por el cuerpo, que le empujó a preguntar:

—¿Entonces, estás sola? ¿No tienes pareja?

Y tras preguntarlo se sintió entre imbécil y chismoso de medio pelo. Sin embargo, a Kira la pregunta no le molestó en absoluto, negó con la cabeza y respondió convencida de que así iba a ser:

—Pero no dejes de creer en que un día aparecerá alguien que lo cambiará todo.

A Yago le conmovió tanto la candidez de esa mujer que tuvo que morderse los labios para que no se le escapara un: «¡Ay, madre!».

Luego, respiró hondo y soltó en un tono que no pudo resultar ni más seco ni más abrupto:

—Yo también estoy soltero. Pero no espero a nadie.

Kira, que tenía la imaginación disparada tras el gesto tan sensual que ese tío había tenido de morderse los labios, decidió que lo mejor era cambiar de tercio y farfulló:

—Genial.

Sin embargo, Yago, que estaba de un cotilla que ni se reconocía, se sorprendió a sí mismo preguntándole:

—¿Qué te parece genial: mi soltería o mi desesperanza?

A lo que Kira respondió, pues lo único que quería era dejar el tema de una vez:

—Que vivas como desees. Y ahora dime, que tengo que entregar el diploma al ganador del concurso antes de que se vayan a almorzar a las dos. ¿Cuál diseño te gusta más?

Yago arqueó una ceja, puso su mejor cara de cínico y preguntó:

—¿Vas a depositar en mí tamaña responsabilidad, después de que haya intentado sobornarte?

Kira soltó una carcajada nerviosa, porque ese tío era un borde de pelotas, si bien no podía evitar que le hiciera mucha gracia, negó con la cabeza y respondió:

—Tranquilo que ahora me voy a dar la vuelta completa a la piscina y todos los clientes van a votar.

—¡Qué peso me quitas de encima! No me gustaría malograr ningún talento —masculló irónico.

Y luego echó una ojeada a esos dibujos entre los que sin duda destacaban dos: el de su sobrino y uno que estaba a años luz de todos:

—Obviamente, esta especie de alfombra con cuatro patas es cosa de mi sobrino que es un vago de marca mayor. Lo ha despachado con cuatro trazos y ni se ha esforzado en colorearlo

—A mí me gusta. Tiene su punto —opinó Kira.

—¿Y para ti qué no lo tiene? Y en cuanto al resto de dibujos, me temo que hay alguien que ha llegado con las trampas más lejos que yo. Porque es más que evidente que te han dado el cambiazo y te han colado un diseño de adulto —dedujo Yago.

Kira soltó otra carcajada, negó con la cabeza y le confesó:

—No hacía falta que me sobornaras para que tu sobrino perdiera porque estando ella es imposible ganar nada.

Yago entornó la mirada y, sin dar crédito, replicó:

—¡Joder, con los Trujillo! ¿La nena también tiene talento para el dibujo?

—Y el diseño. ¡Me he quedado fascinada cuando he visto lo que ha dibujado! Su propuesta no puede ser más original, elegante, divertida, funcional...

Yago resopló de pura admiración y solo pudo mascullar:

—Mi sobrino tonto no es. Eso está claro.

—Tu sobrino me encanta, es muy divertido y muy guapo —reconoció Kira, sin dejar de mirar el dibujo de Yasmina.

—No como su tío —repuso Yago, que levantó la vista del dibujo para mirarla.

Kira se encogió de hombros, le devolvió la mirada y aseguró:

—Tú eres diferente.

—Vamos, que hay que echarme de comer aparte.

—Diferente. Dejémoslo ahí —zanjó Kira, arrugando la nariz.

Sin embargo, Yago no tenía ganas de cambiar de tema y eso que él era un tío al que le importaba un bledo lo que los demás pudieran pensar de él. Ni buscaba complacer ni que le entendieran. Se limitaba a ser él mismo. Pero con esa chica, de repente, sintió la necesidad de explicarse:

—Mi sobrino me preocupa. Y no porque esté colgado de Yasmina, que no lo está. Estoy convencido. Para mí lo que le sucede es que se pasa el día consumiendo series y películas románticas con su madre, mi hermana Olga, y se le ha ido la olla. Pero de quien realmente se ha pillado es de los Trujillo...

Kira que no entendía nada, pestañeó muy deprisa y preguntó:

—¿Cómo que de los Trujillo?

—Mi sobrino lo que desea realmente es tener una familia como los Trujillo. La clásica familia normativa de padre, madre y hermanos. Lo que él no tiene. Mi hermana Olga es madre soltera. Decidió un buen día, y sin previo aviso fecundarse, recurrió a un donante y nació Diego. Luego, sucedió que a esa edad en la que los críos empiezan a hacer preguntas, mi sobrino quiso saber quién era su padre. Mi hermana le confesó que era un donante. Diego, preguntó que qué era un donante y Olga contestó que un hombre generoso. Diego se quedó con eso y siempre que le preguntan por su padre, él responde que es Generoso, le bautizó así, pero al que le regala los frascos de colonia en el Día del Padre es a su abuelo, o sea a mi padre. Y sí, es un chico feliz, pero me parece que esta obsesión que tiene por los Trujillo no es más que un modo de canalizar sus ansias de tener una familia... normal. Y tras contarte esto, te aseguro que suelo ser el tío más reservado y discreto del mundo. Es que ni borracho he desembuchado así en mi vida. Pero...

Kira creyó entender por qué se había sincerado y le interrumpió para decir:

—Necesitabas soltarlo y yo soy una extraña que solo está de paso por tu vida.

Yago se puso absurdamente triste al escuchar esas palabras, pero esbozó media sonrisa y replicó:

—Supongo que es eso.

Kira se percató del quiebre de la voz de Yago y le dijo convencida:

—Y no me cabe duda de lo mucho que quieres a tu sobrino.

## Capítulo 6

Después de que Kira le entregara a Yasmina el diploma por unanimidad del público jurado, se fueron a almorzar y Diego tuvo la suerte de que no quedaran mesas libres en el restaurante del hotel y que los Trujillo se ofrecieran para que compartieran la mesa que tenían para seis.

Y ya luego en la habitación, pues Yago insistió en que subieran a echarse la siesta, Diego preguntó al tiempo que respondía unos wasaps de su madre:

—¿A que los Trujillo son lo más?

A Yago no le quedó más remedio que responder, ya que Diego tenía razón:

—Son majos. Sí.

Diego miró desde su cama a su tío con los ojos como platos y replicó sin dar crédito:

—¡Son más que eso! ¡Son lo más! Y nosotros tendríamos que estar abajo con ellos jugando a las cartas. Acabo de verlos por el balcón y están tronchados de risa mientras nosotros estamos aquí como dos yayos reposando la comida. ¡Seguro que piensan que somos patéticos!

Yago que había vuelto a su ensayo, y luchaba para que no se le cayeran los párpados, replicó:

—Ya jugarás después.

—Después seguirán con otras actividades. Es ahora.

—Ahora te toca la siesta —le recordó Yago.

—Yo nunca me echo la siesta. No tengo sueño. Solo tengo ganas de divertirme.

—Bienvenido al club. Yo tengo ganas de lo mismo y mira dónde estoy.

—¡Eso digo yo! ¿Qué hacemos metidos en la cama cuando hay tanta diversión ahí fuera?

Yago dejó su Kindle a un lado, se puso un antifaz y le exigió:

—Voy a dormir un rato. Y tú ponte con los cuadernillos.

—¡No me los he traído! Estoy en mi semana de vacaciones. ¿Puedo bajar con los Trujillo?

Yago gruñó, se levantó el antifaz y le respondió alto y claro:

—No. Tú no vas a ninguna parte sin mí. ¿Estamos?

Diego resopló, cogió su libro y se puso a leer porque sabía que cuando su tío decía «estamos» no había nada más que hacer.

Yago se bajó de nuevo el antifaz y cayó en un sueño profundo del que le despertó una vocecilla dulce y cantarina que decía:

—¡Hola, hola, caracola! ¡Buenas tardes, amigos! Os recuerdo que en diez minutos empezaremos con la clase de *aquagym* y, después, buscaremos un tesoro con los más pequeños. ¡No os lo perdáis!

Y así siguió en otros tantos idiomas, en tanto que Diego agarraba el brazo de su tío y le zarandeaba pidiéndole:

—Despierta de una vez, dormilón muermazo. ¡Vamos a llegar tarde a la clase de *aquagym*!

Yago se retiró el antifaz y preguntó a su sobrino con un sopor tremendo:

—¿Qué hora es?

—¡Las cinco y media! ¡La hora perfecta para hacer ejercicio!

—Conmigo no cuentas. Como mucho te acompaño a la piscina y desde allí despacharé unas llamadas y unos correos que tengo pendientes del trabajo.

—Estás de vacaciones. ¡Tienes que gozarlo, bebé!

—¡No me vaciles, Diego! Ponerme a hacer el mamarracho bajo un sol de justicia no es precisamente el concepto que tengo de disfrutar.

—Pero está ella. Tu *crush*.

Diego sonrió de oreja a oreja, pero a Yago se lo llevaron los diablos:

—¿Qué *crush*?

—Kira.

—¡Deja de decir bobadas, anda! —refunfuñó.

A Diego se le pusieron los ojos más chispeantes y le aclaró divertido:

—Os he pillado hablando y de *jijijajaja*. Y le debes gustar mucho, porque te ha dado bola incluso con la cara de payaso descolorido que tenías.

Yago, que se había percatado de las pintas que llevaba justo al verse reflejado en uno de los espejos que colgaban de la pared del restaurante y se había quedado horrorizado, le reprochó:

—¡No me hables! ¡Que ya te vale! ¡Mira que no decirme nada!

—Es que cuando está Yasmina no veo nada más. Pero no te preocupes, que le gustas a Kira.

Yago se incorporó de la cama de un respingo, arqueó una ceja y preguntó intrigado:

—¿Por qué dices esa chorrada?

A Diego, que solo quería que su tío le acompañara a hacer *aquagym*, no se le ocurrió nada mejor que responder algo que, por otra parte, también era verdad:

—Porque mientras nosotros dibujábamos a ella se le escapaban miraditas hacia ti.

A Yago le encantó escuchar aquello, aunque al mismo tiempo le pareciera que era una soberana tontería, pero le gustó:

—¡Anda, anda! ¡Déjate de historias! La chica estaría con la mirada perdida y punto. Y tú como siempre, ¡sin estar a lo que estás, que vaya porquería de diseño que has hecho!

Diego frunció el ceño, se cruzó de brazos y replicó en un tono fingidamente triste:

—Yo solo quiero ayudarte: y me regañas. ¡Qué triste!

Yago se levantó de la cama, sonrió a su sobrino y le preguntó sabiendo de sobra la respuesta:

—¿Se te pasaría la tristeza si te acompaño a hacer el panoli en la piscina?

A Diego se le iluminó la cara, se puso las chanclas, corrió a por las toallas que estaban colgadas sobre la barandilla de la terraza y regresó con ellas al hombro y exclamando antes de que su tío cambiara de opinión:

—¡Vamos *pallá*! ¡Eres el mejor, Yagui!

Yago se calzó las chanclas y repuso a su sobrino:

—¡No me hagas la pelota! ¡Sabes que lo odio!

—Digo la verdad —aseguró Diego mientras metía el libro en la mochila.

—Mentiroso. ¿Y los Trujillo? ¿No has dicho antes que ellos son lo más?

—Ellos son dioses, pero tú eres...

—¿Un capullo?

—Jajajajaja. No. Eres mi familia. *Y eso es bien*.

—Que es menos que más.

—Jolín, tío, mira que te lías. La familia es lo primero. Es lo *putomejor*. Te toque lo que te toque. ¿Lo pillas?

Yago tragó saliva porque en ese instante se percató de que a lo mejor no lo había pillado:

—¿Entonces no desearías tener una familia como la de los Trujillo? Una familia como las de siempre.

—WTF. ¿Pero qué me estás contando? ¿Para qué quiero otra familia si yo ya tengo una?

—Porque se me ocurre que a lo mejor te gustaría llegar a casa y encontrarte con un señor como Mario Trujillo.

Diego se dobló de la risa y replicó a su tío que estaba demasiado serio:

—Si llegara a casa y me encontrara un bombero, ¡me cagaría de susto pensando que se me está achicharrando la Play!

No obstante, Yago insistió a pesar de la guasa que tenía su sobrino:

—¿De verdad que no extrañas tener un papá al estilo de los Trujillo?

Diego no entendía por qué su tío le hacía esa pregunta tan tonta y respondió:

—Yo no. ¿Tú sí?

—¡Yo cómo voy a extrañar eso! ¡Demasiado tengo con lo que me tocó con tu abuelo!

—Pues yo igual. Me tocó Generoso, el abuelo y tú. Y ¡ya tengo bastante!

A Yago le gustó mucho escuchar esa respuesta, pero con todo insistió:

—¿Estás seguro?

Si bien a Diego la insistencia de su tío empezó a despertarle ciertas sospechas:

—Tío, me estás haciendo unas preguntas más raras que me estoy mosqueando ya. ¿No estarás pensando que me adopten los Trujillo para librarte de mí y pirarte al quinto pino?

Yago se echó a reír, agarró su mochila y le respondió a su sobrino con una frase que, de repente, recordó de *El padrino*:

—*Quien huye de su familia, nunca será un hombre completo.* Así que ni se te ocurra pensar en que pudieras librarte de mí.

—¡Entonces deja de hacer esas preguntas! Y vámonos rápido a la *pisci* que no quiero llegar tarde a la clase. Ah, y mejor pongámonos aquí el protector, para que no hagas el *ridi* otra vez delante de ella.

—Sí, mejor. Pero Kira no me gusta... No te confundas.

—¿No te parece simpática?

A Yago se le vino de repente la imagen de ella, su sonrisa, su pelo, su olor, su mirada y su todo y respondió:

—Es inteligente, simpática, amable, espontánea, empática, servicial, generosa, divertida, ocurrente...

—Y guapa.

—Sí. Es guapa. Sí.

—Vamos que te has pillado. Te ha dado la flecha del amor en toda la frente.

Yago tomó a su sobrino por los hombros y, antes de que siguiera diciendo bobadas, lo empujó hacia la puerta mascullando:

—¡A mí las flechas esas ni me rozan! Así que no vayas por ahí, porque no.

Diego se echó a reír, agarró el picaporte de la puerta y habló puesto que tenía la voz de la experiencia:

—Eso decimos todos, justo antes de caer con todo el equipo...



## Capítulo 7

Durante la clase de *aquagym*, Yago no pudo evitar que Kira le pusiera otra vez fatal con sus movimientos. Si bien decidió no darle importancia, porque realmente no la tenía.

Lo que sí que creyó conveniente fue hablar con ella de algo que le estaba empezando a preocupar.

Así que, tras finalizar la clase, esperó a que saliera de ducharse y cambiarse para acercarse a ella y preguntarle:

—¿Tienes un momento?

A Kira lo primero que se le pasó por la cabeza fue responder que tenía un momento y los que quisiera, porque el tío no podía estar más bueno.

De hecho, había impartido la clase con gafas de sol con espejo para que no se le notara que la vista se le iba siempre hacia él.

No podía remediarlo.

Era una cosa tremenda.

Pero es que no todos los días aparecían en su piscina ejemplares humanos como él.

Así que qué podía hacer más que recrearse la vista...

Y, por supuesto, escucharle, que tampoco le costaba nada ser amable con él. Por eso contestó divertida:

—No, si lo que vas a pedirme es que te diga dónde voy a esconder el tesoro para el próximo juego.

Yago sonrió, sintió un cosquilleo en la nuca de lo más absurdo, se revolvió el pelo con la mano y le confesó:

—Solo quería contarte que he hablado con Diego hace un rato...

A Kira ese gesto de la mano en el pelo la dejó tan loca que tuvo que tomar aire y luego musitar:

—Soy toda oídos.

Yago le agradeció que le escuchara con una sonrisa y bajó la voz para contarle:

—Le he preguntado directamente a Diego si echa de menos no tener un padre como Mario Trujillo y tiene las cosas tan claras que estoy empezando a plantearme si el problema no lo tendré yo.

Kira miró la hora en su reloj de muñeca y le dijo a Yago:

—Tengo unos minutos antes de que empiece la siguiente actividad. Te lo digo por si quieres hablar del tema y tal...

Yago se moría por hablar, cosa que no entendía, y por eso también se justificó:

—Vas a pensar que soy el típico chapas que va por la vida vomitando sus mierdas. Pero te juro que yo no soy así. Todo lo rumio solo.

Kira le creyó, pues en la piscina se había sacado un master en tipologías humanas y Yago tenía todo el perfil de rumiador borde y solitario. Por eso se atrevió a aconsejarle:

—Lo que pienso es que tienes que sacar las cosas para afuera porque si no te van a acabar haciendo bola.

—Llevo toda la vida haciéndolo así. Lo mío no tiene remedio. Pero contigo no sé qué me ha pasado, y como he abierto la espita y te he contado lo otro, me veo como en la necesidad de seguir soltando mis mierdas, más que nada para que puedas ver el paisaje completo.

—Te agradezco la confianza y si quieres nos vamos a la zona del billar que ahora no hay nadie...

A Yago le pareció bien y se dirigieron hacia esa zona.

Una vez allí, él respiró hondo y soltó del tirón algo que había sido incapaz de verbalizar ni con los suyos:

—Perdí a mi madre con la edad de mi sobrino. Y puedo asegurarte que, casi veinte años después, no hay día que no la eche de menos.

Kira lo entendió de repente todo y repuso apenada:

—Vaya, lo siento mucho.

—Te lo agradezco. Y sí, extraño tanto a mi madre que me pongo en el lugar de Diego y...

Kira le comprendía, pero también había algo más que evidente:

—Pero lo de Diego es distinto. Él no conoció a su padre. No puede echarlo de menos.

—Exacto. Y tiene perfectamente asumido que su familia es la que es. No extraña nada. Y es un chico feliz y equilibrado que hoy me ha hecho que me acuerde de una frase de *El Padrino*.

—¿Cuál?

—«Quien huye de su familia, nunca será un hombre completo».

Kira sonrió con los ojos chispeantes y repuso:

—Entonces, ¿os quedáis en el hotel? Y no te lo pregunto porque tenga acciones en la cadena...

—Este sitio me sigue pareciendo un infierno, pero me voy a tomar de otra manera esta semana que me toca estar aquí.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—Tienen mucha suerte los del hotel contigo. Eres muy convincente.

—No he hecho nada. Eres tú el que ha recordado, de pronto, una frase de una película.

—Me ha hecho bien hablar contigo —reconoció Yago, con sinceridad.

—Puedes hacerlo siempre que quieras. Y de verdad que te lo vas a pasar genial en el hotel. Esta noche hay cine karaoke. No te lo pierdas.

—¿Y eso qué es? ¿Os dedicáis también a destrozar películas con los berridos del personal? —preguntó Yago, irónico.

—Esta noche ponen *El mago de Oz*, y Daisy que es una cantante estupenda interpretará en vivo los temas al tiempo que se proyecta la película. Es muy divertido, todo el mundo canta y baila.

A Yago lo único que le interesaba de esa actividad era una cosa:

—¿Tú vas a estar?

—Mi jornada termina a las ocho y media de la tarde. Pero suelo quedarme por aquí hasta que Tania cierra el bar y nos subimos a casa.

—¿Tania? —preguntó de un curioso que ni se reconocía.

—Es mi mejor amiga. Trabaja en el bar del hotel, en el turno de tarde, vivimos juntas en un apartamento que le alquilamos durante la temporada a un matrimonio de escoceses.

Y ya que estaba con las preguntitas, Yago decidió ir un poco más allá:

—¿Y el resto del año dónde vives?

—Vivo también con Tania, en Madrid, en la Puerta del Ángel, en un apartamento que tenemos alquilado a unas chicas durante la temporada de verano.

A Yago le tenía que dar igual el dato, pero le hizo mucha ilusión saber que vivían en la misma ciudad:

—Vivo en Majadahonda. ¿Y en Madrid qué es lo que haces? —le preguntó por acabar de cerrar el tema.

Los típicos temas de dónde vives y en qué trabajas, pero no porque estuviera ligando ni mucho menos.

No. Lo suyo era otra cosa.

Yago no sabía qué... Pero otra cosa.

—Doy clases de idiomas y de *fitness* —respondió Kira.

—Hablas un montón de idiomas.

—Estudí lenguas modernas y turismo. Pero los idiomas los aprendí con mis novios. Es una de las cosas buenas de entregarme tanto, siempre salgo aprendiendo un idioma. Mi primer novio fue John que es inglés, luego vino Pierre que es francés, después llegó Boris que es alemán, tras él llegó Andreas que es holandés y el último ha sido Gian con el que terminé de aprender el italiano.

Yago celebró que en la actualidad no estuviera aprendiendo ningún idioma nuevo, pero en su lugar le confesó:

—Yo aprendí italiano y alemán gracias a la ópera. O eso creía hasta que me fui de viaje de fin de curso a Mallorca y las italianas y las alemanas se partían el culo de mí porque hablaba como un tío antiguo.

Kira pensó en el buen ojo de las italianas y las alemanas, pues el tío estaba como quería. Pero en su lugar, se hizo la interesante y le preguntó:

—¿Te gusta la ópera?

Yago sabía que con lo de la ópera acababa de ganar todos los puntos para ser Míster Petardo Insufrible del Verano. No obstante, podía ir todavía más allá y decidió que había llegado el momento de adjuntarle el currículum:

—Me aficioné a la ópera a los quince años por *El padrino 3* y quise ser director de orquesta. Pero no pudo ser... No valgo para la música, así que estudié Administración de Empresas, trabajé en distintos proyectos de innovación y estrategia con grandes empresas, y hace tres años monté la mía propia. Tengo una empresa que se dedica a la prospectiva, asesoro a instituciones y empresas en proyectos de innovación y planificación estratégica a largo plazo. Tengo treinta años y vivo entregado a mi trabajo, no tengo tiempo para nada.

Yago, entonces, se calló, esperando que Kira bostezara o algo. Sin embargo, ella se limitó a replicar:

—Yo tengo veintiocho años y no tengo tampoco tiempo para nada. No tengo ni vacaciones. Me paso los veranos aquí metida...

Yago pensó que menuda condena, pero en su lugar le sugirió para que la pobre chica escapara un rato de ese horror:

—Cerca de aquí tienes pueblos que están muy animados.

Bien era verdad que no tenían la marcha de Ibiza, pero al menos se podía tomar una horchata al fresco.

—Ya, pero prefiero quedarme en el hotel. Ceno aquí y aprovecho para llamar a mis padres y charlar un rato con ellos, soy hija única y nos echamos de menos.

—Yo tengo a mi hermana Olga y a mi padre que la verdad es que no creo que me esté echando mucho de menos.

—Seguro que sí —replicó Kira, risueña.

—Soy una mosca cojonera, un grano en el culo, un...

—Eres su hijo —le interrumpió Kira, muerta de risa.

Yago resopló, le encantó que esa chica se riera tanto con sus estupideces y replicó:

—Sí, y él es mi padre y le adoro.

—Eso está muy bien. Y lo que te decía, que después de trabajar, ceno, hablo con mi casa y luego disfruto de los espectáculos que hay todas las noches. Vienen cantantes, magos, monologuistas y hasta hay cine karaoke como esta noche.

—Lo que no sé es por qué la gente se gasta la pasta en ir a Las Vegas, teniendo estos maravillosos secarrales tomateros —bromeó.

—Ah, y los martes y los domingos también tenemos *discopiscina* nocturna.

—¡No me jodas! Después de pasarse el día en la maldita piscina ¿la gente aún tiene ganas de más? —inquirió Yago, perplejo.

Kira suspiró, se encogió de hombros y respondió:

—Es bonito y romántico bañarse bajo las estrellas, oliendo a jazmín y dama de noche.

Yago la miró y pensó que lo más bonito y romántico que había en ese lugar era ella. Y, acto seguido, le preguntó porque era lo único que podía interesarle de esos absurdos baños nocturnos:

—¿Y tú te bañas en las noches *piscineras*?

—Me encantaría, pero no puedo. El personal tenemos prohibido bañarnos en la piscina. Yo solo me meto en el agua con los juegos de los críos. Y nada más. Pero me imagino que tiene que ser una pasada. Tienes que probarlo mañana.

Y Yago, en un absurdo ataque de sinceridad, se sorprendió replicando:

—Yo solo me bañaría contigo.

—¿Qué? —inquirió Kira que creyó no haber escuchado bien.

—Nada, que te estoy muy agradecido por todo. Y que eres lo mejor de este hotel y de toda la comarca.

Kira se le quedó mirando y le hizo tanta gracia el comentario que, por gratitud, le agarró por los hombros y le plantó un beso en la mejilla...

## Capítulo 8

Tras acabar su jornada laboral, Kira se quedó un rato hablando con los socorristas, luego se duchó y se cambió de ropa otra vez, llamó a su familia, y a las nueve y pico de la noche se dejó caer por el bar del hotel para ir a recoger la cena.

Siempre cenaba lo que Norberto el cocinero le guardaba de lo que sobraba del bufet del restaurante...

—Vengo a por lo mío —le dijo discretamente a Tania que estaba detrás de la barra tirando una cerveza.

—Un momento, que antes tengo que ponerle la cerveza a Cabeza de hielo, corazón de estropajo.

A Cabeza de hielo, corazón de estropajo, le llamaban así, porque era un tío de dos metros con pintas de empotrador de portada de novela romántica. Llevaba siempre las camisas abiertas hasta el ombligo, que dejaban a la vista el poderío de fuego de su torso musculoso, unos pantalones estrechos que lo marcaban todo y unas botas de motero enormes que causaban el terror en las hormigas del jardín.

Y no sabían de él nada más que se pasaba de tres de la tarde a doce de la noche frente a su ordenador portátil haciendo no sabían qué.

Llevaba varias semanas en el hotel y solo levantaba la cabeza para pedir agua, comida abundante y una cerveza cuando se ponía el sol, con un ligero acento del Este.

Bueno, y también solía levantar la vista del teclado para lanzar miraditas a Tania que estaba bastante mosqueada con eso...

—¿Todavía no sabes cómo se llama? —preguntó Kira.

—No, y me tiene de los nervios, porque cada vez lo hace más: se me queda mirando unos segundos, me penetra con esa mirada de hielo y luego se pone a escribir como poseído, aporreando las teclas con tanta furia que yo no sé cómo el ordenador no salta por los aires.

—¡Madre mía!

—Lo que debe ser follarse con ese bicho. Si este me llega a pillar en otra época no se me habría escapado. Pero ya quemé esa etapa y no quiero un Cabeza de hielo, corazón de estropajo más en mi vida.

Tania hablaba así, porque era una chica menuda que, con su aspecto de criatura oscura de la noche, su piel de luna, sus ojos negros y su boca gruesa pintada de rojo sangre, había hechizado a grandísimos empotradores asiduos al gimnasio en el que había trabajado de recepcionista.

Y ya no podía con uno más...

Tenía la experiencia suficiente como para saber que, tras las capas de puro hielo de todos esos tíos, no había más que un ego que no cabía en un estadio olímpico.

Y no pensaba picar más.

Además, ahora le tenía a él. A Jacobo. Al que había conocido dos meses antes de marcharse a trabajar al hotel Atardeceres Rosas.

Y de la forma más romántica...

Ella subía por las escaleras mecánicas de un centro comercial y, de repente, se le rompió la bolsa del Primark donde había metido todas las gangas que había comprado. Entonces, apareció él, que estaba justo detrás de ella, para ayudarle gentilmente a recoger todos esos chollos a precio de risa, incluidos unos zuecos de plástico con plataforma que pesaban tanto que habían roto la bolsa.

Y fue tan amable y tan encantador con sus gafas de pasta negra, su traje oscuro italiano, su presencia imponente sin rastro de esteroides anabolizantes, su olor a fragancia cara y su saber estar, que después del incidente le invitó a un café.

Y tras del café, con conversación interesante, porque él no solo era un cañonazo de tío, sino que también era un cirujano cardiovascular, cosmopolita, refinado y culto, Jacobo le propuso una cenita al sábado siguiente.

Y ella dijo sí.

Luego, vino un cine, y más tarde un musical y después, una exposición y por fin una puesta de sol en el templo de Debod.

Y el beso.

Tan romántico como los polvos que vinieron después, siempre en hoteles elegantes y discretos.

Nada de revolcones en baños públicos, asientos de Harleys o capós calientes de deportivos.

Ella ya no estaba para eso...

Ella quería algo más que sexo, quería sentirse algo más que el trofeo exótico de alguien cuya máxima preocupación era la dieta, el entreno, el volumen de la musculatura, la potencia de la erección y las cilindradas de los motores.

Ella necesitaba un hombre sensible, que le estimulara el coco, que la hiciera sentir importante, que se implicara emocionalmente y que follara como si no hubiera un mañana.

Y ese hombre era Jacobo.

El hombre perfecto, con el que se wasapeaba a diario, con el que hacía *sexting* y con el que conversaba sobre la última exposición del Thyssen.

Y al que se moría por ver otra vez...

—¿Sabes cuándo va a poder escaparse? —le preguntó Kira.

—Ya sabes que los hospitales se quedan bajo mínimos de personal en verano. Y él, como se pilla las vacaciones en septiembre, está hasta arriba de trabajo. Pero no deja de decirme que en cuanto tenga un hueco vendrá. ¡Ojalá que sea pronto! Y ahora, me voy a llevar la cerveza a este...

Tania agarró la bandeja donde había colocado una cerveza y un pequeño bol con aceitunas y voló hasta la mesa de Cabeza de hielo:

—Aquí traigo la cervecita...

Tania dejó todo sobre la mesa, incluida la cuenta, Cabeza de hielo levantó la vista del ordenador, la miró con sus ojos azules, de un azul puro hielo que casi quemaba, tragó saliva, se le bajó la nuez de una forma demasiado *sexy*, y no dijo nada.

Se quedó unos instantes así, en silencio, clavándole la mirada, impávido, mientras respiraba profundo y lento. Y, después, masculló en un tono de voz profundo y rasposo, con ese ligero acento suyo del Este:

—Gracias.

Y estiró el pedazo de brazo jamonero que estaba a punto de reventar la manga de la camisa,

para coger la cerveza con su impresionante manaza de venas marcadas.

Acto seguido, dio un sorbo a su cerveza y sacó la lengua para lamerse el labio superior sin dejar de mirarla.

El tío era impresionante. Una bestia. Y Tania, obviamente, se quedó sin aliento, pues, aunque estuviera vacunada con treinta dosis contra empotradores, tenía que reconocer que ese tío era el padre de todos.

Porque aparte de su cuerpo portentoso, era guapísimo, tenía las facciones duras, potentes, muy varoniles, y además era rubio natural y llevaba el pelo muy corto.

Y no había cosa que más le pusiera a Tania que un pedazo de rubio con el pelo casi rapado.

Además, por si fuera poco, movía la lengua de una manera que Tania no pudo evitar pensar lo que sería sentir esa lengua ahí.

Y se puso tan nerviosa que, con tal de huir, le preguntó:

—¿Se lo cargo a su lengua? O sea, ¿a su cuenta de la habitación?

Cabeza de hielo con su rostro impenetrable, se mordió los labios tan lento que parecía que le estaba lanzando un beso lascivo y sucio y respondió con su vozarrón:

—Perfecto.

Tania agarró la bandeja y regresó a la barra alterada perdida...

—Dios, ¡cómo te mira ese tío! —musitó Kira que no había perdido ripio—. ¡Qué intensidad! ¡Qué tensión sexual no resuelta!

—Calla que tengo el tanga húmedo como la selva tropical. Pero este *mojabragas* no va a poder conmigo. Mi mente y mi corazón son más fuertes. Porque yo soy de Jacobo. Y le pertenezco totalmente.

—Ya, sí, pero...

Tania dio un manotazo al aire porque no quería seguir hablando del tema y le exigió:

—Nada. No insistas que no hay nada. Pasa de ese tío y háblame del morenazo con el que he visto que no paras de estar de charleta.

—¿Quién? —musitó Kira, haciéndose la loca porque tampoco quería que su amiga se pusiera a rascar donde no había nada.

—¡El único morenazo que hay en la piscina aparte del bombero Trujillo! Tía, que ha estado hace un rato en el bar con el niño y sabe hasta dónde vivimos.

—Ah, Yago. Sí. No hay mucho que contar. Es un tío borde, descreído, cínico y traumatizado al que le dejan las novias por ser fóbico al compromiso.

—Genial. Un rarito. ¡Tu especialidad! ¡Y ya te viene con crío y todo!

—El niño no es suyo. Es su sobrino. Y yo ya estoy cansada de los tíos raritos que no quieren comprometerse. Ahora quiero algo más normal...

Tania no se la creía en absoluto y por eso replicó divertida:

—Entonces, ¿por qué le das bola?

—Solo estoy intentando ayudarlo. Le ha tocado venir a pasar unos días al hotel con su sobrino tras perder con él una apuesta al ajedrez.

Tania resopló, negó con la cabeza y comentó decepcionada:

—Pues fíjate que no tenía cara de gilipollas. ¡Cómo engañan las apariencias, nena!

—¡No lo es! Solo tuvo un mal día, perdió y no le quedó más remedio que cancelar sus vacaciones a Indonesia y traerse al sobrino al hotel. El crío es compañero de clase de la hija de Mario Trujillo y está pillado por ella.

—No me extraña. Yasmina es una princesita.

—Y Diego es ideal. Lo que pasa es que Yago está obsesionado con que tiene un problema y quien lo tiene es él. Pero bueno, eso no me incumbe, solo intento que se relaje y que disfrute de estos días de vacaciones.

—¿Y cómo le vas a relajar? ¿A polvos? —le preguntó Tania justo antes de meterse en la cocina para ir a buscar la cena de su amiga.

—¡Qué dices! ¡Para nada! Te repito que ahora yo también sé lo que quiero...



## Capítulo 9

Kira extendió un pañuelo enorme sobre la hierba, detrás de unos arbustos donde no la veía nadie, cenó tempura de verduras y caballa en salsa y esperó mordisqueando una manzana a que empezara la película.

Yago por su parte, cenó con los Trujillo en el restaurante y luego se sentaron, en una de las primeras filas, frente a la pantalla portátil gigante donde iban a proyectar la película.

Pero no vio a Kira por ninguna parte...

Luego, la tal Daisy apareció disfrazada de Dorothy y les pidió que la acompañaran cantando y bailando en los momentos musicales de la película.

Y para que todo saliera bien, decidió que ensayaran el *Somewhere over the rainbow* con movimiento de manos incluido y el *We're off to see the wizard* con su correspondiente bailecito.

Todos se aplicaron en el ensayo menos Yago, al que solo le interesaba volver a ver a Kira.

—Tío, no seas *cringe*. Estamos de *chill* —le recordó Diego, en voz baja al tiempo que se aplicaba con el ensayo.

—¿Qué? —replicó Yago, que no sabía dónde se podía haber metido esa chica.

—Que no seas sosazo, que estamos de vacaciones y tienes que cantar y bailar.

Yago, entonces, se percató de que una mano salía por detrás de unos arbustos al fondo y que le hacía señales. ¿Sería ella?

—Joder... —masculló Yago.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Diego, mirando en la misma dirección.

—Nada, que no puedo estar tan cerca de la pantalla porque tengo maltrechas las cervicales. Doy un *cringe* que te cagas. Lo sé. Tú quédate aquí con los Trujillo que yo mejor me voy atrás del todo a ver la película tan ricamente.

Diego lamentó que su tío estuviera tan cascado como para irse a otra zona, pero no quería separarse de Yasmina. Y menos cuando Daisy les acababa de pedir que en la secuencia en la que el Hombre de Hojalata manifiesta que necesita un corazón, le enviaran amor ya fuera besando al que tenían al lado o dándole la mano. Y él a quien tenía al lado era a Yasmina, así que como para perderselo.

—¿No te importa que me quede en primera fila? —le preguntó a su tío.

Y Yago que ya estaba absurdamente ansioso por estar con Kira respondió:

—En absoluto. Pero no pienso quitarte ojo desde atrás. ¿Estamos?

Diego asintió, feliz de no tener que separarse de Yasmina y su tío se dirigió a la parte de atrás, asomó la cabeza tras los arbustos y comprobó que era Kira la que estaba escondida.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó feliz de estar con ella de nuevo.

Kira, agazapada tras los arbustos, le respondió en voz baja:

—Los empleados tenemos prohibido ocupar las instalaciones fuera del horario laboral y disfrutar de las actividades del hotel. Pero la directora hace la vista gorda si somos discretos.

—Detrás de los setos no vas a ver nada.

—Cuando apagan las luces, justo antes de que empiece la película, me siento en el sofá columpio que tengo detrás. ¿Quieres ver la película ahí conmigo?

Yago se fijó en que detrás de ella había un columpio de dos plazas y le faltó tiempo para responder:

—Sí, porque los Trujillo son campeones de karaoke y a mí no me gusta perder a nada.

Yago, entonces, rodeó los arbustos y se plantó junto a ella que le pidió que se sentara:

—Ven, que te hago un hueco.

Kira le dejó libre un espacio y Yago se sentó junto a Kira sintiéndose extrañamente nervioso.

Luego, Kira echó mano a una neverita portátil azul y le ofreció:

—Tengo agua y refrescos. ¿Quieres algo?

A Yago le dio tanta ternura verla con la nevera, ahí escondida, que antes de soltar alguna moñada, prefirió decir:

—¿No tienes algo más fuerte, tipo droga dura? Porque si no, no sé cómo voy a soportar esto.

Kira abrió la nevera, sacó dos refrescos de cola y le confesó:

—A mí me gusta el cine karaoke. Es divertido. Es algo diferente. Y luego, mira cómo huele, tenemos los hibiscos y los jazmines detrás. Y mira qué cielo. Hoy hay muchísimas estrellas...

Yago alzó la vista y contempló un hermoso cielo cuajado de estrellas que no brillaban más que ella.

Pero no se lo dijo, en su lugar se limitó a mascullar:

—Muy bonito.

Y luego aceptó el bote de cola que ella le tendía...

—Una de las cosas que más me chiflan de la vida son los cines de verano. La luna, las estrellas, la magia del cine, el aroma de la noche, el frescor de la brisa... —confesó Kira.

—Vamos, todo, menos el tío amargado que te ha tocado al lado —dijo Yago tras abrir su refresco.

Kira hizo lo mismo, dio un sorbo y luego replicó con una sonrisa enorme:

—A mí me haces mucha gracia.

Yago fue a replicar algo, pero no pudo porque se apagaron las luces y llegó el momento de cambiarse de sitio.

Ambos se levantaron, recogieron las cosas y se trasladaron al sofá columpio blanco que era de lo más cómodo.

—Se está más cómodo aquí que en la silla de plástico —habló Yago, tras sentarse junto a ella y recostarse en el mullido sofá.

Kira que era la primera vez que compartía columpio con alguien, en una de esas noches mágicas de cine de verano, aseguró:

—Somos muy afortunados.

Yago pensó que era un tío con suerte, pero sobre todo porque estaba ella, y asintió con la cabeza al tiempo que empezaba la película.

Una joya del cine que había visto unas cuantas veces, sin embargo, en esa ocasión fue diferente.

Y no solo porque se emocionó cuando todos cantaron el *Someone over the rainbow*, quién se lo iba a decir a él, que estaba convencido de que aquello iba a ser un sacrilegio, sino porque cuando Daisy les pidió que dieran la mano o un beso a la persona que tuvieran al lado, para transmitirle amor al Hombre de Hojalata, él tomó la mano de Kira y sintió que aquello no podía ser más perfecto.

Pero se equivocó.

Puesto que Kira, que se había estremecido entera al sentir el contacto de la piel de Yago, y tal vez impelida por la noche, las estrellas y la magia de la canción, se giró, le miró a los ojos y luego a los labios que besó lento y suave.

—¡Vaya si te has tomado en serio lo de mandar amor al Hombre de Hojalata! —musitó Yago.

Kira asintió, con los labios pegados a los de él, y Yago sintiéndose que estaban en algún lugar sobre el arcoíris, le devolvió el beso que ella recibió con los ojos cerrados y el corazón que se le iba a salir del pecho.

Luego, la canción terminó, la película continuó, pero ellos no se soltaron de la mano, hasta que Daisy les pidió que se levantaran de las sillas para bailar junto con los protagonistas el tema *We're off to see the wizard*. Y ellos también lo hicieron...

Kira y Yago estuvieron dando brincos de un lado a otro, muertos de risa, hasta que cayeron en el columpio sofá otra vez y los dos desearon que esa noche no acabara nunca.

Pero las luces se encendieron y Kira tuvo que salir corriendo para que nadie la viera...

Yago se despidió de ella a toda prisa y regresó junto a su sobrino que estaba con una cara de idiota que no podía con ella. Claro que Yago mejor ni quería saber la cara que tendría él.

Después, estuvieron charlando un rato con los Trujillo y se subieron por fin a la habitación, donde Diego le confesó cuando ya estaban metidos cada uno en su cama y con la luz apagada:

—Esta noche ha sido la mejor de mi vida.

Yago que no podía dejar de pensar en Kira, en su mano, en sus besos dulces y en que tras escuchar a Dorothy pronunciar la frase: «No hay lugar como el hogar», a él se le había pasado por la cabeza la idea loca de que esa chica podía llegar a ser perfectamente eso. Su hogar.

Sin embargo, era algo absurdo, tanto que prefirió no darle más vueltas y replicar a su sobrino:

—Es una película muy buena. Y solo espero que hayas asimilado las muchas enseñanzas que tiene: el valor de la amistad, la importancia de elegir nuestro propio camino, la necesidad de creer en uno mismo, la...

—La tendré que ver otra vez —le confesó Diego, interrumpiéndole—, porque me he pasado la película esperando el momento de mandar amor al Hombre de Hojalata y cuando ha llegado he tenido que pellizcarme para creer que era cierto. ¡Y es que Yas me ha dado la mano y me he quedado flipado para el resto de mi vida!

—¡Anda, no seas exagerado! —musitó, aunque le entendía a la perfección.

Porque él, el sieso que debería estar en la otra punta del mundo, estaba exactamente igual de flipado...

## Capítulo 10

Yago despertó feliz en el horror, se fue a correr, estuvo haciendo *crossfit* en el gimnasio y después regresó a la habitación a ducharse y a despertar a su sobrino:

—Como no salgas ya de la cama, pequeño holgazán, nos vamos a quedar sin desayuno y encima vamos a llegar tarde a clase de *aquagym*.

Diego abrió un ojo y preguntó con una sonrisita en los labios:

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cinco. Tienes quince minutos para lavarte los dientes, ducharte y vestirte.

Diego se estiró, abrió los ojos y añadió con una sonrisa amplísima:

—Y echarme colonia. Uso una que a Yas le encanta.

—Madre mía, ¿te levantas ya en modo enamorado?

—Vivo *in love* todo el tiempo. Tú, ¿no? —preguntó Diego, tras encogerse de hombros.

—¿Yo? ¡Yo no estoy enamorado! ¡Quita, quita! ¡Yo soy un tío serio!

—Yo creo que sí que lo estás. Por eso no quieres llegar tarde a la clase de Kira. ¿Estás loco por verla otra vez? ¿Verdad que sí, Yagui?

Yago bufó, batió las manos y le exigió a su sobrino para que dejara de decir sandeces:

—Vete a la ducha, si no quieres descubrir de lo que estoy loco de verdad.

—WTF. ¿Aún sigues con ganas de pirarte de aquí? —replicó Diego, que no daba crédito.

Yago se puso más serio todavía y le ordenó a su sobrino:

—No me hagas repetir las cosas. ¡Vete a la ducha, ya!

No obstante, Yago pensó que su sobrino tenía razón. No en que estuviera enamorado porque no lo había estado nunca, pero sí en que estaba loco por ver otra vez a Kira.

Lo de la noche anterior había sido tan especial y tan bonito, que él desde luego que no tenía inconveniente en que ese día volviera a suceder algo parecido.

Y nada más. Sin más pretensiones que disfrutar del verano, de las risas, de los besos, de la luna, de los momentos mágicos y del sensual olor a jazmín.

Ahora ¿qué es lo que querría Kira? No tenía ni idea. Igual a esas alturas se lo había pensado mejor y no quería volver a acercarse a él ni con un palo.

Cosa que, si así era, entendía perfectamente.

Pero con todo, tras desayunar y aprovechando que Diego se había ido derecho a la piscina a reunirse con los Trujillo, decidió plantarse frente a ella, que acababa de dar los buenos días en un montón de idiomas, y abordar el asunto de forma frontal, tal y como le gustaba a él hacer las cosas:

—¡Buenos días, Kira! ¿Qué tal estás?

Kira, que no había dejado de pensar en él, sonrió encantada de verle otra vez:

—Muy bien. ¿Y tú?

Yago se mordió los labios, respiró hondo y soltó del tirón:

—Yo me estoy preguntando si estás arrepentida de lo que pasó anoche.

Kira negó con la cabeza y le aclaró al instante porque no tenía ningún conflicto con eso:

—Yo no. ¿Tú sí? —preguntó Kira, que sí que temía que él fuera a pedirle que no se repitiera lo de la otra noche.

Sin embargo, a Yago le faltó tiempo para responder:

—¡Yo no! ¡Yo estoy abierto al verano! ¡Aquí me tienes para lo que gustes!

Kira se echó la mano al pecho y confesó muerta de risa:

—¡Qué peso me quitas de encima! Porque estaba temiendo que me dijeras que lo de anoche no podía repetirse bajo ningún concepto.

—Pues no. Todavía debe quedarme algo de lucidez y me encantaría pasar estos días contigo. Me sienta bien. Me siento bien. He visto amanecer, he ido a correr, he hecho *crossfit* con el ruso que aporrea el teclado por las tardes...

Kira muy intrigada, le preguntó abriendo aún más sus ojazos verdes:

—¿Y sabes algo de él? ¿Te ha dicho cómo se llama?

A Yago le inquietaron tanto las preguntitas de Kira que decidió ir directo al grano:

—¿Te pone el ruso? Porque conmigo no cuentas para montarnos un trío con ese pedazo de animal.

—No soy de tríos. Ni de nada de eso. Soy monógama sucesiva, a mí pesar. Quiero decir que me encantaría haber conocido a alguien y haberme quedado con él para los restos. Pero no ha sido el caso...

A Yago le tranquilizó la respuesta, si bien no lo tenía claro del todo:

—¿Pero ahora estás interesada en aprender bien el ruso?

—Cabeza de hielo, corazón de estropajo, que es como llamamos al ruso, porque parece salido de una portada de novela de empotradores, no me interesa para nada. Aunque nos tiene muy intrigadas. Lleva dos semanas en el hotel y se pasa el turno de Tania aferrado a su ordenador portátil y echándole unas miraditas que para qué.

—O sea que le gusta a Tania —dijo ya respirando tranquilo.

—Ella dice que en otro tiempo habría sido su tipo, pero está muy escaldada con esa clase de tíos y ahora está enamorada de un cirujano que conoció hace poco. Aunque no sé... Tendrías que ver cómo se miran: saltan las chispas. Ahora, que no sabemos nada de él. Ni cómo se llama, ni a qué se dedica, ni siquiera si es ruso. Solo habla para pedir comida, bebida, la cuenta y dar las gracias. Y no podemos preguntar a las chicas de recepción ni a nadie, porque la protección de datos se cuida muchísimo. ¿Tú a qué crees que se dedica?

—Vete a saber. Pero tiene pinta de traficante de armas —respondió Yago.

Sin embargo, a Kira había algo que no le cuadraba:

—¿Y qué hace todos los días frente al ordenador?

—Llevar el inventario de las armas.

Kira se echó a reír y no pudo replicar nada, porque alguien la salpicó, dio un brinco hacia delante y acabó pegada a Yago.

—¡Ten más cuidado! —gritó Yago a un tipo flaco y barbudo que no dejaba de bailar el *Danza Kuduro*.

Luego, el tipo levantó una mano y se disculpó con una cara de pirado tremenda:

—¡Perdona, Kira! ¡Es que estoy feliz, ya sabes!

—Tranquilo, Manuel. Está todo bien. Solo es agua —repuso Kira, mientras pensaba que sobre todo estaba bien porque estaba pegada a Yago. Y eso le encantaba.

—¡Genial! —dijo Manuel, que se fue bailando hasta la otra punta de la piscina.

—¿Y ese qué se ha tomado? —preguntó Yago, al tiempo que se le pasaban miles de cosas por la cabeza, pues la tenía tan cerca que podía ver hasta las pequeñas motitas marrones de los ojazos de Kira.

—La píldora del amor —respondió Kira, con unas ganas enormes de que Yago la abrazara. Pero en su lugar se apartó, porque no procedía estar así en horario de trabajo.

Y Yago que se moría por besarla otra vez, decidió que lo más sensato era dejarlo para después y optó por farfullar:

—¡Caray, con el hotel familiar! ¿Circula también el MDA por las piscinas?

Kira entonces se percató de la confusión, soltó una carcajada y le explicó:

—No me refería a la droga. Me refería al amor de verdad. Manuel llegó hace diez días al hotel, destrozado tras un divorcio muy difícil. Los cuatro primeros días se los pasó tirado en la tumbona tomando mojitos. Y el quinto conoció a Irene, en uno de los concursos que hago para adultos. Irene es profesora también como él, y me contó que había venido al hotel con el palpito de que iba a conocer a alguien. Y, como yo creo tanto en esas intuiciones, decidí empujar un poco al destino: hice una pequeña trampa para que los dos ganaran y compartieran una sesión de spa gratis y conectaron. Desde hace tres días se han instalado en la misma habitación y han ampliado su estancia una semana más.

—¡Vaya arte que tienes más increíble para hacer que la gente se quede atrapada en este maldito sitio! —bromeó Yago.

—Que te lo digan a ti... —repuso Kira, que se lo estaba pasando genial con él.

—Tu plan funciona a la perfección. Yo de aquí no me muevo hasta el domingo.

—Genial, porque a mí tampoco me importaría pasar estos días contigo.

A Yago se le iluminó la mirada y no se le ocurrió nada mejor que proponerle entusiasmado:

—Después de comer, voy a ir al centro comercial más cercano a comprarte una peluca y una máscara de esnórquel que te cubra toda la cara.

Kira pensó que en la vida le habían hecho una propuesta sexual semejante y preguntó perpleja:

—¿Te da morbo hacerlo así?

—¿Hacerlo? No. Es para que puedas tener también la noche de baño nocturno sin que te pille tu jefa.

Kira pensó que ese tío estaba peor de lo que pensaba, pero le encantaba y replicó sin parar de reír:

—No te preocupes, que ya se nos ocurrirá algo...

## Capítulo 11

Después de una intensa jornada de trabajo y de hablar por teléfono con su familia, Kira se acercó al bar a por su cena y pilló a su amiga wasapeándose con Jacobo:

—Va a entrar ahora mismo a una operación urgente a corazón abierto. Le estoy deseando suerte, es mi héroe, le admiro tanto... —le confesó Tania.

Kira esperó a que Tania terminara la conversación y se fijó en que el ruso, para variar, estaba sentado en la misma mesa de siempre junto al ventanal, aporreando el teclado a un ritmo frenético.

—¡Y un día más tienes a Cabeza de hielo dale que te pego! —exclamó en cuanto su amiga por fin soltó el teléfono.

—Aún no me ha pedido la cerveza. Debe estar liadísimo con lo que tenga entre manos.

—Yago dice que es traficante de armas —le susurró Kira tapándose la boca con la mano, para que no le leyeran los labios.

—Podría ser un malote nivel Dios. Entonces ¿qué narices escribe en el portátil?

—El inventario, dice él —respondió Kira, divertida.

A Kira se le encendía tanto la mirada cuando hablaba de Yago que a Tania no le quedó más remedio que preguntarle:

—Qué bien te lo pasas con tu cliente favorito. Pero ¿de verdad que estás tan segura de lo que quieres? Porque cualquiera diría que te gusta...

—Claro que lo sé. Quiero pasar estos días con él y ya está.

—¿Y si te cuelgas de él?

—Jajajajajaja. ¿De Yago? ¡Imposible! Ya te he dicho que sé muy bien lo que quiero. Jamás podría enamorarme de alguien como él. En cambio, para pasar unos días es perfecto.

—Perfecto para enamorarte como una perra —le aseguró Tania que la conocía demasiado bien.

—Yo soy como tú. Ya he quemado esa etapa. En otra época podría haberme enamorado de él hasta las trancas. Pero hoy te aseguro que no. Hoy he alcanzado tal grado de madurez y sabiduría que sé perfectamente hasta dónde puedo llegar con Yago. Y así va a ser, ya lo verás...

—No va a ser fácil. Y te lo digo por experiencia. Porque yo también sé lo que quiero, pero le he llevado antes al ruso una hamburguesa de carne de buey de merienda, me ha penetrado todo con la mirada matadora que tiene y me ha faltado un pelo para rogarle que me follara. ¡Y te juro que estoy enamorada hasta el tuétano de Jacobo!

—Es que entre Cabeza de hielo y tú hay una química brutal.

—Que, por supuesto, voy a mantener a raya. Aunque te juro que no veas lo que cuesta —cuchicheó Tania para que no la escucharan.

—Ya imagino. Pero lo mío con Yago no entraña ninguna complicación. Los dos queremos pasarlo bien y nos dejamos llevar. Como sucedió anoche en el cine. Se creó una atmósfera mágica y nos besamos porque nos apetecía. Punto. No hay más.

Tania no estaba de acuerdo, si bien no pudo comentar nada porque Cabeza de hielo alzó la mano y a ella no le quedó otra más que salir de la barra y acercarse a su mesa para ver qué quería.

Y, entonces, sucedió que la miró con esos ojos azul hielo como si buscara algo dentro de ella que él necesitara de una manera agónica, desesperada y urgente.

Tania le sostuvo la mirada unos instantes estremecida por completo, pero sin importarle que le viera lo más profundo del alma, porque eso era exactamente lo que ese tío estaba haciendo con su mirada taladrante.

Y así estuvieron hasta que ella ya no pudo resistirlo más, desvió la vista al terminal para anotar la comanda y le preguntó:

—Dígame, ¿qué es lo que desea?

—Una cerveza, por favor —respondió él con su voz profunda y cavernosa.

Tania lo apuntó y luego levantó la vista para decirle:

—Ahora se la traigo...

Y regresó estremecida a la barra donde su amiga le comentó la jugada:

—El duelo de miradas ha sido antológico...

Tania cogió una copa grande, abrió el grifo de la cerveza y replicó a su amiga entre dientes:

—Ese cabrón me desnuda el alma. Me mira y se mete muy dentro de mí, como si estuviera buscando algo que necesitara. No sé lo que es, tampoco sé para qué lo quiere. Pero sé que no se va a ir de aquí hasta que lo consiga. Tengo esa certeza.

—¡Hablas de él como si fuera una criatura paranormal que quisiera chuparte las energías! —replicó Kira que estaba alucinada.

Tania tiró la cerveza a la vez que le confesaba a su amiga entre susurros:

—Me lo quiere chupar todo. Eso es evidente. Hay mucha atracción sexual entre nosotros. Y algo más... Me está escudriñando el alma, siento que me ve por dentro, como no lo ha hecho nadie. Y sé que no se va a ir del hotel hasta que encuentre eso que busca y que ni yo misma sé que tengo dentro.

Kira sintió que un escalofrío le recorría por la nuca y replicó inquieta:

—Lo cuentas de una manera que da yuyu.

—No te preocupes. No quiere hacerme daño. Puedo percibirlo perfectamente. Ni es oscuro ni tiene malas intenciones, no es un corazón de estropajo, tiene mucha luz por dentro, yo también puedo verle y por eso sé que está en este hotel por mí.

Tania colocó la copa de cerveza sobre la bandeja, a su lado puso un pequeño plato con almendras y se lo llevó a Cabeza de hielo en tanto que Kira se quedaba sobrecogida por el relato.

Tal vez por eso, casi se le salió el corazón, cuando de repente escuchó una voz tras ella decir:

—¡Hola!

Kira se giró, se llevó la mano al pecho y farfulló sobresaltada:

—¡Hola, Yago!

—Perdona, no quería asustarte... —se disculpó Yago, temiéndose lo peor.

Kira respiró hondo, se echó el pelo a un lado y replicó encantada de verle otra vez, porque estaba espectacular con una camisa oscura remangada al codo y unos Levi's que le sentaban como a nadie:



—Estoy bien. Dime...

Yago pensó que estaba tan bien que era como para llevársela a un país muy lejano y ser felices para siempre.

Pero como no quería que acabara dándole un jamacuco, prefirió decirle:

—Ya hemos cenado, mi sobrino está jugando al billar con los Trujillo, luego han planeado bañarse en la *discopiscina* nocturna y yo me preguntaba si tú querrías que fuéramos a darnos un baño a alguna otra parte. Soy consciente de que la idea puede parecerle más peregrina que lo de la peluca y la máscara. Así que entendería que...

Kira le interrumpió, pues la idea le pareció tan buena que le propuso:

—Conozco una cala perfecta.

—Joder. ¿De verdad? —masculló Yago, que no podía creer que hubiera aceptado.

—Por supuesto que también tenemos una cala perfecta cerca. Este hotel no es el infierno que tú piensas...

—Me refiero a que si de verdad quieres ir a esa cala conmigo. Porque yo creo que, en cuanto he llegado, te has asustado al escuchar la voz del cliente más insufrible del hotel.

Kira se acercó a él y le cuchicheó discretamente:

—Me he asustado porque Tania me ha confesado que está convencida de que Cabeza de hielo está aquí por ella. Que cuando la mira, va a hasta el fondo de su alma, como buscando algo que necesitara...

Yago, entonces, reparó en que Tania regresaba con la bandeja con una cara que era inequívoca:

—Y ahora tiene una cara como si estuviera a punto de entrar en éxtasis. ¿Este tío no la estará drogando con algo?

—Qué va. Ella percibe que es una buena persona, que tiene mucha luz...

—Si ella lo dice. Yo le he visto hacer deporte y es una auténtica bestia. Se lleva al extremo gritando como un animal salvaje.

—A lo mejor tiene mucho estrés y se desfoga así. Pero vamos, te digo yo que mi amiga tiene esa cara de flipada porque este tío le pone muchísimo.

Yago pensó que como a él le ponía ella, pues no había tenido más que verla de lejos con el vestido rosa corto y las sandalias planas de tiras anudadas hasta media pierna para que se le endurecieran hasta las ideas.

El caso fue que replicó, con unas ganas infinitas ya de perderse en esa cala perfecta con ella:

—Entonces el que tiene que estar asustado es el cirujano y no tú.

—Ella no piensa tener nada con Cabeza de hielo. O eso dice. Pero la atracción está ahí y a mí lo que me perturba es que perciba que él está en el hotel por ella. Es todo tan inquietante y misterioso que me dan escalofríos...

—¿Ella no tendrá deudas con prestamistas raros o cuentas pendientes con algún camello? —inquirió Yago, porque por mucho que dijera Kira, él solo ubicaba al ruso en el gremio de la delincuencia organizada.

—Qué va. Tania es una chica sana, trabajadora y decente.

—Yo qué sé. A lo mejor el cirujano ha contratado al ruso para que la ponga a prueba. Hay tíos que están muy mal de la cabeza —aseguró Yago.

—Qué va. Jacobo es un tío equilibrado y muy seguro de sí mismo. Tiene que ser otra cosa. Pero mejor dejemos el tema que esta lo escucha todo y no quiero que se ralle. Voy a cenar y después, nos vamos a la cala en la Vespa que nos prestan los escoceses. ¿Te parece bien?

A Yago le pareció aquello tan maravilloso que estuvo a punto de agarrarla por la cintura y darle el beso del siglo. Pero en su lugar asintió, sonrió y Kira se derritió entera...

## Capítulo 12

Yago en la vida podía haber imaginado que ir de pasajero en una Vespa blanca con lunares rosas grandes, a través de senderos flanqueados por cultivos de tomates, en tanto que el sol se ponía a lo lejos, iba a ser lo más parecido a la felicidad.

Pero en ese instante ni echó de menos los templos de Borobudur y Prambanan, ni nadar entre mantas rayas, ni fotografiar a los dragones de Komodo.

Nada era comparable a estar pegado a Kira, a tener las manos en sus caderas, a notar el viento en la cara, a cerrar los ojos y a sentir que flotaba.

La sensación era tan maravillosa que no le habría importado que le llevara al fin del mundo, pero Kira tras quince minutos de travesía, se detuvo frente a una playa acogedora y desierta de arena situada entre dos acantilados rocosos.

—¿Te gusta? —le preguntó Kira, cuando el sol se estaba poniendo por detrás del mar y lo teñía todo de rosa.

Yago se quedó fascinado, asintió porque es que ni podía hablar, luego se apeó de la moto y se quitó el casco.

Kira hizo lo mismo, sacó del baúl de la Vespa una bolsa, guardó los cascos y le dijo con una cara que él estaba convencido que tenía que ser de auténtico imbécil:

—Te agradezco que me hayas traído a este sitio tan especial.

Kira sonrió, encantada de haber tenido a ese pedazo de tío pegado a su espalda y repuso:

—Gracias a ti, que eres el que ha propuesto el plan.

Plan para el que Yago no llevaba ni bañador ni toalla, pero le daba lo mismo.

No necesitaba nada más que a ella, a la que siguió hasta la punta de la playa, donde Kira

extendió un pañuelo enorme azul con un elefante estampado con la trompa hacia arriba y le invitó a que se sentara.

Yago se sentó a su lado y le preguntó, pues la puesta de sol en ese lugar merecía la pena:

—¿Vienes mucho a esta cala?

Kira con la vista puesta en el sol que estaba a punto de hundirse en el mar respondió:

—No. He venido unas cuantas veces y siempre sola. Esta es la primera vez que vengo acompañada.

Entonces, él, ya que estaban con las confianzas, se atrevió a reconocer:

—En mi caso, esta es la primera vez que comparto una puesta de sol con una chica.

Kira le miró alucinada, se echó a reír y repuso:

—No me lo creo.

—Créetelo. A mí todas estas cosas románticas me suelen poner de los nervios. Y evito los amaneceres, los atardeceres, los besos bajo la lluvia, los paseos a la luz de la luna... —confesó Yago sin ningún tipo de pudor. Porque él era así. Y no se escondía.

—¡Habérmelo dicho! ¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó Kira, que no quería que se sintiera incómodo.

—Lo que no me gusta es lo que las mujeres esperan de mí en los atardeceres y los malditos días de lluvia. Contigo es diferente porque tú no esperas nada de mí.

Kira, con unas ganas locas de agarrarlo por la nuca y besarlo hasta quedarse sin aliento, repuso:

—Absolutamente nada. Tengo veintiocho años y sé muy bien lo que quiero.

—Alguien totalmente opuesto a mí —aseguró, con las mismas ganas de todo que Kira.

—Exacto —musitó Kira.

—Y yo ni quiero ni espero nada. Así que esto es perfecto.

—Sí que lo es porque me permite vivir el instante sin importarme un bledo lo que pase después. Si fueras mi chico ideal ahora mismo estaría comiéndome el coco muchísimo. Estaría preguntándome cosas del tipo ¿no estaré yendo demasiado deprisa? ¿Se agobiará si le digo que me muero por besarlo otra vez? ¿Se incomodará si le pido que nos bañemos desnudos?

Yago tragó saliva y, ansioso por dárselo todo, le faltó tiempo para responder:

—¡No a todo!

—Jajajajaja. Tranquilo que como no eres mi chico ideal, esta situación no me plantea ningún problema. Estoy abierta a que pase lo que tenga que pasar.

—Podría pasar que nos bañáramos en bolas porque no me he traído bañador y que te besara otra vez —repuso Yago que, tras mirarla a los ojazos verdes, bajó con la vista hasta la boca de Kira.

Kira se acercó a él más todavía, le clavó la mirada, después descendió a los labios y musitó:

—Estaría genial si empezaras con el beso...

Yago acabó de recortar la distancia que los separaba, la agarró por la nuca y la besó como tenía ganas de hacerlo desde la noche anterior.

Porque los besos dulces en el cine habían estado de maravilla, pero ahora necesitaba con urgencia otros nuevos.

Unos más intensos, más profundos y más salvajes...

Unos en los que se mordisquearon los labios, las lenguas se enredaron, se devoraron las bocas y se quedaron casi sin aliento.

—¿Y ahora por dónde quieres que siga? —le preguntó Yago, recorriéndole la espalda con la

mano.

Kira le ofreció el cuello y él respondió bajando la cremallera del vestido rosa.

Después, le mordisqueó el cuello hasta hacerla gemir, le bajó los tirantes del vestido y la liberó del sujetador porque a los dos ya les sobraba toda la ropa.

—Eres preciosa —musitó Yago.

Y tras besarla otra vez, se quedó mirando los pechos que eran más bonitos aún de lo que los imaginaba, los tomó en sus manos, los acarició y luego se los llevó a la boca.

Yago estaba hambriento. Y Kira solo podía estremecerse de placer. Porque se lo estaba haciendo con tanta pericia que solo con estimularle los pezones la puso al borde del orgasmo.

No en vano, Yago era bueno. Mucho más bueno de lo que Kira había imaginado, porque tras devorarse las bocas como dos desesperados, él coló una mano por debajo del vestido, hasta llegar al sexo que estaba empapado.

Lo presionó, la hizo gemir, deslizó un par de dedos, luego le arrancó las braguitas y Kira echó el cuerpo hacia atrás.

Yago la penetró de ese modo, le acarició un punto que nadie en su vida le había encontrado, la hizo volverse loca de placer y, entonces, decidió estimularla también con su boca.

Le arrancó el vestido, le desató las lazadas de las sandalias, la descalzó y ascendió a besos y mordisquitos desde el tobillo hasta el sexo que lamió desesperado.

Y a partir de ese instante fue la lengua la que se hundió, la que acarició, la que recorrió cada pliegue, hasta que ya no pudo más.

Pero se equivocaba, porque Yago se incorporó, la miró, tironeó de los pezones con los dientes y cuando Kira ya gritaba de placer, volvió a penetrarla con sus dedos, volvió a tocar ese punto, presionó fuerte con la otra mano en la base del pubis, y solo tuvo que golpetearle el clítoris con el pulgar para que se derramara entre jadeos agónicos como nunca en su vida.

—Eres el puto amo —masculló Kira, sintiendo aún los espasmos del orgasmo.

—Yo solo te deseo... —dijo Yago mientras se ponía de pie.

Luego se quitó la camisa, se descalzó, se desprendió de los pantalones y los calzoncillos y Kira que le estaba mirando desde abajo, tumbada y todavía sin recuperar el ritmo normal de la respiración, musitó pues jamás había visto nada parecido:

—¡Eres un portento de la naturaleza!

Y no exageraba, ya que jamás había visto ni tamaño cuerpazo ni tamaña erección grande y dura.

Yago sonrió, le tendió una mano, ella la agarró, él tiró de ella y con una facilidad pasmosa la cogió en brazos:

—Ahora toca el baño nocturno... —le advirtió.

Kira se percató en ese instante, pues desde el primer beso de Yago el mundo se había diluido, que habían salido la luna y las estrellas.

Es más, la noche era tan perfecta que a Kira le entraron unas ganas absurdas de llorar de pura felicidad.

Pero en su lugar besó a Yago, hundiendo la lengua hasta el fondo y con unas ganas infinitas de tenerle muy dentro.

Yago acto seguido le devolvió el beso y, con ella en sus brazos, se adentró poco a poco en el mar...

## Capítulo 13

Yago jamás se habría atrevido a hacer algo así con una chica, esa noche de media luna, mar en calma y estrellas titilantes.

Era demasiado romántico, era demasiado perfecto, pero Kira no iba a exigirle nada más que siguiera besándola y dándole todo el placer que tuviera para ella.

Y eso fue lo que hizo, porque no pensaba guardarse nada.

Así que se adentró en el mar hasta que el agua le cubrió el pecho y ahí se detuvo.

Luego, agarró a Kira por las caderas y la colocó frente a él, frente a sus ojos, frente a su boca... y ella le respondió rodeando el cuerpo hercúleo con las piernas.

Yago pensó que no se podía ser más hermosa que esa chica que le miraba como no lo había hecho nadie.

Era una belleza distinta a la de todas.

No era perfecta, ni lo pretendía.

Era natural. Sin trucos ni artificios.

Era ella desnuda sin más. Por dentro y por fuera.

Sin temor a nada, sin esperar nada y sin pretender ser otra. Solo ella.

Ella en estado puro, en su esencia absoluta, muerta de deseo, mirándole con los ojos anhelantes y los labios hinchados.

Pero no solo era una mujer con ganas...

Había algo más.

Pues en lo más profundo de la mirada verde de Kira había algo que jamás había visto en las mujeres con las que había disfrutado de sesiones de puro sexo.

Era algo que le conmovía y que percibía como la verdad más profunda y más intensa que encierra un auténtico infinito.

Y, en ese momento, no sintió vértigo, ni tuvo ganas de salir huyendo.

Al contrario, solo quería perderse en ese misterio y que esa noche no acabara nunca.

Y la besó. La besó con todas sus ganas, posiblemente como jamás había besado a nadie.

Y los sexos se encontraron, ávidos de todo...

Kira no dejaba de mover las caderas, buscando el roce de la vulva contra la dureza de Yago.

Él se frotaba contra el sexo hinchado de esa chica que gemía, que jadeaba, que estaba retorciéndose de placer.

Y los torsos entrechocaban una y otra vez.

Los pechos bamboleantes de Kira y los pezones duros, rozaban sin tregua el torso musculoso y fuerte de Yago.

Los cuerpos se arqueaban y se estremecían por completo.

Y los besos siguieron, cada vez más voraces, más lascivos, más desesperados.

Una locura. Aquello se desató tanto que solo pudo seguir fuera del agua...

Salieron cogidos de la mano, sin importarles absolutamente nada más que entregarse a ese

instante.

Y ya en la orilla, Yago cogió un preservativo de su cartera, se lo enfundó y cayó de rodillas con las nalgas presionando sus talones.

Luego, le tendió la mano a Kira, tiró de ella y la acercó a él para poder saborearla otra vez.

Kira de pie, colocó los pies a ambos lados de los muslos de Yago, de tal modo que su sexo quedó a la altura de la boca de él.

Y él la lamió. Y luego, siguió, devorándola y estimulándola, hasta que ella ávida de más, colocó el pie derecho sobre el hombro de Yago y este se perdió otra vez en esa humedad hasta llevarla al borde del orgasmo.

Entonces, apartó la boca del sexo de Kira, la miró con unas ganas infinitas de fundirse con ella y Kira que estaba sintiendo exactamente lo mismo, se sentó sobre él.

Yago le acarició entera la espalda, ella frotó su vulva contra la potente erección y él gimió.

A continuación, Yago la besó en el cuello, descendió hasta los pezones, Kira echó la cabeza hacia atrás, se mordió los labios y, entonces, él la levantó por las caderas, ella agarró la dureza con la mano, la colocó en la entrada de su sexo, y Yago tiró de las caderas hasta hundirse por completo dentro de ella.

Kira gritó de placer, porque jamás había sentido nada parecido y Yago la llenaba como nadie lo había hecho.

Pero es que la miró y sintió que tampoco nadie la había mirado como ese tío lo hacía.

En su mirada había fuego, quería abrasarla, quería follarla, quería empujar dentro de ella hasta arrancarle un orgasmo que la estremeciera entera. Pero también había algo más.

Yago la miraba y estaba convencida de que le estaba entregando algo más que placer descarnado, que el polvo estaba siendo mucho más que piel, que él podía verla tal cual era, sentirla como nadie y aceptarla por completo.

Pero no se inquietó ni lo más mínimo.

Ni temió nada.

Tan solo se dejó llevar por el momento y empezó a mover sus caderas, a cimbrarse sinuosa hasta que su cuerpo poco a poco fue cediendo y pudo aumentar el ritmo de sus movimientos.

Pudo darle cada vez más y más, sin dejar de lamerse, de mordisquearse, de comerse las bocas, desesperados.

Y aquello era tal locura que sintió que ya no iba a poder más.

La fricción incesante del clítoris contra el pubis la tenía ya a punto de estallar.

—Voy a correrme, Yago.

Yago le lamió los labios y le exigió al oído de un modo tan sensual que el sexo de Kira se contrajo palpitante, casi como en un orgasmo:

—Aún no.

Yago entonces la alzó hacia arriba empujando fuerte de las caderas y le pidió que se diera la vuelta.

Kira lo hizo. Se sentó otra vez sobre él que seguía de rodillas, pero en esta ocasión con la espalda apoyada en el torso potente de Yago.

Y se la enterró hasta el fondo...

Los dos gimieron.

Luego Yago, le retiró la melena a un lado, le mordisqueó el cuello y le acarició los pechos con ambas manos.

Dio unos tironcitos sutiles de los pezones y después descendió con una mano hasta el clítoris

duro que empezó a estimular, al tiempo que Kira no dejaba de agitar sus caderas, ni de sentirse cada vez más llena de ese hombre.

Y así estuvieron haciéndolo, con las olas rompiendo cada vez más cerca de ellos, hasta que Kira ya sí que no pudo más, gritó porque sintió que se quebraba, y por fin estalló en mil pedazos.

Y Yago al sentir cómo le apretaba fuerte el orgasmo de Kira, se excitó más todavía y tras hundirse en ella tres veces más, se corrió descargándose por completo y gritando el nombre de ella.

Después, con Kira estremecida de escuchar su nombre en los labios de Yago y las respiraciones aún entrecortadas, se abrazaron.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Yago y cerró los ojos, como si así pudiera hacer que ese momento se eternizara.

Yago tampoco quería separarse de ella, él que siempre que follaba salía disparado tras el orgasmo, de repente se vio abrazado a Kira, con las respiraciones acompañadas y deseando que el tiempo se detuviera.

Y así estuvieron un rato, sin decir nada, abrazados, saciados y felices, hasta que una ola más grande rompió en la playa, los cubrió de agua, arena y sal, y los expulsó definitivamente del paraíso.

De vuelta a la realidad, se levantaron a toda prisa y recogieron las cosas que habían quedado abandonadas un poco más allá.

Fue entonces cuando Yago comprobó en su móvil que faltaban apenas quince minutos para las doce de la noche.

Y todavía desnudo, abrazó de nuevo a Kira, la estrechó contra él y le dijo:

—Tenemos que volver, tengo que ir a buscar a mi sobrino. Está a punto de acabar la *discopiscina*. Pero quiero que sepas que me habría pasado la noche entera aquí contigo.

Kira le besó en los labios con los ojos cerrados, luego los abrió y musitó:

—Y yo. Pero tenemos más noches...

Yago asintió, acercó los labios a los de Kira, le dio un tironcito en el labio inferior, la agarró del cuello y profundizó el beso, devorándole la boca...

—Tendremos más noches, pero yo jamás voy a olvidar esta —musitó Yago tras el beso, casi sin aliento.

A Kira se le iluminó más aún la mirada y repuso convencida:

—Ni yo...

Acto seguido, se vistieron y regresaron de vuelta al hotel, bajo esa media luna de verano, tan mágica y tan perfecta, que iban a atesorar para siempre...



## Capítulo 14

Al día siguiente, Yago se despertó pensando en que esa noche invitaría a Kira a cenar a algún sitio bonito y cercano y que, si aceptaba, dejaría a su sobrino con los Trujillo.

Sin embargo, Diego tenía otros planes para él:

—Yas quiere hacer pádel surf —le contó Diego aún en la cama, en cuanto Yago regresó de su sesión matutina de gimnasio.

—¡Tú estás obsesionado! Es que ni das los buenos días. Te levantas y ya estás con Yas en la boca —le reprendió Yago, aunque a él le pasaba lo mismo con Kira. Se había dormido pensando en ella y se había levantado ideando planes para estar juntos otra vez.

—La tengo en la boca y en el corazón que es lo más importante. ¡Buenos días, Yago! ¿Y tú qué tal con Kira? —preguntó con una sonrisita gamberra.

—¡Buenos días! Y con Kira bien...

Yago le había contado que la noche anterior había estado con Kira en la cala dándose un baño, porque estaba harto de tanto cloro y no le apetecía una *discopiscina* nocturna.

—Anoche cuando regresaste de la cala estabas despeluchado y con cara de flipado —comentó Diego, mordiendo los carrillos para no partirse de risa.

Yago pensó que no le extrañaba que tuviera esa cara, pero en su lugar replicó:

—Sería por montarme en la Vespa.

—Yo creo que estabas así por culpa del amor —apuntó Diego, con una sonrisa enorme.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que soy un tipo centrado al que no le gusta perder el tiempo?

Diego se incorporó en la cama y le preguntó con mucha curiosidad:

—¿Entonces por qué te fuiste a la cala con ella?

Yago bufó y respondió para zanzar ese asunto de una vez:

—Odio a los cotillas.

Pero Diego quería seguir ahondando en el tema...

—No respondes porque ocultas algo. Lo típico. Así que confirmamos: ¡estás enamorado!

Yago frunció el ceño y le exigió a su sobrino mostrándose más cabreado de lo que realmente estaba:

—¡Sal de la cama de una vez! ¡Y deja ya de decir chorradas! Fui a esa cala por conocer sitios nuevos. ¡Me agobia de estar todo el santo día en el hotel!

—Tranqui, tío. A mí me gusta estar aquí, pero por ti soy capaz de todo. Y como no quiero que te agobies, se me ocurre que nos podías llevar esta tarde a Yas, a Iker y a mí a hacer pádel surf a una playa que está muy cerca de aquí y donde hay una tienda que alquila tablas.

Yago fulminó a su sobrino con la mirada, apretó las mandíbulas y le advirtió:

—¡No hay cosa que deteste más que la manipulación y la mentira! ¡Así que por ahí no vayas!

—¡Lo detestas todo, *bro!* Y no te enteras de nada. Lo de ir a hacer pádel surf es por haceros felices a vosotros. A ti y a Yas. Tú saldrías un poco del hotel que tanto te agobia y ella disfrutaría

de uno de sus deportes favoritos. Es que sus padres se han apuntado a varios tratamientos en el spa del hotel y no la pueden llevar.

—Por mí no te preocupes, que ya me busco yo la vida —replicó Yago, sacando una botella de agua del minibar.

—Sí que me preocupo, porque tu imagen sería mucho más molona y ganarías muchos puntos.

Yago estuvo a punto de escupir el agua que se estaba bebiendo y apuntándole con la botella le exigió:

—¡Me importa una mierda lo que los demás piensen de mí!

—Ya, pero es que yo voy en tu lote. Y a mí sí que me importa que piensen que soy el sobrino de un pipa.

—¡Sal de la cama y cierra el pico! ¡Eres un pelma de mucho cuidado!

Diego salió de la cama con parsimonia, miró a su tío y supuso:

—Y también odias a los pelmazos.

—¡No imaginas cuánto, así que no me des más la turra con lo del pádel surf! ¿Estamos?

Diego sabía que ya no podía tensar más la cuerda, por eso decidió que había llegado el momento de quemar el cartucho final:

—Lo último que te digo es que podías invitar a Kira, ayer me contó que le encanta el pádel surf y que los atardeceres desde esa playa son muy bonitos.

Yago resopló, porque acababa de percatarse de que lo tenía todo perdido: su sobrino era de los que te vencían por cansancio:

—Tío, ¡tú eres la puta gota malaya! Si canalizas esa energía que tienes hacia los objetivos correctos, te auguro que a mi edad serás un tío de muchísimo éxito.

A Diego el éxito no le importaba nada, él solo quería hacer pádel surf con Yasmina:

—Ya, pero tú siempre dices que el verdadero éxito es el éxito de todos. Y no sé si te has dado cuenta de que, si vamos a hacer pádel surf, ganamos todos. Porque...

Yago le interrumpió, se plantó frente a su sobrino y le dijo ya cabreado de verdad:

—Diego, no sé si eres consciente de que estoy a punto de ponerte un esparadrapo en la boca.

Diego se encogió de hombros y replicó negando con la cabeza:

—No creo que seas capaz de llegar tan lejos...

Yago se bebió la botella de agua entera, miró a su sobrino desafiante y repuso:

—Mejor no quieras saberlo. Así que métete en la ducha ya. Y en estos días estudiaré lo del pádel surf, pero solo porque pienso que la persistencia es un valor que siempre merece un premio.

Lo del premio a la persistencia era lo primero que se le había ocurrido, porque en realidad lo que le había hecho cambiar de opinión era saber que a Kira le gustaba practicar ese deporte en esa playa de atardeceres bonitos.

Y la sola idea de compartir con ella otra puesta de sol era tan apetecible que estaba dispuesto a cargar con los miniTrujillo y subirse a una tabla de esas.

—Entonces ¿qué soy? ¿Un pesado o un persistente? —preguntó Diego que no se callaba ni debajo del agua.

—Un *chapas* de mucho cuidado. Y el tío más tocapelotas del mundo.

—Me estás haciendo la picha un lío —replicó Diego, divertido—. Pero no pasa nada. Lo importante es que no tienes tiempo de estudiar nada. Yasmina y su hermano se han apuntado a un campeonato de pimpón en el hotel y solo podrían hacer pádel surf hoy por la tarde. Así que tienes que decidirte ya.

—Odio que me presionen. Tengo que darle una vuelta. A la hora del almuerzo, te diré algo.

—¿Tú has hecho pádel surf alguna vez? —le preguntó Diego, temiéndose lo peor.

—No me atrae para nada. Yo soy más de deportes de riesgo.

—No te preocupes. Es un deporte muy fácil. Yo he practicado con el abuelo en el embalse, pero para que no hagas el ridículo más espantoso, lo mejor es que te empolles los videos que te voy a mandar de YouTube. Si sigues los consejos, seguro que conseguimos que en un día te pongas de pie en la tabla.

Yago miró a su sobrino de una manera que este supo que acababa de agotar la paciencia de su tío y sentenció:

—¡Calla de una vez! O no vas a salir de la habitación en todo el maldito día.

Diego voló a la ducha con la sensación del trabajo bien hecho, después bajaron a desayunar y se plantaron en la piscina, cuando Kira estaba a punto de dar los buenos días a los clientes.

Diego se quitó la camiseta, se fue directo al agua con los Trujillo que ya estaban dentro y Yago se acercó a saludar a Kira que estaba más guapa que nunca.

Tenía una sonrisa enorme, los ojos le brillaban, la piel le relucía y se había recogido el pelo en una coleta alta que dejaba a la vista el cuello largo que Yago se moría por besar otra vez.

—¡Buenos días, Kira! ¿Qué tal estás?

Kira que ya le había visto venir de lejos no pudo evitar sonreír como una pava al verle otra vez.

—¡Buenos días, Yago! Estoy de maravilla. ¿Y tú?

Yago pensó que ahora que estaba frente a sus ojazos verdes se encontraba en la gloria, pero en su lugar respondió:

—Estupendamente. Y con unas ganas de besarte que no puedo con ellas.

Kira soltó una carcajada y confesó, pues le entendía a la perfección:

—Ni yo, porque tengo las mismas ganas que tú.

Yago solo tuvo que escuchar eso, para pedirle que le siguiera hasta la parte de atrás del kiosco, donde había un jazmín trepador tras el que podían ocultarse sin que nadie los viera.

Y una vez allí, Yago la agarró por la cintura, la trajo hacia así y la besó en la boca desesperado:

—Me tienes loco...

Kira le agarró por el cuello, lo besó con las mismas ganas y luego le confesó:

—Yo me he despertado abrazada a la almohada y musitando tu nombre.

Yago sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda y le contó:

—Esta noche quería llevarte a un restaurante bonito, pero el plasta de mi sobrino quiere que los lleve a los miniTrujillo y a él a hacer pádel surf a la playa. Él me ha dicho que a ti te gusta ese deporte y que en esa playa pueden verse unos atardeceres preciosos. ¿Me ha mentado o es cierto?

—Es verdad. Si me esperáis a que acabe mi turno, os acompaño. Me encanta el pádel surf. Y ya cuando regresemos, nosotros...

A Yago le hizo ilusión esa palabra, y con los ojos chispeantes de emoción, repitió emocionado:

—Nosotros...

—Podemos hacer algo... Esta noche actúa el mago Igor...

—Yo prefiero a la maga Kira.

—Puedes dejar a Diego con los Trujillo viendo el espectáculo y nosotros...

Yago terminó la frase con unas ganas tremendas de que cayera la noche:

—Podemos hacer magia en otra parte...

## Capítulo 15

Faltaba poco para que fueran las ocho de la tarde y Yago conducía su coche con Kira al lado de camino a la playa.

Ella había conseguido salir del trabajo un poco antes de lo habitual y estaba feliz de acompañarlos.

Y Diego, por su parte, como sabía que iban a disfrutar de una sesión de pádel surf gracias a Kira, le dijo cuando estaban a punto de llegar:

—Kira te doy las gracias por cargar con mi tío. La gente no suele aguantarle por su carácter insoportable. Es gruñón y arisco como un chihuahua, pero de verdad que luego cuando le conoces te das cuenta de que en realidad es más bonachón que un San Bernardo, con babas y todo. Tendrías que verlo cuando se queda dormido frente a la tele con la boca abierta. Y es que cuando quiere ¡hasta puede ser divertido!

Yago miró a su sobrino por el espejo interior, lo fulminó con la mirada y masculló:

—Como no cierres el pico, a lo mejor voy a estar veinte años sin ser divertido contigo. ¿Qué te parece?

Diego se encogió de hombros y respondió risueño:

—Muy típico de ti. Pero ni me preocupó, porque sé que tienes un gran corazón de oso. Bueno, es que ¡hasta roncas como un oso!

Todos se rieron menos Yago, y luego Kira intervino para decir:

—A mí tu tío me parece muy gracioso.

Diego dio un respingo en el asiento y replicó:

—Ah, ¿sí? ¡Qué interesante! ¿Y qué más te parece?

Kira miró a Yago divertida, se llevó el dedo índice a la barbilla y contestó:

—*Mmmmm*. No sé. Déjame que piense...

—Si te lo tienes que pensar tanto, malo —repuso Yago, bufando.

—Pasa de él, Kira. Es un cenizo —le aconsejó Diego, que batió las manos.

—No soy cenizo —se defendió Yago—. Soy una persona analítica y crítica que utiliza su intuición y su conocimiento para adelantarse a los acontecimientos.

—Anda que para lo que te vale... —murmuró Diego—. Kira te está diciendo que le haces gracia. ¿Qué más necesitas, que te haga un dibujo?

—A mí tú también me pareces muy gracioso —le dijo Yasmina a Diego que la miró alucinado.

—¿De verdad? —preguntó Diego, con el corazón que se le iba a salir del pecho.

—Sí —respondió Yasmina—. Los León sois muy especiales. Nos gusta estar con vosotros, ¿a que sí, Iker?

Iker que iba sentado pegado a la ventana y sacando la lengua a todos los que pasaban a su lado, asintió y Diego creyó que se iba a morir de felicidad.

Estaba tan exultante que no volvió a hablar hasta que estuvieron en la playa y a Kira y a Yago

les tocó compartir tabla.

Puesto que resultó que solo quedaban cuatro para alquilar y al final decidieron que ellos dos compartirían una.

Así que entraron con las tablas al mar...

Y Kira le indicó cómo tenían que hacerlo para compartirla. Primero, le dijo que tendrían que tumbarse sobre la tabla y avanzar remando con los brazos como en el surf. Luego, tras pasar la zona de las olas, se pondrían de rodillas y ya estabilizados tendrían que incorporarse, agarrar el remo que hasta ese momento permanecería sobre la tabla y ponerse de pie.

Yago siguió las instrucciones, lanzó la tabla al agua, se tumbó sobre ella, se echó todo lo que pudo para adelante, para dejarle sitio a Kira, y ella se tumbó detrás de él, de tal modo que tenía la cara a la altura del trasero de Yago.

Y así empezaron a remar, sorteando las olas, hasta que Diego, que ya estaba con los otros miniTrujillo de pie sobre la tabla, gritó:

—¡Yagui, ahora no te tires un pedo trompetero de los tuyos que te conozco!

Kira soltó una carcajada y Yago paró de remar para gritarle a su sobrino:

—¡Mejor que no te pille!

Diego sin dejar de reír, se adentró en el mar con los miniTrujillo que estaban también tronchados de risa y Yago volvió a remar.

Dejaron atrás la zona de las olas y Kira con una facilidad pasmosa se puso de rodillas, Yago intentó hacer lo mismo, pero trastabilló y se fue derecho al agua.

Todos se partieron de risa y él, muy digno, salió despeluchado, se agarró al asa con una mano, tomó impulso para coger con la otra la barandilla, dio unas cuantas patadas con rabia, se le bajó el bañador, subió y como llevaba tanto ímpetu acabó de bruces sobre la tabla.

—¡Menuda puta mierda de deporte! —masculló Yago, al tiempo que se colocaba bien el bañador.

—Es muy fácil, ¡mira lo que hago! —gritó Iker, haciendo el pino sobre la tabla.

—¡Si hubieras visto los videos, nos habrías evitado verte el culo lleno de granos! ¡Qué asco! —exclamó Diego que estaba llorando de la risa. Como todos.

—¡Calla, que como vaya para allá...! —le advirtió Yago.

—¡Ojalá puedas pillarme, pero me da que la tabla te ha cogido manía! ¡Nos vemos a la vuelta! —anunció Diego y se puso a remar junto a sus amigos que se lo estaban pasando genial.

Luego, Yago tras hacer equilibrios varios, logró sentarse en la tabla con las piernas colgando y le aclaró a Kira:

—Lo del culo no son granos, son picaduras de mosquitos. Me acribillaron anoche en la cala.

—A mí también. Yo estoy igual de acribillada —le confesó, risueña.

Yago que se sentía un patán al lado de esa diosa que permanecía en perfecto equilibrio, de rodillas, sobre la tabla infernal, reconoció:

—Pero me volvería dejar a acribillar otra vez.

—Para la próxima, llevaré un repelente —aseguró Kira.

Yago arqueó una ceja y le preguntó porque la escena que acababa de protagonizar no podía haber sido más bochornosa:

—¿Todavía quieres repetir después de ver que tengo menos equilibrio que un pato fumado?

Kira apoyó las manos en la tabla y se puso de pie de un salto para pasmo de Yago que estaba convencido de que se iban los dos al agua.

Pero estaba equivocado, porque Kira no solo se puso de pie, sino que dio unos pasitos hasta

situarse a su lado y sentarse junto a él.

—El equilibrio es cuestión de práctica. Ya le cogerás el tranquillo.

Yago sintió una cosa extraña en la tripa, ya que estaban sentados tan cerca que estaban rozándose las pieles.

—Yo estoy bien así. Y tenías razón, la puesta de sol aquí es preciosa.

Los dos estaban de espaldas a la playa, con la vista puesta en el horizonte que ya se estaba cubriendo de tonos rosas y naranjas.

—Es una pasada —musitó Kira, feliz de estar ahí con él.

Y, entonces, sintió cómo Yago ponía la mano fuerte y ancha encima de la suya que descansaba sobre los muslos.

Ella giró la mano, entrelazó los dedos con los de él, y así estuvieron, contemplando la puesta de sol, sin decir nada y cogidos de la mano.

Luego, Yago la miró y le confesó:

—Tengo unas ganas locas de besarte, pero tengo miedo a que Diego nos vea. Está tan obsesionado con el amor que no iba a dejarme tranquilo hasta que nos viera casados.

—Desde donde están, es imposible que nos vean. Pero te entiendo.

—Me siento como si tuviera quince años, aquí reprimiéndome por temor a que me pillen. Aunque yo con quince jamás habría estado así con una chica, ni con quince ni con treinta. Contigo lo estoy haciendo porque pasas completamente de mí.

Kira apoyó la cabeza en el hombro de Yago, suspiró y repuso:

—Así es. Y yo estoy aquí contigo porque sé que esto es lo que es.

—Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —dijo Yago acariciándola con el pulgar el dorso de la mano.

—Para mí es lo mejor que me ha pasado nunca. Es la primera vez que estoy con un chico y no tengo ansiedad. No tengo miedo a nada. Y aunque sea efímero es muy bonito.

Yago no pudo evitar girarse, mirarla a los ojazos verdes, después tomarla por la barbilla y besarla en los labios despacio y suave.

Luego, Kira lo agarró por el cuello, entreabrió los labios y el beso se hizo más profundo y más húmedo. Mucho más exigente...

Tanto que Kira acabó tumbada en la tabla con Yago encima, sintiendo la tremenda erección presionando su vientre, y sin dejar de besarse y de besarse hasta que, de repente, apareció Diego que tosió unas cuantas veces para que se percataran de su presencia y a Yago no se le ocurrió nada mejor que excusarse y decir:

—¡Me he vuelto a caer! ¡Y esta vez ha sido terrible porque casi me cargo a Kira!

—¡Y la has besado en la boca! ¡Qué asco! ¡Dios! ¡Pero qué asco! ¡Puaj! —gritó Diego, horrorizado.

—¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco! —exclamó Yasmina, espantada.

—¡Creo que voy a potar! —chilló Iker, que estaba doblado del asco que tenía.

## Capítulo 16

Después del pádel surf, decidieron cenar unas pizzas en un restaurante que estaba junto a la playa y luego regresaron al hotel justo cuando estaba a punto de empezar el espectáculo del mago Igor.

Yago se detuvo en la puerta, todos se apearon y, a continuación, Diego le preguntó a su tío, hablándole a través de la ventanilla:

—Después de aparcar, te vienes a ver al mago, ¿verdad?

Yago negó con la cabeza porque ya había tenido suficiente tormento y respondió:

—Ni de coña.

Diego entornó la mirada y le preguntó con una curiosidad tremenda:

—¿Por qué?

Yago bufó y respondió a su sobrino, ansioso por perderle de vista durante un rato:

—¡Porque no soporto a los magos! ¡Los odio desde siempre!

—Jajajajajaja. ¡Qué raro que tú odies algo! Pues yo no me lo pierdo. Dice Yas que es muy bueno, que hace unos trucos chulísimos.

—Es genial. ¡Yo quiero que me corte en tres cachos! —exclamó Iker entusiasmado.

—Y está a punto de empezar. ¡Tenemos que irnos! —dijo Yasmina.

—Yo os acompaño —se ofreció Kira para horror de Yago.

—¿Tú también quieres ir a ver al mago ese? ¿También quieres que te corten en tres trozos como una merluza? —le preguntó a Kira, sin disimular su frustración.

—¡Es que tú eres el único *hater* del grupo! —intervino Diego.

—Yo es que quería que Kira me enseñara... la huerta —se excusó Yago, con lo primero que se le ocurrió.

Diego se partió de risa y le preguntó a su tío:

—¿Quieres llevarla al huerto, Yagui?

Yago muerto del bochorno, se pasó la mano por la cara y menos mal que Kira dijo:

—¿Te parece si los acompaño hasta la terraza donde va a actuar el mago, regreso contigo y nos damos una vuelta por los alrededores?

Yago vio el cielo abierto, resopló y repuso loco por quedarse a solas con ella:

—Gracias, Kira.

Kira dejó a los críos, junto al matrimonio Trujillo, sentados frente al mago y volvió a subirse al automóvil de Yago, que solo quería estar con ella.

Lo demás le daba lo mismo.

—Así que quieres llevarme al huerto, Yagui —bromeó Kira, en cuanto Yago arrancó.

—Desde el primer instante en que te vi —masculló muy serio.

—A mí me pasó lo mismo y eso que estabas de protector solar hasta las cejas y parecías un sieso de lo más arrítmico.

—Me sentía ridículo, pero luego moviste las caderas y sacaste al monstruo que llevo dentro.



—¡Qué *flow*! ¡Qué movimiento de caderas! ¡Qué de cosas sucias se me pasaron por la cabeza!  
—le confesó Kira, entre risas.

—Pues mejor no te cuento lo que se me pasó a mí...

—Cuenta, cuenta...

—Me gusta más hacer que hablar. Claro que no sé del tiempo que disponemos. Yo quería cenar a solas contigo y mi sobrino me lo ha estropeado todo.

—Qué va. El atardecer en la playa ha sido precioso y...

—Y mi sobrino haciendo concursos de a ver quién dice Zaragoza con la boca llena de pizza ha sido la guinda para una noche memorable —rezongó con el ceño fruncido.

—Me lo he pasado genial. Adoro a tu sobrino. Y los miniTrujillo son un encanto. Lo que lamento es haberlos asqueado con los besos en la tabla.

—¡Y ojalá que les sigan asqueando los besos en la boca durante muchísimos años más!

—Tanto como muchísimos años... Mejor que vivan lo que les toque en cada momento. Que no quemem etapas demasiado rápido y que tengan un desarrollo emocional normal.

—Sí, no como yo, que tengo más traumas que Rambo. El caso es que a estos tres les estaré siempre agradecido, porque sin ellos no te habría conocido.

—Y yo me habría perdido uno de los mejores veranos de mi vida —repuso Kira, con una sonrisa enorme.

—Y espera, que todavía puedo echar el resto y que sea el mejor. Aquel camino ¿hacia dónde lleva? —preguntó señalando un sendero que estaba a la izquierda.

—Sube hasta el mirador, tiene unas vistas espectaculares. Y supongo que la actuación del mago durará una hora y algo...

Yago ni se lo pensó, giró a la izquierda, se adentró por el sendero serpenteante, hasta que llegaron a lo alto de la loma.

Detuvo el coche frente al mirador, donde no había nadie, y contemplaron las magníficas vistas entre montañas y el mar al fondo.

Luego, Yago abrió el techo panorámico de su automóvil y apareció el cielo salpicado de infinitas estrellas.

Kira echó el asiento hacia atrás, se recostó y confesó extasiada:

—¡Qué noche más hermosa!

Yago hizo lo mismo, se recostó a su lado y se quedó mirando el cielo fascinado:

—Es perfecta... ¿Puedes creer que me compré el coche con el techo panorámico precisamente para poder disfrutar de espectáculos como este, sin embargo, lo tengo desde hace dos años y aún no había visto un solo cielo nocturno?

—Eres un tío muy ocupado...

Yago con la vista clavada en el cielo, negó con la cabeza y le contó:

—Lo he evitado porque contemplar algo así solo me mata de nostalgia y hacerlo en compañía es demasiado íntimo y romántico.

Kira se giró, le miró y, con unas ganas infinitas de abrazarlo, replicó:

—Pero lo estás haciendo al fin...

Yago se giró también, la miró a sus ojazos verdes, sintió un mariposeo raro en el estómago y repuso:

—Contigo. Con la única persona con la que puedo hacer estas cosas...

Kira se acercó a él, le dio un beso en los labios, suave y dulce, y él se lo devolvió salvaje y ardiente.

Las lenguas se enredaron, las manos volaron por todas partes, y poco a poco se fueron sacando la ropa hasta que Yago acabó recostado encima de Kira.

—Sabes a sal... —le susurró Yago en el oído, tras mordisquearle el cuello.

—Y tú —musitó Kira, tras lamerle un pezón.

Yago, entonces, tomó los pechos de Kira en las manos y volvió a hacer lo mismo. Le mordisqueó un pezón y luego otro...

Después, comenzó a moverse, a frotar el sexo duro contra el de Kira en tanto que no dejaban de devorarse, de lamerse y de mordisquearse.

Y así estuvieron, hasta que no pudieron más, Yago extrajo un condón de su cartera, se lo enfundó y la sacó del coche.

La llevó de la mano hasta el capó, la sentó en el borde, le devoró los pezones, le abrió las piernas, él se situó entre ellas y la penetró con contundencia.

Kira gimió y Yago empezó a empujar, hasta que ella necesitó más intensidad y profundidad y colocó las piernas sobre los hombros de él.

Continuaron en esa postura, desatados y jadeantes, y luego Yago decidió cambiar otra vez.

La bajó del coche, le dio la vuelta, Kira entonces apoyó las manos sobre el capó, y él penetró desde atrás con dureza.

—¡Dios! —exclamó Kira, arqueando la espalda y pidiéndole más.

Siguieron haciéndolo de ese modo, sin guardarse absolutamente nada, solos en mitad de esa noche perfecta, y sucedió que llegó un momento en que Kira sintió que ya no iba a poder aguantar mucho más.

Y justo entonces, cuando estaba al borde de todo, Yago deslizó una mano hasta el clítoris que solo tuvo que estimular un poco para que ella estallara en un orgasmo bestial.

Yago al sentir cómo Kira le apretaba, cómo se estremecía entera, se excitó mucho más todavía, y apenas tuvo que penetrarla unas cuantas veces para correrse, vaciándose por completo.

Luego, se abrazó a ella, muy fuerte, le dio la vuelta y se miraron.

Kira estaba temblando, pero es que él también.

Ninguno se atrevió a decir nada, aunque los dos sabían que habían sentido lo mismo.

Una fusión tan profunda y perfecta que aquello era imposible que hubiera sido un polvo.

Era mucho más, algo inesperado y mágico, que los dos desearon esa noche de infinitas estrellas que no acabara nunca...

## Capítulo 17

Esa noche, en la cama, Yago no podía hacer otra cosa más que pensar en Kira, en que gracias a ella estaba recuperando el tiempo perdido y estaba empezando a disfrutar de cosas como una puesta de sol o de un polvo bajo las estrellas.

Y qué polvo. Había acabado temblando como una hoja y con unas ganas absurdas de meterla en su cama para siempre.

En su cama y en su vida.

Pero no podía ser...

Era algo absurdo.

Rematadamente absurdo.

Así que bufó, dio una vuelta en la cama y después otras tantas más, y entonces escuchó una vocecilla decir:

—¿Tú tampoco puedes dormir, Yagui?

—¿Qué haces despierto, pequeño diablo? —replicó, con un tono bronco y áspero.

—Es que soy demasiado feliz. ¿Y tú? —inquirió Diego, con una voz de flipado total.

Yago se tuvo que morder los labios para no soltar una carcajada, pero es que Diego tenía razón.

No podía dormir tampoco de lo demasiado feliz que era, si bien en su lugar respondió:

—Yo tengo algo de acidez en el estómago.

—No me extraña. Yo estaría potando todavía si me hubiera besado en la boca con alguien. ¡Me dan un asco que te cagas las babas!

—Cuando seas más grande, dejará de asquearte. Pero ahora cuanto más asco te dé, mejor.

—¿Y eres feliz, Yagui? —le preguntó Diego, girándose para el lado donde estaba la cama de Yago.

Yago suspiró y reconoció porque no tenía sentido mentir:

—Sí.

—¿Mucho?

—Se es feliz o no se es feliz. Y yo lo soy.

Diego suspiró, se colocó la almohada doblada debajo de la cabeza y le contó:

—Y yo. No puedo parar de recordar el momento en el que Yas ha dicho que los León somos muy especiales y que a los Trujillo les gusta estar con nosotros. Creía que me iba a explotar el corazón. Me lo paso genial con Yas. Es mi mejor amiga y la persona que mejor me cae del mundo. Y enterarme que ella también siente algo parecido por mí, me tiene todo loco. Pero no me echas la bronca...

Yago pensó que por nada del mundo se iba a cargar ni el vínculo tan fuerte que tenía con su sobrino ni la confianza que se había creado entre ellos, por eso repuso:

—¿Por qué te la iba a echar?

—Porque no crees en el amor.

Yago decidió ser honesto, pues en eso consistía la confianza y afirmó:

—Sí que creo. Otra cosa es que no sea para mí.

—¿Cómo no va a ser para ti si te das besos con babas? —replicó Diego, muerto de risa.

—¡No seas ganso! Yo me refiero a tener una relación estable, casarse y todo eso.

Diego se puso serio y le confesó a su tío, convencido de que así iba a ser:

—Yo cuando sea mayor quiero casarme con Yas.

Yago siguió sincerándose con su sobrino y le confesó:

—Yo es que no creo que valga para ser marido de nadie. Soy insoportable. Y lo sabes mejor que nadie.

—Pero yo te quiero. Y Kira seguro que también puede llegar a quererte, porque es lo que he afirmado en el coche: ¡tienes un corazón de caniche!

—¿Qué?

—Jajajajajaja. ¡Me he equivocado, quería decir de San Bernardo!

—Si tú lo dices... —musitó Yago—. Pero el amor es complicado. A veces no salen bien las cosas...

—Pero a los papás Trujillo les va bien. ¿Tú has visto lo que se quieren? Y el abuelo sigue queriendo a la abuela, aunque esté en el cielo.

—Ya... —farfulló Yago, lánguido y algo triste.

—El amor es muy bonito, Yagui. Tú dices que pienso así por las series y las pelis, pero yo lo veo por todas partes.

Diego lo veía por todas partes, pero él solo quería protegerlo. No quería que sufriera, ni que viviera cosas a destiempo, ni que malograra su vida.

—El amor existe, pero yo lo que quiero es que no te descentres de tu camino. Que estudies, que juegues, que te diviertas, que tengas amigos... —le habló Yago.

Sin embargo, Diego le interrumpió para que se quedara tranquilo:

—Eso es lo que hago. Y tengo mi camino muy claro: quiero ser médico.

Yago se quedó muy sorprendido de que su sobrino tuviera ya una temprana vocación:

—No lo sabía.

—Porque nunca me preguntas. Pero quiero aprender a curar a la gente cuando se ponen pachuchos.

—Me parece estupendo —repuso Yago, muy orgulloso de él.

—Y cuando tenga mi consulta y haya curado a mucha gente, me casaré con Yas.

Yago sintió mucha ternura por su sobrino y luego unas ganas estúpidas de llorar. Estaba demasiado sensible, pensó.

Por lo que decidió que lo mejor era dejar la conversación ahí, antes de que terminara rompiéndose del todo:

—Eres tan plasta que conseguirás todo lo que te propongas. ¡Y ahora a dormir, que mañana no va a haber quién te levante! ¿Estamos?

Diego se colocó la almohada bien, se giró para el otro lado y le dijo a su tío:

—Tú también conseguirás todo lo que te propongas. Y Kira me cae genial. Me encantaría que fuera mi tía. Y, tranquilo, que ya no digo más. Te quiero, Yagui.

A Yago se le cayeron dos lagrimones por el rostro, se sintió un auténtico imbécil y respondió:

—Y yo, sobrino pelma. Y yo.

Luego, se durmieron, pero esa conversación nocturna con su sobrino le hizo ver las cosas de un modo tan diferente que, cuando al día siguiente Kira, después de la clase de *aquagym*,

propuso como actividad para los más pequeños un partido de baloncesto acuático de tres contra tres y vio desde la tumbona cómo se habían hecho los equipos, voló hasta ella para decirle:

—No puedes enfrentar a los miniTrujillo y mi sobrino a esos tres hermanos...

—¿Por qué no? —preguntó Kira, risueña.

—Porque son eslovenos. Los eslovenos utilizan el deporte para reforzar la identidad nacional, invierten un pastón en educación deportiva, tienen redes de captación de talento por todas partes... ¡Los van a masacrar! Y yo no quiero eso para mi sobrino.

Kira comprobó tan tranquila el estado de su manicura y replicó sin inmutarse:

—Ya.

Yago, que quería que le entendiera, le explicó...

—Ya sé que cuando llegué quise sobornarte para lo contrario, pero ahora veo las cosas de otra manera.

—Ah, ¿sí? —inquirió Kira, flemática.

—Sí, ahora quiero que Diego tenga bonitos recuerdos, que tenga una autoestima robusta y que sea jodidamente feliz.

Kira se encogió de hombros y replicó porque aquello no era ninguna novedad:

—Nunca he tenido dudas de que siempre has querido eso para tu sobrino.

—Ya, pero es que yo soy un patán emocional. Me cuesta pillar estas cosas, así que inventa algo para que los eslovenos se queden mirando y ponles a los nuestros a jugar contra los tres más mantas de la piscina.

Kira le miró con los ojos chispeantes y, a punto de partirse de risa, le preguntó:

—¿Tú nunca has visto jugar al baloncesto acuático a Iker Trujillo?

Yago bufó y respondió atónito porque lo de esa familia no era normal:

—¡No me jodas que es el Michael Jordan del baloncesto acuático!

—No te lo pierdas: lo de este chico es portentoso.

Yago se quedó mirándola, suspiró como un idiota, o al menos él se sintió así y musitó:

—Tú sí que eres portentosa.

Luego, la tomó de la mano y la llevó hasta la parte de atrás, junto al jazmín trepador y la besó sintiendo de todo por el cuerpo.

—¡Qué ganas de que llegue la noche! —musitó Kira, sin parar de besarlo.

—Yo no puedo pensar en otra cosa. Es la primera vez que alguien se convierte en el centro de mi vida. Me levanto y pienso en ti, me acuesto y pienso en ti. Respiro y pienso en ti.

—Jajajajaja. ¡Qué exagerado! —exclamó Kira, con un buen mariposeo estomacal.

—Vale, puede que me haya pasado algo con lo de la respiración, pero casi...

## Capítulo 18

Esa noche y la siguiente volvieron a hacer el amor bajo las estrellas, como si tuvieran todo el tiempo del mundo por delante.

Pero llegó el sábado y con él su última noche juntos...

Yago dejaría el hotel el domingo por la mañana y Kira ya no volvería a verlo nunca más en su vida.

—Tía, ¿qué vas a hacer? Esto no puede acabar así —le dijo Tania a su amiga, tras pasarle las tarteras con la cena.

—No puede terminar de otra forma —replicó Kira, que tenía asumido cuál era la relación que tenía con Yago.

—Te noto tan dura. Tú no eres así —opinó Tania, que no la reconocía.

—Los dos sabemos lo que hay. Él no quiere ataduras y yo no voy a volver a cometer el error de enamorarme de quien no debo.

—Ya, pero a veces se sienten cosas muy a tu pesar.

Y Tania lo decía por experiencia propia, porque lo que acababa de sucederle hacía un rato la tenía revolucionada.

—Se sienten, pero se controlan —aseguró Kira, que también sentía cosas cuando estaba con Yago, si bien la cabeza era la que mandaba y lo tenía todo bajo control.

—¿Tú crees? —le preguntó Tania, mordiéndose el labio inferior de la ansiedad.

—Sí, tranquila. Esto no se me va a ir de las manos.

Tania miró a su amiga admirada, luego a Cabeza de hielo, que una tarde más estaba aferrado a su portátil, y murmuró en voz baja:

—¡Qué suerte! Porque a mí igual sí que se me va...

Kira abrió los ojos como platos y le preguntó a su amiga deseando saber mucho más:

—¿Ha pasado algo con Cabeza de hielo?

Tania puso los ojos en blanco, cara de éxtasis y le confesó entre susurros:

—¡Nos hemos tocado!

—¿Te has enrollado con él? —inquirió Kira, perpleja, pero no demasiado extrañada porque, dada la tensión sexual que había entre ellos, la cosa se veía venir.

Sin embargo, Tania negó con la cabeza y, tras mirar a Cabeza de hielo con el rabillo del ojo, le contó:

—Hace media hora le he puesto la cerveza de la tarde. Como siempre, he ido para allá con la bandeja, luego he cogido la copa, pero esta vez cuando estaba a punto de dejarla en la mesa, él ha estirado su mano enorme para agarrar la copa y lo que ha cogido ha sido mi mano. ¡Y con su mano posada sobre la mía, nos hemos mirado y a mí me ha empezado a palpar todo! ¡Desde el chichi al corazón! Y no sabía qué hacer, porque seguro que se estaba dando cuenta de que estaba a punto de orgasmar. Entonces, él sin dejar de follarme con esa mirada azul hielo ni soltarme la mano, me ha dicho: «Gracias», con ese acento suyo que me pone tan cachonda. Y claro, como no

era plan de pasarse la tarde así, le he preguntado, como siempre, que dónde le cargaba la puta cuenta y él me ha contestado que en su corazón.

Kira, que estaba muerta de la risa escuchando el relato, preguntó:

—¿Qué?

—Que se ha puesto nervioso. Y al momento, ha rectificado y ha dicho que en su habitación. Después, me ha soltado la mano y el muy cerdo se ha llevado los dedos con los que me ha tocado a la boca, concretamente el índice y el medio, y los ha mordisqueado como si me estuviera comiendo el coño. Muy fuerte, amiga. Y mejor no te cuento cómo me ha dejado las bragas. Lo he pasado tan mal que he tenido que llamar a Jacobo, aun a riesgo de que estuviera operando de urgencias, para suplicarle que viniera a verme ya. Porque lo nuestro corre muchísimo peligro...

—¿Le has hablado de la existencia de Cabeza de hielo? —preguntó Kira, sin dar crédito.

—Esto último no se lo he dicho, no le iba a contar que estaba cachonda como una perra porque un ruso misterioso me acababa de rozar los dedos de la mano. ¡No estoy tan loca! Pero le he asegurado que le extrañaba tantísimo que necesitaba verle ya. Y le he suplicado que se venga a pasar el domingo, aunque sea.

—¿Y va a venir? —preguntó Kira, expectante.

—No puede. Tiene muchísimo trabajo, pero me ha confesado que también me echa mucho de menos y que sea paciente. ¡No me jodas! Me pide que sea paciente cuando tengo a ese pedazo de tío ahí plantado todas las tardes, follándome con la mirada y entrando hasta en lo más profundo de mi alma. Es muy duro, Kira. Tú dices que se pueden mantener las cosas a raya, pero yo he llegado a un punto en que no puedo más. Para una vez que conozco al hombre perfecto, se me cruza el *mojabragas calacorazones*. Y no es justo. La vida no puede estar haciéndome esta gran putada. Yo tenía que estar feliz y contenta con mi cirujano o follándome al ruso alegremente. Pero esto de estar sin pan ni pedazo es una mierda y voy a acabar cometiendo un gran error. Ya lo verás.

—¿El error de liarte con el ruso?

—O el error de agobiar a Jacobo hasta un punto que me mande a la mierda. En fin, que esto no pinta nada bien.

—Tranquilízate, que de momento no ha pasado nada. Sigues con Jacobo y Cabeza de hielo solo es una tentación a la que puedes resistirte.

—¿Y cuánto crees que voy a aguantar así? ¿Dos días? Porque este cabrón de ruso me pone que no puedes imaginar. No se me va de la retina la estampa de ese pedazo de bigardo mordisqueándose los dedos.

—Pero es mucho más fuerte lo que sientes por Jacobo. Lo de este tío es solo atracción.

—Qué va. No es algo solo físico, nos miramos y siento una conexión a un nivel tan profundo que lo mío con Jacobo pende de un hilo cada vez más fino. Por eso tengo que verle como sea... Y si no viene él, el próximo martes que libro me iré a Madrid, aunque sea para verle cinco minutos y...

Tania se calló, de repente, se puso lívida y se quedó mirando a una mesa donde se acababa de sentar una pareja con tres niñas rubísimas.

—¿Y? —preguntó Kira con curiosidad por saber qué iba a hacer el martes si se escapaba a verlo.

—Y nada, porque está aquí —respondió Tania, como si acabara de ver una aparición.

Kira se giró y comprobó que detrás de ella había una familia:

—¿Quién dices que está?

Tania, cabreada y nerviosa, y sin dejar de mirar descaradamente a la familia recién llegada, respondió:

—¡La madre que lo parió! ¡Esto no me puede estar pasando a mí!

—¡Habla claro que no me estoy enterando de nada! ¿A quién demonios has visto? —le pidió Kira.

—¡Joder, a Jacobo! ¡Es el tío que acaba de llegar con esa familia, el que va vestido de maldito golfista! ¡Y el muy cabrón se acaba de llevar una mano a la frente para taparse la cara y que no le vea! ¿Pero este tío es gilipollas o qué?

Kira volvió a mirar discretamente a la familia y preguntó sin salir de su asombro:

—Yo es que solo conozco a Jacobo de fotografía. ¿Estás segura de que es él? A lo mejor estás perdiendo vista...

Tania agarró el dispositivo para tomar nota de la comanda y respondió a su amiga:

—Yo veo de puta madre y este tío es un pedazo de sinvergüenza.

Tania dejó a su amiga atónita, luego se fue directa a la mesa de los recién llegados y preguntó con una sonrisa forzada:

—¡Buenas noches! ¿Qué es lo que desean tomar?

Una mujer rubia, alta y guapa de unos treinta años, ojeó la carta y respondió:

—No tengo ni idea. ¿Tú sabes lo que quieres, cariño? —le preguntó a Jacobo que seguía tapándose la cara con la mano.

—No, yo no... —masculló Jacobo, sin saber dónde meterse.

—¿Y las nenas saben lo que quieren? —preguntó Tania a las niñas que debían tener entre tres y seis años, todas rubitas como su madre.

—Yo quiero un cofre. Papi, ayer me dijiste que me comprarías uno —habló la niña mayor dirigiéndose a Jacobo.

—Venimos a cenar. Y se dice gofre —le corrigió su madre—. Pero aquí no creo que tengan.

—No, gofres no tenemos. Pero otras cosas sí. Por ejemplo, ¡vergüenza! —exclamó Tania, después de fulminar a Jacobo con la mirada.

—Eso ¿qué es? ¿Está rico? —preguntó la niña.

—Yo es que no he escuchado bien. ¿Qué has dicho que tienes? —preguntó la madre.

Tania con un cabreo monumental, y ansiosa por saber qué explicación iba a darle ese pedazo de golfo, al que iba a poner fino filipino y no pensaba volver a ver en su vida, respondió:

—Lo tienen todo en la carta, cuando sepan lo que quieren: que venga papá a pedírmelo a la barra...



## Capítulo 19

Cabeza de hielo observaba la escena sin dejar de escribir en su ordenador portátil, Kira que no quería dejar sola a su amiga, se sentó en un rincón apartado del bar, mientras cenaba preguntándose si papi tendría narices de acercarse a la barra a pedir.

Y minutos después obtuvo la respuesta.

Jacobo se acercó a la barra, se ajustó las gafas de pasta negra con el dedo índice y le susurró:

—Tenemos que hablar. Pero aquí no. Te ruego que no me montes una escena, ellas no tienen culpa de nada.

Tania agarró un trapo, lo estrujó con rabia y replicó:

—No, ellas no tienen culpa de que tú seas un impresentable, un mentiroso y un cabronazo.

—Deberías escucharme antes de insultarme —repuso Jacobo, que después de todo se sentía ofendido—. Y te pido por favor que no me juzgues, sino que te metas en mi piel.

—¡Ya me metí debajo de tu maldita piel en esos hoteles románticos a los que me llevabas porque no podías enseñarme tu jodida casa! ¡Pero cómo pude ser tan ingenua! ¡Yo creyendo que eras el hombre perfecto y resulta que eres lo puto peor que me he echado a la cara!

Jacobo bajó la voz más todavía, se subió el cuello de su polo azul y habló entre susurros:

—Estoy atrapado en un matrimonio que me asfixia. Estaba hundido, viviendo por inercia y entonces apareciste tú para devolverme a la vida. Contigo he vuelto a tener ilusión, he recuperado las ganas, has vuelto a dar sentido a todo. Pero no quise contarte la verdad de mi situación porque no quería perderte. Temía que, si te decía la verdad, salieras corriendo...

—No lo sabes tú bien —masculló Tania, arrojando con furia el trapo al suelo.

Jacobo se aferró a la barra con ambas manos y siguió justificándose en un tono de lo más lastimero:

—No era feliz con la vida que tenía. Sin embargo, cuando de pronto apareciste en la escalera de ese centro comercial, me diste la oportunidad de volver a ser yo. Tú has hecho que pueda aflorar otra vez todo eso que quedó sepultado bajo las rutinas, las responsabilidades y las obligaciones. Tú me has permitido volver a conectar conmigo mismo, con mi verdadera esencia y gracias a ti ya no me siento vacío.

Tania le miró con desprecio, sin dejar de pensar que cómo podía haberse dejado engañar por ese canalla y repuso:

—Tío, ¡tienes un morro que no puedes con él! ¿Cómo piensas que voy a tragarme todas esas pamplinas? ¡Que tienes mujer y tres hijas! ¿Cómo no vas a tener rutinas, obligaciones y responsabilidades?

Jacobo puso una cara de pena tremenda y confesó en un tono de voz apenas audible:

—No estoy enamorado de Claudia, y al conocerte me he dado cuenta de que nunca lo he estado.

Tania soltó una carcajada porque el teatro que hacía ese tío era como para cobrar una entrada:

—Jajajajaja. ¡Venga ya! Si te queda algo de dignidad, no digas nada más, por favor.

Sin embargo, a Jacobo la dignidad le daba lo mismo, él tenía muy claro su objetivo y no iba a parar hasta conseguirlo:

—Quería darte una sorpresa esta noche. Estamos alojados en el campo de golf porque Claudia tiene un torneo y yo iba a escaparme a eso de las doce de la noche, cuando acaba tu turno, para venir a buscarte. Pero Claudia me ha chafado el plan. Hemos salido a dar una vuelta con las niñas, la mayor quería ir al baño, la otra tenía hambre, la pequeña sed y como no había nada en ocho kilómetros a la redonda, Claudia se ha empeñado en que entráramos al hotel. Imagina lo mal que lo he pasado. Yo tenía otros planes para nosotros. No quería que te enteraras de esta forma de mi situación familiar. Mi intención era decirte la verdad después del verano. Voy a pedirle el divorcio a Claudia en septiembre. No te he contado nada porque no quería que te sintieras culpable de romper una familia. Quería vivir mi proceso solo y sincerarme contigo siendo ya un hombre libre, dispuesto a amarte para siempre.

Tania, que no podía creer que la desvergüenza de ese tío pudiera llegar tan lejos, soltó:

—Eres tan buena persona que estoy a punto de llorar. ¿Pero tú me tomas por imbécil? Después del verano no vas a pedirle nada a tu mujer, ni después del invierno, ni después de la primavera, ni en tu puta vida.

Jacobo notó a Tania tan enojada que decidió que lo mejor era apelar a la cordura:

—Te equivocas, Tania. Lo quiero todo contigo. Pero ahora ponme cualquier cosa para cenar y sírveme también unas botellitas de agua. No quiero que Claudia se mosquee. Hagamos las cosas con clase y discreción...

Tania le miró odiándole con todo su ser, cogió unas botellas de agua del frigorífico, luego unos bocadillos, dos ensaladas que tenía preparadas y una tabla de quesos, lo puso todo en la bandeja y le dijo:

—¡Tengo ganas de actuar con la misma clase y la misma discreción que un puñetero gremlin malo! Sin embargo, no lo voy a hacer porque tu familia no tiene culpa de nada, porque no quiero perder mi puesto de trabajo y porque... —Tania no terminó la frase, ya que lo que había estado a punto de decir era que el ruso no dejaba de enviarle luz con su mirada folladora y eso estaba compensando sus energías chungas. Pero como este último punto a Jacobo no le importaba un bledo, decidió callarse y exigirle—: ¡Así que toma la bandeja y vete! ¡No quiero volver a saber nada de ti en la vida!

Jacobo estaba tan seguro de que Tania no estaba hablando en serio, de que tan solo era la reacción propia de una mujer temperamental, que replicó:

—Entiendo tu reacción. Pero no digas cosas en caliente de las que luego te vas a arrepentir.

Y Tania ya solo tuvo que escuchar eso para acabar de encenderse del todo y exclamar furibunda:

—¡Me arrepiento de haber sido tan gilipollas! ¡Y sal de mi vista de una vez, Jacobo, que no respondo! ¡Vete!

Jacobo agarró la bandeja y volvió a su mesa convencido de que a Tania se le pasaría el cabreo y todo volvería a ser como antes.

Por eso, tras cenar se levantó de nuevo para pagar la cuenta y decirle que la esperaba a la salida, cuando acabara su turno. Que se iba a escapar un rato y que iban a tener el mejor sexo de reconciliación.

Sin embargo, cuando Jacobo llevaba apenas dos pasos en dirección a la barra, aparecieron en el bar Yago, Diego y una chica que Kira supuso que sería Olga, porque era idéntica a ellos:

—¡Kira, te estábamos buscando! ¡Mamá nos ha dado la sorpresa de venir a vernos! —le contó

Diego a Kira.

Luego, fue a presentarle a su madre, pero Olga se quedó de piedra al ver que en ese bar perdido en mitad de la nada, se dirigía a la barra alguien a quien hacía mucho que decidió sacar de su vida para siempre.

—Perdonadme un momento, ahora vengo... —se excusó Olga, que le faltó tiempo para plantarse frente a Jacobo.

Y Jacobo al ver a ese puñetero fantasma del pasado frente a ella, apretó fuerte las mandíbulas, la miró crispado y preguntó:

—¿Qué diablos haces por aquí?

Olga le lanzó una mirada cargada de desprecio, arqueó una ceja y repuso:

—Te dije que te hicieras a la idea de que me había muerto.

Jacobo echó una ojeada a las personas que estaban detrás de ella observando la escena y dedujo por la edad que tenía el crío:

—Al final te saliste con la tuya.

—¿Para qué has vuelto, Jacobo? —le preguntó Olga, que no soportaba que mirara a su hijo.

—¿Yo? —replicó Jacobo a la defensiva—. Hace más de once años te puse las cartas sobre la mesa. Yo era un estudiante de Medicina, con una novia formal y no iba a desgraciarme la vida por un simple desliz. Te ofrecí una solución y no la aceptaste. No me puedes reprochar nada. Apechuga con tu decisión y que cada uno siga con su vida.

Olga entonces se fijó en que estaban sentadas al fondo, Claudia su novia de toda la vida y tres niñas que eran idénticas a ella.

Luego, le miró con ganas de decirle muchas cosas, pero decidió que solo merecía la pena decir una:

—Fue la mejor decisión que he tomado en la vida.

Jacobo dio un manotazo al aire, la miró con verdadero desdén y replicó:

—Entonces, ¡disfrútala y olvídate de mí!

Olga le devolvió la mirada con mucho más asco todavía y masculló:

—¡Vete a la mierda, Jacobo! En mi vida he conocido a un ser tan despreciable como tú.

—Lo que tú digas... —farfulló dándole la espalda.

Luego, Jacobo regresó con su familia, sacó de la cartera varios billetes de 50 euros, los arrojó a la mesa con desdén y les dijo ansioso por marcharse:

—Vámonos que ya es tarde...

Y Diego que no se había perdido detalle, y que desde el principio tuvo una intuición con ese tío amargado de gafas, solo tuvo que verle tirar esos billetes para confirmar que estaba ante Generoso, su padre.

Pero le dio lo mismo, porque él siempre tendría claro a quién iba a regalar los frascos de colonia por el Día del Padre.

## Capítulo 20

Después de que Jacobo se marchara con su familia, Tania siguió atendiendo a los clientes que estaban empezando a llegar para la actuación de la noche, Diego se fue con su madre y los Trujillo a coger sitio en la primera fila, porque el cantante de esa noche era un fabuloso imitador de Maluma, y Yago le propuso a Kira que pasaran la noche juntos en un hotel frente a la playa, ya que su sitio se lo había cedido a Olga.

Kira se moría de ganas de estar con él, si bien después del incidente con Jacobo no quería dejar sola a su amiga:

—¿Tú estás tonta, tía? —dijo Tania en cuanto su amiga le contó sus intenciones—. Vete a pasar la noche con Yago que yo estoy bien. No pienso derramar ni una lágrima por ese cerdo. No se lo merece. Tan solo le odiaré con todo mi corazón mientras me zampo un helado de litro.

—Yo prefiero quedarme contigo —aseguró Kira, en tanto que su amiga preparaba una comanda.

—Te lo agradezco muchísimo, pero yo necesito estar sola. De verdad que me haces un favor si me dejas a solas con mi odio, mi rabia y mi furia. Haré trizas la camiseta que huele a él, borraré sus fotos y me meteré en la cama deseando que más pronto que tarde solo vuelva a haber paz y amor en mi corazón. Porque odiar es una puta mierda y te carcome por dentro. Tampoco deseo eso para mí.

—Entiendo cómo te sientes. Ese tío es lo peor y... —habló Kira, mientras se percataba de que Tania había lanzado una miradita al ruso y él se la había devuelto—. ¡Y madre mía, cómo os miráis!

Tania colocó los platos que acababa de recibir de la cocina sobre la bandeja y replicó:

—Como siempre, pero en estos momentos te confieso que sus miradas folladoras que me llegan hasta lo más profundo de mi ser, me ayudan a sobrellevar este momento.

—No ha perdido detalle de lo que ha pasado; escribía frenético, pero no dejaba de levantar la vista de la pantalla.

—Ya me he dado cuenta. Y te confesaré que otra razón por la que no la he liado parda y no he dejado una buena cagada ha sido por él, que estaba ahí mandándome mucha luz. Así que, vete, de verdad. Este es un trago amargo, pero pasará como todo.

Tania cogió la bandeja, salió de la barra para llevarla hasta la mesa de unos clientes y Kira le dijo:

—Si me necesitas para lo que sea, si te sientes mal, si necesitas hablar, llámame, por favor. Es que ni te lo pienses ni un segundo...

—De acuerdo, y disfruta de esta noche que no me creo que vaya a ser ni la primera ni la última —musitó Tania con una sonrisita.

Kira celebró que sonriera, porque así se iba más tranquila, si bien respecto a lo suyo ella sabía muy bien lo que iba a pasar:

—Tiene que ser así. Y es lo mejor para los dos.

Luego, tras despedirse de su amiga, salió a la terraza donde Yago estaba con su familia y los Trujillo y le comunicó que ya estaba lista para ir a dar un paseo por la playa.

Todos les desearon que se lo pasaran genial y Diego fue un poco más allá, al decirles cuando ya se iban:

—¡Adiós, parejita!

Kira y Yago se rieron, pero en cuanto cruzaron el umbral de la puerta del hotel se cogieron la mano como si fueran eso: una parejita.

Luego, se subieron en la Vespa blanca de lunares gigantes rosas y volaron hasta la playa en esa noche perfecta.

Porque todas esas noches que estaban juntos lo eran.

Y porque, aunque fueran en moto los dos tenían la misma sensación de que iban volando por el cielo.

De que flotaban.

De que eran dos criaturas ingravidas en un universo sin espacio ni tiempo.

Pero llegaron a su destino, un hotelito con encanto donde Yago había reservado la mejor habitación.

Una que estaba situada en el ático, espaciosa, con terraza con vistas al mar y una pequeña piscina sobre la que flotaba una bandeja con una cubitera con una botella de champán y dos copas.

—Si te apetece champán, pesco la botella —masculló Yago.

Kira, que estaba algo nerviosa, respondió que sí y a Yago le faltó tiempo para irse al borde de la piscina, estirar el brazo y comprobar que no llegaba.

Kira entonces tampoco se lo pensó, se desprendió de las sandalias y le dijo:

—Espera que la cojo yo. No debe cubrir mucho y como llevo este vestido tan cortito, no pasa nada si me mojo las piernas.

Kira saltó a la piscina y cuál no fue su sorpresa que el agua le cubrió hasta el pecho:

—¡Madre mía! Si no llega a cubrir —le dijo Yago, que se descalzó y, vestido como estaba con pantalones largos y camisa, se lanzó de pie al agua.

—Pero ¿qué haces? ¡Si ya la tengo! —exclamó Kira, mostrándole la botella y las copas a modo de trofeo.

—Hago lo que tenía que haber hecho desde un principio. ¡Tirarme a la piscina! —exclamó Yago que agarró a Kira por la cintura, la pegó contra él y la besó apasionado.

Luego, le arrebató la botella, la abrió, llenó ambas copas y Yago brindó:

—Porque esta noche no acabe...

Kira brindó por ello, bebieron y luego con las ropas chorreando se sentaron en el borde de la piscina y frente al mar que se veía a través de la barandilla transparente.

—¡Menuda noche más intensa que llevamos! —exclamó Kira, agitando la copa al aire.

Yago resopló, feliz por estar de nuevo al lado de esa chica que estaba preciosa con ese vestido rojo casi mojado y le confesó:

—Uf. Ni me lo recuerdes. He tenido ocasión de hablar un rato a solas con mi hermana y en cuanto me he enterado de quién es ese Jacobo, se me han llevado los diablos. Quería ir a buscarlo al club de golf y hacerle tragar todas y cada una de sus palabras. Luego, Olga me ha confesado que precisamente porque se temía mi reacción decidió en su día inventarse lo del donante y al final me ha convencido de que lo mejor es que lo deje estar. Yo la verdad es que te confieso que por, un instante, solo he deseado hundirle en la mierda y quitarle hasta la licencia médica. Tengo

esos instintos, tal vez he visto demasiadas veces *El padrino*, pero a los míos no los toca nadie. El caso es que Olga ha insistido en que ese mamonazo no merece ni una venganza lenta y dolorosa, que es lo que deseaba para él, que no hay mejor desprecio que no hacer aprecio y que lo importante es que Diego es feliz y que no necesita a ese cabronazo para nada. Después, le he recordado que en la vida hay que repartir amor, pero desgraciadamente a veces también hay que repartir palos. Sin embargo, ella asegura que demasiado castigo tiene esa mierda de tío de ser como es.

—Tiene razón —asintió Kira, que estaba muy a gusto con ese chico que se había tirado a la piscina por ella.

Yago dio un sorbo a su copa, se encogió de hombros y replicó:

—No sé yo. Debe llevar engañando a incautas desde que estaba en la guardería y siempre se sale de rositas.

Kira chapoteó el agua con los pies y le contó como si tuvieran todo el tiempo del mundo, como si de verdad esa noche no fuera a acabar nunca:

—A Tania desde luego que la engañó bien. Uf. Está que trina. Yo no quería dejarla sola, pero ha insistido en que está bien. El ruso además le está ayudando a sobrellevar el trance. El tío no perdió detalle durante el incidente y no dejó de echarle miraditas que ella dice que le arrojaron luz.

—¡Madre mía, que tenga mucho cuidado! A ver si va a ser peor aún que Jacobo.

—Ella tiene la intuición de que es un buen tipo —aseguró Kira encogiéndose de hombros.

—También creía que Jacobo era el hombre perfecto —le recordó Yago, tras dar otro sorbo a su copa.

—Es que esa clase de personas saben engañar muy bien.

—Engañan y siempre se salen con la suya —insistió Yago, que cada vez que hablaba de ese tío se ponía enfermo.

—No estoy de acuerdo, porque al final ¿qué es lo que tiene? ¡Nada! En el fondo Jacobo es un desgraciado, un inseguro y un miserable que necesita reforzar su maltrecho ego seduciendo vilmente y engañando a discreción. Pero jamás será feliz.

—Joder, ¡menudo traje acabas de hacerle! —exclamó Yago, admirado—. No quiero ni pensar en la imagen que tendrás de mí después de mostrarte esta faceta mía de justiciero implacable.

Kira sonrió, dio un sorbo a su copa y le confesó con los ojos chispeantes:

—Pienso que eres un tío muy familiar y protector y que como te dije el primer día que nos conocimos: no me cabe duda de lo mucho que quieres a tu sobrino.

—Todavía no sé por qué no me mandaste a la mierda aquel día —dijo Yago, que la verdad era que le costaba entenderlo.

—Es política de empresa. Lo tenemos prohibido —bromeó Kira.

Yago se acercó más a ella, la tomó por la barbilla, la besó en los labios y le preguntó:

—¿Y también tenéis prohibido enamoraros de los clientes?

Kira se apartó un poco, le miró sintiendo que podía enamorarse hasta las trancas de él y respondió:

—Sería un grandísimo error enamorarme de alguien como tú.

Yago asintió, sonrió y lo entendió perfectamente:

—Básicamente, porque soy un insoportable.

—Un poco sí, pero lo llevo bien. Me haces gracia. Y admiro muchas cosas de ti. Me pareces un tío genial. Eres analítico, crítico, ocurrente, resolutivo, práctico, seguro... Y me encanta esa

forma que tienes de proteger y cuidar a los tuyos. Pero no puedo enamorarme de alguien que no quiere ataduras y que no espera nada. Yo soy de las que lo quiere todo, de las que lo espera todo y no me conformo con menos.

Y tras decir esto, Kira se quedó en silencio esperando a que él dijera que había cambiado de opinión. Que esos días le habían servido para darse cuenta de que estaba equivocado.

Pero Yago no dijo nada, porque estaba seguro de que jamás iba a poder darle lo que ella necesitaba y en su lugar, repuso sintiéndose una mierda:

—Y no mereces menos, Kira.

Luego, la besó en la boca como imaginó que debería hacerlo el tío que la amara como ella se merecía y Kira después musitó:

—Pero tenemos esta noche...

Kira entonces le abrazó y el abrazo fue tan intenso y tan especial que Yago tuvo la certeza de que con nadie iba a sentirse jamás así, como le estaba haciendo sentir esa chica que le abrazaba como si le amara con todo su corazón.

## Capítulo 21

Después de pasar la noche haciendo el amor y de desayunar juntos en la piscina, volvieron en la Vespa de lunares al hotel justo a la hora en la que Kira tenía que dar los buenos días a los clientes.

Se puso el uniforme a toda prisa y cuando Yago, que estaba esperándola en la piscina, la vio salir del vestuario, le entró una pena tremenda.

Pues, aunque sabía que ese día iba a llegar, no podía imaginar que fuera a ser tan duro despedirse para siempre de las clases de *aquagym*, de las actividades absurdas y de los viajes en Vespa sintiéndose flotar.

Quién se lo iba a decir cuando llegó a ese horror en medio de la nada.

Pero ahí estaba extrañando ya todo eso, cuando todavía ni se había ido.

Y no era el único...

—¡Kira nos tenemos que ir ya! ¡Te voy a echar muchísimo de menos! —exclamó Diego, que apareció en la piscina con su madre.

—¡Y yo a vosotros! —replicó Kira, mirando primero a Diego y después a Yago.

Yago tragó saliva, forzó la sonrisa y sintió que se le abría un tremendo agujero en el estómago.

—¡Y nosotros a ti! ¿Verdad, Yagui?

Diego metió un codazo a su tío que estaba como atolondrado y Yago respondió:

—Claro que sí.

Diego vio a su tío tan parado que decidió echarle una mano:

—¿Le has dado tu teléfono a Kira?

Yago negó con la cabeza y respondió porque a él se le daban fatal las despedidas:

—No.

—Pues dáselo, que ella lo puede necesitar —le aconsejó Diego, como si aquello fuera lo más natural.

Pero Yago estaba tan desbordado por la situación que masculló como un idiota, o al menos él se sintió así:

—¿Y para qué me va a necesitar?

—Pues igual necesita que la asesores con algo —respondió Olga, que en la vida había visto a su hermano tan colgado por una chica—. ¿Tú no te pasas el día analizando, buscando tendencias y demás? Igual ella necesita asesoría sobre...

—Tú, tranquilo que sobre el amor no creo que te pregunte —interrumpió Diego a su madre—. Porque, tío, no puedes ser más pipa. Perdona que te lo diga... —añadió Diego dirigiéndose a Yago, y Kira tuvo que morderse los labios para no partirse de risa.

—Yo también se lo digo, hijo —contó Olga—. A todas horas. En fin. Qué le vamos a hacer. Pero se me ocurre que Kira puede necesitar algún consejo sobre inversiones de cara a futuro, por ejemplo.

Yago, que se estaba poniendo histérico con las ayuditas que le estaban prestando su hermana y



su sobrino, repuso:

—Que invierta en lanzallamas de largo alcance. Es obvio que el mundo va a acabar petando por todas partes. Hay que estar preparado para lo peor.

—Parece borde, pero por dentro es un peluchín —le dijo Olga a Kira que estaba muerta de risa.

—Ella ya lo sabe, mami. Yo se lo advertí primero —le aclaró Diego a su madre.

—¡Hiciste bien, hijo!

—Parad ya, que me estáis haciendo sentir como el pariente incolocable.

—Es que eso es lo que eres, Yagui. Pero bueno, tú tranquilo que yo le pedí a Kira hace tres días su teléfono. Y ahora os dejo que me tengo que ir a despedirme de Yas y los Trujillo.

—Yo te acompaño —le dijo Olga a su hijo, para que su hermano se quedara a solas con Kira.

Luego, Diego se abrazó a Kira, le dio dos besos en las mejillas y se despidió de ella muy agradecido:

—Sin ti estos días no habrían sido ni tan bonitos ni tan felices. Y sobre todo te doy las gracias por hacer que mi tío se haya enamorado de este lugar y de...

—¿Enamorado? ¡Tampoco te pases! —rezongó Yago.

—¡Ni caso! Este aún no se entera porque es un poco lento, pero se ha enamorado de todo. —Y Diego añadió algo más que se lo cuchicheó a Kira al oído—: Y cuando digo todo es todo...

Kira pensó que ojalá que Diego tuviera razón, pero no, Yago no estaba enamorado de... todo. Y lo tenía que aceptar, aunque le doliera.

—Yo también te estoy agradecida a ti por todo. Ha sido un placer enorme conocerte y te voy a echar mucho de menos —musitó Kira a Diego.

—A lo mejor no te va a dar tiempo a echarme mucho de menos, a lo mejor nos vemos antes, a lo mejor este espabila y a lo mejor acabamos siendo fa...

Yago, antes de que su sobrino que le estaba desquiciando siguiera diciendo bobadas, le exigió:

—¡Déjate de tanto a lo mejor y date prisa que tenemos que abandonar la habitación a las doce y seguro que aún ni has recogido!

Diego abrazó otra vez a Kira y le dijo mirándole emocionado:

—Te quiero, Kira. Te voy a llevar siempre en el corazón.

—Y yo —repuso Kira, emocionada también.

Luego, se despidió Olga que también le agradeció todo y se marcharon dejándoles de nuevo a solas.

Yago, entonces, envidió profundamente la capacidad que tenía su sobrino para abrir su corazón, pero él no era ni tan loco ni tan valiente, por eso masculló:

—Pues parece que esto se acaba aquí...

Kira suspiró, sintió un nudo horrible en la garganta y replicó:

—Sí.

—Y no quiero irme sin decirte que has puesto el listón demasiado alto. Lo de esta noche ha sido insuperable. La recordaré toda mi vida. Como también te estaré siempre agradecido por hacer que un infierno se convierta en el mejor paraíso que he conocido.

Kira que se moría por abrazarlo otra vez, le cogió de la mano, le llevó tras el jazmín trepador y una vez allí le pidió:

—Bésame...

Yago la agarró por el cuello, la estrechó contra él y la besó desesperado sin querer separarse de ella.

Luego Kira se abrazó a él, cerró los ojos como si así pudiera atrapar esa sensación de seguridad, de que nada podía pasarle, que siempre le envolvía cuando estaba así con él.

Después, lo besó como si fuera la última vez y susurró con el corazón desbocado:

—Te llevaré siempre conmigo.

Yago que lo único que sabía era que no quería separarse de ella, se limitó a mirarla con los ojos vidriosos y después musitó:

—Me tengo que marchar...

Y se fue, abandonando ese lugar a grandes zancadas y deseando escuchar a Kira pedirle que no se fuera.

Pero Kira le dejó marchar...

Y luego, rompió a llorar como una magdalena escondida tras el jazmín que había sido testigo de tantos besos.

Y mientras ellos vivían su particular drama, Diego se despedía de Yasmina que estaba con su familia en recepción:

—Me alegro mucho de haber pasado estos días de vacaciones contigo, Yas —le dijo Yago, tras agarrarla del brazo y apartarla un poco del grupo para que no los escucharan.

—Y yo, ojalá que al año que viene podamos repetirlo.

—Yo creo que sí. Fijo que mi tío acaba con Kira. Yo no voy a parar de liarla hasta que lo consiga.

—Lo *shippeo*. ¡Son tan monos los dos! ¡Tú cuéntame cuando haya *salseo*! —exclamó Yasmina, entusiasmada.

Diego pensó que lo de Kira y Yago estaba genial, pero ellos también tenían un buen *shippeo*.

—Y nosotros nos vemos pronto en Madrid —dejó Diego caer, a ver si Yas lo pillaba.

—Claro —asintió Yasmina, echando su melena hacia atrás.

—Y luego en clase...

—Como siempre —replicó Yasmina.

—Pero hasta entonces te echaré de menos. Contigo me lo paso tan bien, porque...

Diego no pudo terminar la frase, ya que el padre de Yasmina la llamó pues tenían que marcharse.

Pero ella no quiso irse sin decirle algo muy importante a Diego...

—Eres mi chico favorito.

Y no teniendo bastante con esto, Yasmina le dio un beso en la mejilla y él creyó que se caía redondo al suelo...

## Capítulo 22

No habían pasado ni tres días desde que Yago se había ido, pero a Kira le parecía que realmente habían pasado tres meses.

Era horrible. Se le estaban haciendo los días demasiado largos, demasiado pesados y demasiado aburridos sin él.

Incluso estaba sorprendida de que pudiera extrañarle tanto.

Pero lo hacía.

Le echaba de menos en las clases de *aquagym*, en las actividades, en las actuaciones nocturnas y hasta cada vez que se subía a la Vespa.

Yago ya no estaba.

Y no iba a volver jamás.

Ese era un mantra que no paraba de repetirse a ver si a fuerza de escucharlo mil veces acababa aceptándolo.

Sin embargo, no lo hacía.

Porque cada día que pasaba sin él, le dolía más su ausencia, claro que a lo mejor era normal.

Tenía que ser normal...

Aunque durmiera fatal, apenas tuviera apetito y fuera arrastrándose por todas partes, Kira estaba segura de que ya pasaría y que, un día más pronto que tarde, se despertaría y Yago solo sería un recuerdo de unos días bonitos de verano.

De sus días más bonitos.

De sus mejores noches.

De su mejor sexo.

De su mejor todo.

Porque para qué iba a engañarse, lo que había vivido con Yago esos días era lo mejor que le había pasado nunca.

Si bien como le había confesado a él aquella noche ya no podía permitirse el lujo de perder la cabeza por un tipo como él.

Ahora sabía lo que quería y acabaría sacándose a Yago del corazón.

Ese era el lugar donde lo tenía, porque lo suyo no había sido solo sexo.

Ella se había dejado mucho más que la piel y él también.

Kira lo había sentido siempre, cuando la besaba, cuando gritaba su nombre al correrse, cuando la miraba después de hacerlo.

Siempre había habido algo más.

Pero la última noche en el hotel de la playa, cuando el sol estaba despuntando y ellos se abrazaron después de llegar al orgasmo juntos, Kira sintió con más intensidad que nunca que Yago la abrazaba como si la amara de verdad.

Y por un momento llegó a creer que él no iba a permitir que aquello terminara, que no iba a dejarla marchar, que iba al menos a tratar de intentarlo.

Y eso que ella sabía perfectamente que la gente no cambia de la noche a la mañana.

Y menos Yago...

Pero ese amanecer, ese primer y último amanecer juntos, Kira llegó a convencerse de que Yago estaba dispuesto a creer y a confiar en ella, que iba a librarse al fin de sus temores y a dejarse llevar por lo que le estaba dictando el corazón.

Sin embargo, Yago no dijo nada.

La abrazó, se quedaron dormidos y cuando despertaron unas pocas horas después, Kira de nuevo tuvo la esperanza de que el sueño pudiera haberle infundido fuerzas para ir más allá.

Y otra vez se equivocó.

Desayunaron y lo único que salió de los labios de Yago, ya cuando estaban a punto de despedirse, allá en su jazmín trepador, fue que la noche había sido insuperable y que no lo iba a olvidar nunca.

Y nada más.

Ella lo esperaba todo y él no se atrevió a dárselo.

Así que decepcionada, frustrada, dolida, cabreada y rota de pena se echó a llorar desconsolada.

Porque estaba convencida de que podía haber sido, de que por mucho que él le hubiera advertido, con ella habría sido diferente, con ella habría funcionado.

Sin embargo, él había preferido marcharse sin ella, y ya no podía hacer más que esperar a que todo eso enorme que estaba sintiendo acabara siendo un recuerdo en un rincón de su corazón.

Un rinconcito con encanto, como en el que Yago acababa de colocar una maceta enorme con un jazmín trepador, en el jardín de su casa de Majadahonda.

Ya había retirado las cuatro macetas que tenía en el interior de la casa y que se le murieron durante esos días en los que nadie había pasado a regarlas y las había sustituido por jazmines que compró nada más llegar a Madrid y que había colocado en el dormitorio, en el salón y en el despacho, pero la más espectacular era la del jardín.

Era un macetón similar al que había sido testigo de los besos con Kira y ya que no podía tenerla a ella, al menos tenía el aroma sensual de esos días tan felices.

Solo tenía que disfrutar de ese dulce olor para evocar tantos momentos que jamás iba a olvidar en la vida y que quería grabárselos a fuego.

Aunque le doliera...

Porque sentía tanto su ausencia que hasta le dolía físicamente.

Desde que había llegado a Madrid tenía una migraña espantosa, una acidez en el estómago que le tenía loco y apenas podía pegar ojo.

Y eso era por Kira.

No podía dejar de pensar en todos los momentos increíbles, pero sobre todo en la última noche en que la había tenido en sus brazos y había estado a punto de decirle que la quería.

Sí.

Él.

El tío al que más le costaba del mundo soltar un te quiero.

Es que ni a su madre...

Pero ese amanecer con Kira, después de correrse juntos en el mejor polvo de su vida había sentido tantas cosas que se le vino un te quiero a los labios con tanta fuerza, con tanta verdad que él se asustó.

Sí.

Lo reconocía.

Era un puto cobarde y prefirió morderse los labios antes que abrir su corazón.  
No estaba preparado, le había pillado totalmente desprevenido y él no había ido a ese lugar para eso.

Él solo quería pasar siete días amargado y renegando y regresar a su vida.

A su vida de mierda.

Porque eso era su vida sin Kira.

Una puñetera mierda.

Y todo por no haber tenido los huevos de decirle lo que estaba sintiendo en un amanecer naranja y rosa demasiado bonito, en el que por primera vez en su vida tuvo la certeza de que podía haber esperanza para él.

Y que podía ser la persona que Kira estaba esperando.

Esa persona que lo iba a cambiar todo.

Esa persona que él tampoco esperaba, pero que en el fondo de su corazón sabía que era Kira.

Pero era un pusilánime.

No en vano, cuando a las pocas horas despertaron abrazados y él volvió a tener las mismas ganas locas de decirle que la amaba, que no quería separarse de ella, que, aunque hiciera muy poco que se conocían, sabía que ya nada iba a ser igual sin ella, volvió a morderse los labios.

Y se calló otra vez.

Y sintiéndose como el culo, ya en la despedida final, detrás del jazmín en el que se habían besado con absoluta verdad, no tuvo fuerzas más que para confesarle que lo de esa noche había sido insuperable y que no lo iba a olvidar nunca.

Nada más.

No había tenido valor ni para pedirle el teléfono.

Pero lo peor fue que, aun actuando como un cretino, todavía se quedó esperando que Kira le pidiera que no se marchara.

¿Se podía ser más imbécil que él?

Pues no.

Yago pensó que no se podía y que bien se merecía estar solo, rodeado de jazmines y extrañando a la única mujer que le había importado.

Kira no se merecía a un tío como él.

Kira se merecía ser feliz y con él no iba a poder serlo en la vida.

Así que lo mejor era que todo quedara así...

## Capítulo 23

Ese mismo miércoles en que Kira y Yago se echaban tanto de menos que les dolía, Tania vivió algo que no esperaba, pues Cabeza de hielo habló por primera vez para algo que no fuera pedir comida y bebida...

Sucedió ese miércoles por la tarde y él, que llevaba desde las tres lanzándole a Tania miraditas de la suyas, de pronto levantó la mano para pedir una botella de agua grande muy fría.

Tania se la llevó, dejó la botella y la copa grande llena de cubitos de hielo sobre la mesa y él dijo:

—Muchas gracias. ¿Qué tal se encuentra?

Lo primero que pensó Tania fue que no había escuchado bien, por eso replicó:

—¿Cómo dice?

—Quiero saber cómo está.

Tania pensó que en ese justo momento estaba alucinada con la camiseta caqui que ese tío lucía a punto de reventar y que le marcaba hasta el surco esternal.

Pero como no procedía ponerse a alabar ese pedazo de poderío pectoral, replicó:

—¡Ah, es que pensé que no había escuchado bien!

Cabeza de hielo levantó una ceja y repuso con un dominio absoluto del idioma:

—Es lógico a tenor de mi comportamiento de estos días atrás.

Tania se quedó pasmada y se sinceró con él:

—Es eso, lleva tantos días reconcentrado en lo suyo que su pregunta me ha pillado de sorpresa. Pero bien... Le agradezco el interés. Y sí, estoy fenomenal. Gracias. ¿Y usted?

—Me llamo Iván, túteame, por favor —se presentó al fin, después de tantos días.

A Tania se le iluminó la mirada porque el nombre de Iván le encantaba, de hecho, era uno de los que tenía elegidos para ponerle al posible hijo que tuviera.

Y él se llamaba Iván.

Era increíble. Lo que debía ser hacer un Iván con ese pedazo de Iván.

Mejor no imaginarlo, pensó Tania.

Luego, Iván le tendió la mano enorme, ella la estrechó y sintió que se corría.

Así sin más.

Porque entre la mano, la mirada folladora y esa voz profunda y cavernosa, aquello no había quien lo aguantara.

—Yo soy Tania —replicó, aunque estaba segura de que él ya lo sabía por los gritos que le solía pegar Norberto.

—Lo sé. El primer día que llegué, escuché al cocinero llamarte por tu nombre y ahí comenzaste a ser mi inspiración.

Su inspiración. Casi nada.

Tania estaba tan revolucionada que no solo su sexo hacía chup chup. Era toda ella, pues siempre intuyó que tenía algo que ese hombre necesitaba.

Y acababa de descubrir qué. Era su musa.

Claro que las musas pueden inspirar muchas cosas, así que preguntó tan excitada que su voz sonó como si estuviera orgasmando:

—¿Inspiración para qué?

Iván, que seguía aferrado a la mano de Tania, creyó que iba a arder entero cuando escuchó esa voz tan sensual.

Y solo pudo carraspear, porque es que la voz ni le salía:

—Bebe un poco de agua —le sugirió Tania, soltándole al fin la mano.

Iván abrió la botella de agua, se sirvió, bebió y respondió a la pregunta que había dejado en el aire:

—Mi silencio tiene una razón.

A Tania, entonces, le entraron unos nervios tremendos porque con la racha que llevaba pensó que a saber con qué salía ese tío.

Que lo mismo le había inspirado algo muy gordo, que podía ser hasta secreto de Estado, pero dirigido hacia el bien.

De eso estaba segura.

Ese tío no podía estar pergeñando cosas terribles que llevaran al mundo al caos y la destrucción.

Ella tenía que haberle inspirado algo bueno...

Algo como una sustancia química capaz de hacer que ella mojara las bragas cada vez que se acercaba a él.

Sustancia que, por cierto, se la iban a quitar de las manos... Por lo que le dijo, mientras él volvía a beber agua:

—Imagino que estás hablándome de algo altamente confidencial. Tal vez eres un químico y trabajas para tu país o para un gran laboratorio.

—¿Tengo pinta de químico? ¡Es la primera vez que me lo dicen! —exclamó bastante sorprendido.

Tania pensó que tenía razón, que la verdad era que:

—Pinta lo que se dice pinta la tienes más que nada de empotrador de toda la vida de Dios.

Iván pensó que solo le faltaba que trajera a colación los empotramientos para erotizarse del todo, pero sonrió y le contó:

—Soy escritor y guionista de cine y de televisión. Soy ruso y decidí venirme a este lugar a escribir mi nuevo proyecto.

—¿Eres un ruso que vive en Rusia? —preguntó perpleja.

—Así es. Me gusta escribir muy lejos de mi oficina, no hay llamadas, no hay interrupciones, no hay reuniones... Y me decidí por este hotel, porque esta zona me trae buenos recuerdos. Estuve hasta los quince años viviendo en el pueblo de al lado y así aprendí a hablar tu idioma.

Tania, que no daba crédito, farfulló...

—¡Me dejas flipada! Es más, es que a pesar de que me paso el día viéndote aporrear las teclas, jamás habría pensado que pudieras ser escritor.

—Cuando acudo a las reuniones con productores y demás, suelen esperar a un tío esmirriado y con gafas. De hecho, suelen confundirme con los actores que interpretan a los villanos de turno.

—Lo cierto es que también llegamos a pensar que eras traficante de armas.

—Es mi cruz. Soy grande y además me gusta hacer ejercicio. Me machaco en el gimnasio para liberar endorfinas y tener la mente despejada para escribir.

—Y también haces voto de silencio cuando escribes, como un monje cartujo —dedujo Tania, aunque de monje tenía que tener poco.

—Me lo impuse para llegar a la protagonista de mi serie a través de ti. Si hablábamos iba a descentrarme y necesito entregar los guiones en unas cuantas semanas. Tenía que concentrarme en el trabajo y ha sido durísimo. He estado muchas veces tentado de hablarte, hasta hoy que ya no he podido más y necesito que sepas que estoy aquí.

Tania estuvo a punto de hacer una broma diciendo que con su presencia imponente era difícil no percatarse de que estaba ahí. Pero prefirió dejar las gracietas para otro momento y replicar:

—Siempre he sentido que estabas ahí, de hecho, el día que pasó lo que pasó me sostuviste con tus miradas.

—Tengo el oído bastante fino y no podía creer lo que estaba pasando. Él era tu novio y apareció de repente con la esposa y las hijas.

Tania, entonces, ya que él se estaba sincerando, decidió hacer lo mismo y le confesó:

—Apareció justo el día en el que yo le necesitaba más que nunca porque la conexión tan brutal contigo estaba a punto de hacerme cometer una locura.

Iván sabía perfectamente a lo que se refería porque a él le había pasado lo mismo:

—Ese día que nuestras pieles se rozaron fue tan impactante y revelador para mí que decidí dar un vuelco a mi historia.

—Y la protagonista de tu historia soy yo —dijo Tania que en la vida se había sentido tan especial.

Iván asintió y le habló de todo lo que llevaba días deseando contarle:

—Llegué al hotel con la biblia escrita, la biblia es el resumen de la temporada y suele tener una extensión de unos setenta folios, pero fue verte y empezaste a inspirarme cosas que no estaban en la dichosa biblia. Y la historia fue ganando más y más porque tú le estabas dando el músculo y la autenticidad que le faltaba. Tú estabas haciendo que mi princesa Tania tuviera fuerza, intensidad y credibilidad. Todo lo que le faltaba...

—¿Princesa Tania? ¿La protagonista se llamaba así? —preguntó Tania que se estaba emocionando por momentos.

—Se llamaba Tatiana, pero viene a ser lo mismo. La historia está ambientada en la Rusia Imperial, en 1833. Tania es la hija de una princesa caída en desgracia y arruinada y Tania está enamorada de un joven comerciante llamado Iván que no puede ofrecerle más que su amor. La madre se opone al romance y sugiere a su hija que se case con un médico rico, viudo y con tres hijas.

—¡No me fastidies! ¡Ese es Jacobo! —exclamó Tania poniendo una cara de asco tremenda—. ¿Jacobo estaba en tu biblia antes de conocerme?

—Sí, pero se llama Dimitri. Y en mi biblia, Tania que se debate entre el deber y la pasión, entre el sentimiento y la razón, al final se casa con el médico que resulta ser un marido infiel, irascible y despótico y se hace amante de Iván, que hartado de ser un segundo plato acaba casándose con otra.

—Joder, ¡qué historia más triste! —exclamó Tania, desolada.

—Era un dramón de época que no me convencía y gracias a ti he descubierto por qué. Y es que ese día en que nuestras pieles se rozaron, entendí al fin que Tania es una mujer independiente, fuerte, apasionada y valiente que decide hacer su propio dinero montando el mejor y más maravilloso restaurante, que no piensa renunciar al amor verdadero y que Iván está tan enamorado que es capaz de cualquier cosa por ella. Luego, presencié lo que ocurrió con



Jacobo y desarrollé el resto de la historia. En mi nueva biblia, Tania rechaza la oferta matrimonial del médico y espera a que Iván regrese de Japón, cosechando éxitos en su negocio y quitándose de encima pretendientes a manotazos.

—¿De Japón? ¿Qué hace él en Japón? —preguntó sorprendida por ese giro de la trama.

—Se marchó a hacer negocios.

—¿Y acaban juntos? ¿O no me jodas que en Japón se casa con una rica japonesa? —preguntó Tania, ansiosa por saber el final.

—Esa es la parte que me falta, no la he escrito todavía.

—Tienen que acabar juntos —sentenció Tania.

Iván era lo que también deseaba, pero había un problema:

—Yo es que estoy especializado en dramones, todas mis historias acaban fatal.

—Pero esta no puede terminar mal, Tania tiene que acabar con Iván, ¡no concibo otro final!

—Es complicado —aseguró Iván encogiéndose de hombros—. No olvides que pertenecen a mundos distintos, ella es una princesa que vive entre su palacete decadente de los Atardeceres Rosas y su negocio de restauración que dirige desde las sombras, pues se supone que una mujer de su posición no puede dedicarse a esas cosas, y él es un hombre que vive en San Petersburgo.

Kira abrió los ojos como platos porque eso le sonó a música celestial:

—¿Vives en San Petersburgo?

—Sí.

—¿Sabes que estudié Historia del Arte y que uno de mis grandes sueños es ir al Hermitage? Mi cuadro favorito está allí...

—*Retrato de dama en azul* de Thomas Gainsborough —musitó Iván.

—¡Toma ya! No solo sabes lo importante de mí, porque me lees por dentro, es que también tienes la sensibilidad de captar qué es lo que me gusta.

—No sé, es también mi cuadro favorito. Y te llevaré a verlo.

Llegados a ese punto, Tania solo pudo replicar:

—Genial.

—Pero mi vida de escritor no es fácil. Vivo en mis mundos de ficción y me paso las horas destrozando teclados, tú me has visto estos días.

—Ya, ya te he visto. Pero esos dos tienen que terminar juntos...

—¿Y tú crees que encontrarán la fórmula para hacerlo?

Tania asintió con una sonrisa de lo más traviesa porque ya se le estaba ocurriendo algo...

## Capítulo 24

Después de cerrar el bar, Tania mandó a Kira para casa a que descansara porque la pobre estaba hecha unos zorros desde que Yago se había marchado.

—Tía, tienes que dormir. ¿Has visto qué ojeras tienes?

Kira que estaba subida en la moto de lunares gigantes, en el parking del hotel, y ya con el casco puesto, musitó:

—Ojalá pudiera dormir, pero aún me cuesta. Está todo muy reciente.

Tania lamentó ser la típica listilla que adelanta acontecimientos, pero no le quedó más remedio que recordarle:

—Ya te dije que te ibas a pillar, pero tú decías que controlabas. Pues mira lo que controlas.

—Es normal estar de bajón unos cuantos días —dijo Kira, rezando para que solo fueran eso: unos días de nada.

No obstante, Tania la encontró tan hecha polvo que decidió aconsejarle:

—¿Por qué no le llamas y le cuentas cómo estás? ¡Lo mismo hasta espabila y todo!

—No quiso ni pedirme el teléfono y yo le voy a llamar... Uf. Ni de coña.

Tania pensó que tenía razón y que lo mejor era que supiera que no estaba sola:

—Da tiempo al tiempo. Y si necesitas hablar o lo que sea, me voy contigo a casa ahora mismo.

Kira que sabía lo importante que era esa noche para su amiga, negó con la cabeza y aseguró:

—Ya se me pasará. Y tú disfruta de tu noche...

Las amigas se despidieron, Kira arrancó y, como cada vez que se subía a la Vespa, puso rumbo a casa sintiendo el vacío que Yago había dejado a su espalda.

Tania por su parte, volvió a entrar en el hotel, voló hasta el ascensor de servicio y subió hasta la planta tercera.

Una vez allí, y con el corazón que se le iba a salir por la boca, correteó de puntillas hasta la habitación 306 y tocó la puerta con los nudillos, en tanto que agudizaba al máximo el oído y no quitaba ojo al pasillo por si de repente aparecía alguien.

Pero la maldita puerta no se abría.

Así que pegó la oreja por si escuchaba algo, pero ahí no se escuchaba ni el vuelo de una mosca.

Y volvió a tocar con los nudillos, discretamente, pero con más insistencia. Y así estuvo un buen rato, hasta que Iván abrió, en bolas, con un antifaz negro en la frente a modo de diadema y los ojos tan entornados que podía seguir hasta soñando.

—Joder, ¡estás profundamente dormido! Si no hace ni quince minutos que te marchaste del bar —le dijo Tania, sorprendida.

—Es que pillo el sueño rápido. Caigo agotado en la cama. Y hoy más. Han sido demasiadas emociones. Pasa, por favor. Y disculpa que te reciba así...

—No, si la culpa es mía por presentarme sin avisar. Pero es que creo que esto es lo que haría la princesa Tania...

Tania entró en la habitación, cerró la puerta y se quedó plantada frente a él.

Era la primera vez que estaban así, de pie, cara a cara, y Tania entonces alzó la vista y se quedó fascinada ante la enormidad de ese ser.

—¡Desde aquí eres más impresionante todavía!

Y mejor no bajaba la mirada porque lo que había visto de reojo era para perder el sentido.

Iván le clavó su mirada azul hielo, sonrió y replicó:

—Me pasa lo mismo. Y estoy tan deslumbrado que aún ni sé si sigo soñando o si ya he despertado.

—Tenía que venir porque Iván no puede casarse con esa japonesa.

Iván tragó saliva, su nuez bajó y subió de esa forma tan *sexy* y reconoció:

—Lo de Azami terminó hace casi un año, pero ella cree que deberíamos darnos una oportunidad.

—¿Y tú qué es lo que piensas? —preguntó Tania con el corazón encogido.

—Que ni funcionó antes, ni funcionará después. Aparte de que aquí ya tengo metida a otra persona —masculló llevándose la manaza al corazón.

Tania se quedó fascinada contemplando esa mano y luego colocó la suya encima que en comparación se veía pequeña y blancuzca...

—¡Mi mano es enana! —musitó alucinada.

Yago tomó la mano de Tania con mucha delicadeza y musitó:

—Parece un pajarillo blanco posado en mi mano.

Y a Kira se le derritieron hasta las chancas porque lo de ese hombre no era normal y tenía que saberlo:

—Eres increíble. Y quiero que sepas que sentí una atracción brutal por ti desde la primera vez que te vi. A mí me suelen gustar los hombres como tú, aunque no hay ninguno como tú, pero vamos que lo que quiero decir es que me gustan los tíos grandes, fuertes y potentes. Sin embargo, tuve la desgracia de ser recepcionista tres años en un gimnasio y acabé detestando a los tíos que viven entregados al culto a su cuerpo y a su ego y que dentro no tienen nada, que en vez de corazón tienen un puto estropajo. Por eso, me quedé colgada de Jacobo, que era tan distinto a esos tíos. O eso creía porque me salió la rana más gorda de todas. ¡Qué horror! ¡Es que no quiero ni volver a mentarlo!

—¡Ya es pasado! ¡Olvídate de él! —exclamó sin soltarla de la mano.

—Por supuesto. Empecé a olvidarlo cuando comenzaron esas miradas en las que me veías por dentro. Y yo te veía a ti, por eso sabía que tu corazón es de los buenos.

—No sé. Soy sensible, soy apasionado, soy intenso...

—¡Sabía que eras Cabeza de hielo, corazón de fuego!

—¿Qué? —preguntó Iván, que no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—El clásico empotrador de libro, el típico tío que solo existe en la ficción. Un tío duro por fuera y peluchito por dentro. Vamos un puto unicornio. Porque en la vida real, un pedazo de tiarrón que piensa como un chulazo y siente como un puto cerdo egoísta, solo puede comportarse como un cabrón asqueroso. Pero tú no eres así. Tú pareces un tío frío y duro, sin embargo, cuando me lanzas esas miradas folladoras, no solo puedes llegar hasta el último recoveco de mi alma, es que siento que podrías amarme como no lo ha hecho nadie. Porque me ves como nadie, y a pesar de todo, vuelves, vuelves una y otra vez.

—Justamente es eso lo que quería que supieras. Que estoy aquí. No soy un hombre perfecto. Soy lo que ves, y a pesar de mi aspecto gélido, ardo.

Tania recortó la distancia que los separaba y musitó temblando entera:

—Yo soy también muy apasionada, necesito sentirme viva, necesito que me lo estimulen todo. Y a veces puedo resultar tan intensita que me vuelvo cansina. Yo tampoco soy perfecta. Como ves hablo como una cotorra, soy impulsiva, vehemente, empecinada... Estudié una carrera, Historia del Arte, pero nunca he tenido un trabajo relacionado con lo mío. Cuando se me acabe el contrato en el hotel, volveré a Madrid donde comparto piso con mi amiga Kira, la animadora. Me paso el día trabajando, por las mañanas de recepcionista y por las tardes de camarera. A veces estoy tan cansada que siento que todo es una mierda. Luego se me pasa, salgo por ahí y sigo con más fuerza todavía. Y es que en resumen me gusta vivir, sentir, amar y follar.

Luego, le miró a los labios, alzó la barbilla y se puso de puntillas para besarlo, pero ese tío era un coloso de dos metros.

Así que agradeció que le descolgara el bolsito que llevaba en el hombro, que lo lanzara sobre la cama, que luego la cogiera por las caderas, la levantara como si fuera una pluma, porque de ese modo pudo rodear el cuerpazo de Iván con las piernas y sus rostros quedaron frente a frente.

Ella entonces le agarró por la nuca, le besó en los labios despacio y se quedaron mirándose:

—Si te digo que estoy sintiendo algo muy parecido al amor, a lo mejor ni te lo crees —confesó Tania.

—Me lo creo porque me está pasando lo mismo y tengo experiencia suficiente a mis espaldas para distinguir el sexo del amor.

Tania volvió a acercar la boca a la de él, le mordisqueó el labio inferior, él le atrapó el superior y ya sí que se enredaron en un beso que hizo que todo se desatara.

Se besaron desesperados, se acariciaron, se frotaron y se llevaron hasta un punto en que ya no pudieron más.

Si bien había un problema...

—No tengo condones —masculló Iván que estaba dispuesto a salir a buscarlos adonde fuera.

Sin embargo, Tania sonrió y le indicó señalando el bolsito que estaba tirado sobre la cama:

—Yo sí. He venido preparada para todo.

Iván la dejó en el suelo, Tania agarró su bolso, sacó el condón, lo abrió y se lo enfundó fascinada con lo que tenía entre manos.

Acto seguido, él le quitó las braguitas, ella se despojó del vestido y él volvió a levantarla agarrándola por las caderas.

Tania rodeó el cuerpazo de él con las piernas, Iván colocó el miembro en la entrada y ella aceptó toda esa enorme dureza de una vez.

—¡Dios, Dios, Dios! —exclamó Tania.

—¿Estás bien? —le preguntó él, con una dulzura tremenda.

Tania asintió, sintiéndose que estaba a punto de romperse. Y excitadísima como no recordaba musitó:

—Mejor que nunca.

Iván entonces se lo comenzó a hacer, intenso y profundo, así de pie, cargando con ella, entre besos y gemidos, hasta que Tania le pidió más y cambiaron el ritmo.

Iván la llevó contra la pared del fondo, donde ella apoyó la espalda y donde la empotró hasta que uno de los cuadros de la pared cayó al suelo.

—En la habitación de al lado no hay nadie —le aseguró Iván para que se quedara tranquila.

—Vas a echar la pared abajo... —musitó Tania admirada porque lo de ese hombre era mucho mejor de lo que había imaginado.

—Voy a dártelo todo —replicó Iván, que siguió hundiéndose con fuerza dentro de ella.

Y así estuvo empujando hasta que entre jadeos Tania le dijo que necesitaba correrse y entonces él se salió, la levantó de las caderas hasta colocar el sexo de Tania a la altura de la cara y con lametones de la lengua en el clítoris la llevó al orgasmo.

Luego, volvió a clavarse dentro de ella, la penetró duro, le arrancó un segundo orgasmo y ya entonces Iván se corrió sintiendo lo mismo que ella: que habían follado y que se habían amado con tanta intensidad que no podían ni articular palabra.

Era imposible.

Por lo que se quedaron en silencio, abrazados y luego se tumbaron en la cama, donde Tania ya sí que habló:

—¿Tú crees que los protagonistas de tu serie después de algo parecido a esto van a separarse?

Iván se quedó miró a los ojazos negros de Tania, que le tenían loco y respondió:

—Serían tontos si lo hicieran.

—Y ellos no lo son —repuso Tania, negando con la cabeza y con la mirada también perdida en la de Iván.

Y él, como lo único que deseaba era no separarse de ella, aseguró:

—No, por eso después de amarse por primera vez deciden pasar toda la noche juntos.

A Tania se le iluminó la mirada y reconoció algo que él seguro que ya sabía:

—Sí, porque ella es insaciable y se ha quedado con ganas de mucho más.

Iván la agarró por las nalgas, la atrajo hacia sí, le devoró la boca y su sexo despertó otra vez:

—No hay nada que me ponga más que una mujer insaciable —le susurró al oído y clavándole la erección en la tripa.

—Y a mí me pirran los hombres que saben lo que quieren, que son seguros y que tienen el coraje de expresar lo que sienten.

—Yo desde luego que no tengo ningún problema en decirte que te amo.

Tania lo miro, le dio un vuelco al corazón y afirmó rotunda:

—Ni yo tampoco.

## Capítulo 25

Dos días después, Yago estaba de sobremesa con su padre y con su sobrino en la sierra, tras haber hecho una barbacoa.

Él no tenía ganas de nada, pero los suyos se pusieron tan pesados que tras pasarse la mañana trabajando, subió a la sierra y ahí estaba tumbado en una hamaca frente a la piscina, con Coco el perro labrador de su padre dormitando a sus pies, mientras no podía parar de extrañar a Kira.

—¿Por qué no te acuestas un rato en el dormitorio? ¡Tienes unas ojeras hasta los pies! —le sugirió Camilo, el padre de Yago, que acababa de sacar el ajedrez para jugar una partida contra su nieto.

—Estoy bien aquí —dijo Yago que cerró los ojos y de repente se le vino la imagen de ella con su sonrisa enorme.

Y lo achacó al poder evocador del cloro...

En su casa le pasaba igual, era oler el cloro y ya estaba recordando hasta las motitas marrones de sus ojazos verdes.

Por no hablar del poder del olor a jazmín...

—Tú no estás bien, porque estás con cara de zombi desde que te separaste de Kira. Es tu *crush*. Reconócelo. Estamos en familia —habló Diego, que se sentó en la mesa frente a su abuelo para echar la partida.

Yago abrió los ojos, lanzó una mirada furibunda a su sobrino y le exigió:

—¡Déjame tranquilito, por favor!

—¿Por qué te cuesta tanto reconocer que estás enamorado? ¿Es que no te ves, tío? Estás paliducho, pareces un zombi y te has pasado todo el rato callado recordando esos momentos en los que os distéis esos besos en la boca. ¡Puaj! Abuelo, si lo hubieras visto, qué asco, qué asco, qué asco.

Yago se pasó la mano por la cara, resopló y le preguntó a su sobrino:

—¿Me puedes decir qué es lo que no entiendes de la frase: «¡Déjame tranquilo!»?

—Yo creo que, si la llamas, volverías a dormir como un oso y se te quitaría esa cara de seta que tienes. Espera que te busco su teléfono...

Diego cogió su teléfono móvil y se puso a buscar en la agenda en tanto que Yago dio un respingo en la hamaca y le pidió cabreado:

—¿Podrías dejar de enredar un ratito?

—Yo solo te estoy ayudando, si quieres la llamo yo, hablo con ella un poco y luego le digo haciéndome el gratamente sorprendido: «Anda, mira, quién está aquí, ¡mi tío Yago! ¡Qué casualidad, espera que te lo voy a pasar un momento!». ¿Te mola el plan, Yagui? ¡Es estrategia de las buenas!

—¡Es lo más patético que he escuchado en mucho tiempo! —masculló Yago, convencido de que lo mejor que le podía pasar a Kira era que alguien como él estuviera fuera de su vida.

Diego miró a su abuelo y le preguntó molesto por lo que acababa de decir su tío:

—¿A que es una buena idea, abuelo?

—¡Qué pesado eres, Diego! ¡Deja a tu abuelo tranquilo y olvídate de planes absurdos! — refunfuñó Yago, ofuscado.

—No puedo dejar al abuelo tranquilo porque es un genio haciendo estrategias. O ¿por qué crees que acabaste yendo de *vacas* a los Atardeceres Rosas?

Yago miró a su sobrino atónito, luego a su padre y masculló:

—Dime que es una broma.

Diego negó con la cabeza, apretó fuerte los labios y replicó soltando el teléfono:

—No te estoy troleando. Pero sí que soy un bocazas.

Yago con un mosqueo importante, miró a su padre y le exigió:

—Papá, ¿me puedes explicar de qué va esto?

Camilo, que era idéntico a él, pero con treinta años más, respondió encogiéndose de hombros:

—Va de que a tu sobrino le hacía ilusión ir a ese hotel y que yo intuía que un lugar con un nombre tan bonito te podía cambiar la vida: Atardeceres Rosas, ¿no me digas que no es una promesa de felicidad?

Yago bufó, sintiéndose un auténtico estúpido y replicó:

—¡No me puedo creer que hicierais trampas en aquella partida!

Diego en su defensa le explicó a su tío, aunque en el fondo lo que quería era que viera lo genio de las estrategias que era su abuelo:

—No fueron trampas exactamente, tan solo compramos un peluche espía, con una cámara en la barriga, y el abuelo me fue sugiriendo los movimientos por un pinganillo. ¡Pero la jugada con la que te gané fue cosa mía!

Yago que no sabía si se sentía más tonto antes, cuando creyó que le había ganado su sobrino o ahora que acababa de descubrir que le habían tomado el pelo, replicó cabreadísimo:

—¡Imagino las risas que os habréis echado a mi costa!

—Unas pocas, Yagui —confesó Diego—. Pero ha sido por tu bien.

—Ah, claro. ¡Cambiar unas vacaciones de ensueño por una semanita en un secarral en mitad de la nada fue por mi bien!

—Sí, porque es lo que te he dicho antes, el abuelo intuyó que podía pasarte algo muy gordo y ¡acertó! ¡Estás pillado hasta las cejas! —gritó Diego, exultante, y por si no tenía bastante, Coco también se entusiasmó y empezó a ladrar, feliz de la vida.

Y como Yago se puso bastante nervioso y quería zanjar el temita del amor cuanto antes, se sorprendió a sí mismo verbalizando por primera vez:

—¡Sí, me he enamorado de Kira! ¡Pero detesto que me mientan, que me manipulen y que me hagan sentir como un auténtico imbécil!

Diego, sorprendido de escuchar a su tío reconocer semejante cosa, exclamó:

—WTF. ¿Has dicho que estás enamorado de Kira? ¡Por fin! ¡Espera que la voy a llamar!

Diego cogió el móvil otra vez y se puso a buscar el teléfono de Kira en la agenda. Sin embargo, su tío le ordenó con un tono de voz que no admitía réplica:

—¡Suelta ahora mismo el teléfono! ¿No escuchas que odio que me manipulen?

Diego dio un manotazo al aire y replicó a su tío sin darle importancia:

—Tú eres un *hater* de todo, Yagui. ¡No nos vamos a preocupar por eso!

—Tú tío tiene razón —intervino Camilo.

—¡Menos mal, papá! ¡Por fin algo de cordura! —farfulló Yago.

—Tienes razón en que Diego suelte el teléfono, porque quien tienes que llamar a esa chica

eres tú. O mejor aún: tienes que ir a verla —le sugirió Camilo.

—¿Qué? —preguntó Yago que no sabía quién era más liante, si el nieto o el abuelo.

Camilo se ajustó las gafas de pasta azul y le explicó:

—Verás, antes de nada, déjame aclararte algo. Yo no podía acompañar a Diego a los Atardeceres Rosas porque tenía programado un viaje a París.

—¡Y era mejor que yo cancelara el mío! —masculló Yago, arrugando el ceño.

—Tú tienes toda la vida por delante para ir adonde quieras, pero a mí me queda menos. Y no podíamos dejar a Diego sin sus vacaciones en Atardeceres Rosas.

—¿Y por qué no? —replicó Yago, molesto—. Porque yo siempre quise ir a esquiar y tú nunca me dejaste. Y mírame, aquí estoy, no me ha pasado nada.

Diego soltó una carcajada, soltó el teléfono y le recordó a su tío, interrumpiéndole:

—Hombre, tanto como nada. Mamá dice que tienes muchos traumas.

Coco ladró como si se partiera de risa también y Camilo siguió hablando:

—Por aquellos días yo no estaba muy bien, había perdido a mi esposa y me daba pánico perder a mis hijos. Hice las cosas como mejor pude y seguramente me equivoqué muchas veces. Como ahora, con esto del viaje, actué así porque estaba convencido de que era lo mejor para todos. Además, cuando Diego me contó que quería ir a los Atardeceres Rosas contigo, me recordó a cuando me tocó ir a acompañar a mi tía Manuela de vacaciones a un balneario. Yo tenía planes para ir a otro sitio con mis amigos, pero mi tía insistió en que la acompañara.

—Estupendo. Entonces, como a ti te puteó la tía Manuela, me toca pringar a mí también. ¿De eso va esto? ¿De una cadena de invitaciones a joder las vacaciones al pariente más próximo?

—Calla, anda, calla —le pidió Camilo—. Que te voy a contar la historia de cómo conocí a tu madre.

—Yo ya me la sé. Es que me encanta el amor —canturreó Diego.

—Te encanta el amor... —repitió Yago, con retranca—. Uf. ¡Me tienes contento, Diego! —refunfuñó.

—Deja de rezongar, Yago y escucha la historia. Resulta que, muy a mi pesar, acudí al balneario que yo encontré deprimente hasta que a los cinco minutos de llegar me topé con tu madre. Y mi vida cambió en ese mismo instante, aunque tardara dos años en descubrirlo.

—Y esto se lo cuentas a Yago para que espabile, ¿a que sí abuelo? —le preguntó Diego.

—Yo voy a contarle mi historia... Sucedió que hasta ese viaje con mi tía había sido un tarambana y no tenía intención ninguna de sentar la cabeza. Así que me tomé ese flechazo fulgurante que sentí por Rosana como un amor de verano y nada más. O eso creía. Porque volví a casa tras las vacaciones y me di cuenta de lo que de verdad había entre nosotros. No dejaba de pensar en ella. Y Rosana lo tuvo todo claro desde el principio. Así que, aunque vivía a quinientos kilómetros de distancia de mí, no dejaba de enviarme cartas en las que me decía que me quería. Pero yo no le devolví ninguna carta, porque a pesar de que la tenía muy dentro, sentía que no estaba preparado para tener un noviazgo serio.

—¡Qué cagada de elefante, abuelo!

—Pues sí. Menos mal que dos años después de nuestro verano en el balneario, me la encontré un día en El Retiro. Y estaba más bonita que nunca. Iba con un grupo de amigas y me bastó un minuto para darme cuenta de lo tonto que había sido.

—Pero tonto nivel Dios —remachó Diego.

—Ese mismo día, nos hicimos novios y ya no nos separamos nunca más. Luego, Dios se la llevó, pero no sabes cuánto me arrepiento de aquellos dos años que perdí. No hay que malgastar



el tiempo, la vida puede cambiar en cualquier segundo. En fin, te cuento todo esto, Yago, porque cuando Diego me habló de ese hotel tuve el pálpito de que tú a lo mejor podrías tener mi misma suerte. De que en ese lugar te estaba esperando alguien que podría hacerte feliz. Pero como sabía que te ibas a negar, se me ocurrió lo de la apuesta. Perdóname, lo hice porque quiero que seas feliz como yo lo fui con tu madre. No hubo otra intención por mi parte más que esa y yo...

Yago que ya había escuchado suficiente, se levantó y después interrumpió a su padre para decir:

—Ya me sigues contando en otro rato, porque tengo que marcharme.

—El tema es que te quedas con la chicha de la historia: ¡con que la cague un León es suficiente! —le ilustró Diego a su tío—. Porque él nos cuenta esto para que nosotros no sigamos su camino de cuando fue un *supergoofy*. ¿A qué sí, abuelo? —preguntó Diego, arrugando la nariz.

Coco ladró de un modo que sonó a un sí rotundo y Yago se despidió de los suyos diciendo:

—¡Deseadme suerte, que me va a hacer falta!

## Capítulo 26

Ese viernes, a las doce y pico de la noche, Tania acompañó a Kira hasta el aparcamiento donde había dejado la Vespa.

—¿Esta noche también toca asalto a la habitación? —preguntó Kira, divertida.

—Sí, es lo más práctico. Porque este se levanta muy pronto a matarse en el gimnasio y yo mira a qué horas salgo de trabajar. Así que lo mejor es que ahora suba, le pille y le mate. Y todo con amor. ¡Esto es un delirio! ¡Qué pasada! Llevamos hablando desde hace dos días y es como si fuéramos pareja de toda la vida, pero follando como si fuéramos amantes. Y es que como cuando me follaba con la mirada para inspirarse para su personaje me conoció tan a fondo y yo a él, es como si ya se nos hubieran descornado todos los velos. A ver, aún no sabe lo de mi escoliosis, mis pies cabos o que no me hablo con mis padres desde hace cinco años, pero...

—Hay que mantener el misterio... —le interrumpió Kira para terminarle la frase.

—Misterios así sí que hay que mantener, pero lo de tener mujer y tres hijos: ¡ni de coña! Y mira que le investigué, busqué información sobre Jacobo hasta debajo de las piedras. Y no aparecía nada de nada...

—¿Sigues afectada por lo que te pasó con él? —preguntó Kira, que no le extrañaba que lo estuviera.

—No, no, qué va. Iván me pega unos viajes que me ha sacudido los rencores y me ha quitado mi sed de venganza. Y lo de Jacobo me lo tomo como aprendizaje: los trabajos de investigación hay que hacerlos a pie de calle. Hay que plantarse en el barrio, hablar con el portero, con el panadero, en fin... lo que se hacía de toda la vida.

—Y a Iván ¿no le vas a investigar? —inquirió Kira, por si acaso.

Tania negó con la cabeza y respondió convencida:

—No, porque yo le vi el corazón tan puro que tiene desde el principio y porque me he encontrado una revista rusa en la que hablan de él como un soltero de oro.

—¿Entonces le has investigado? —replicó Kira, perpleja.

—Pero no porque no me crea lo que me cuenta o porque intuya que oculta información, le busco porque me despierto cachonda perdida y necesito su foto para orgasmar como una salvaje. Y buscando fotos de él es donde me he encontrado con cosas que solo confirman que le amo. ¡Y encima, soy correspondida!

—¡Me alegro un montón!

—Esto va muy deprisa, es una puta locura, pero no quiero poner el freno. Ni ser prudente. Ni precavida. Ni nada de eso. Porque ¿para qué? Si, menos con Jacobo que me engañó porque se tenía muy bien aprendido el papel de hombre perfecto, me suelen bastar diez minutos de la primera cita para darme cuenta de cómo es un tío. Entre que me habla solo de él, o de su ex, o de su polla, luego se mosquea cuando sonrío al camarero y después me critica porque me gusta Sebastián Yatra, ya le tengo hecho el traje. Lo que pasa es que yo suelo empecinarme en seguir adelante y la pifio. Pero con Iván es diferente, y voy para adelante con todo. Y si me equivoco,

será mi mejor equivocación.

Kira veía a su amiga tan ilusionada y tan lanzada que replicó:

—Te veo viviendo en San Petersburgo. Y no va a ser una equivocación.

—Sería lo más práctico porque él trabaja allí la mayor parte del año y yo puedo hacer lo mismo que hago aquí en cualquier sitio. Incluso quién sabe si allí podría encontrar algo relacionado con lo mío. De momento, queda verano por delante... Y tengo que seguir inspirándole, no voy a parar de darle argumentos para que los protagonistas de la serie acaben juntos.

—Yo te voy a echar mucho de menos. Va a ser duro volver a Madrid sin ti. Porque tú a Madrid ya no vuelves —sentenció Kira que lo tenía clarísimo.

—Vivo el día a día. Aunque no me importaría pirarme con este, la verdad. De todos modos, no pienso dejarte sola si me necesitas. Y esta noche, si te apetece, cojo una botella de algo y nos piramos a la playa.

—¡No estoy para botellones! No puedo con mi alma. Estoy agotada.

Tania sabía la respuesta, aun así, preguntó:

—¿Sigues durmiendo mal?

—Fatal. Lo echo muchísimo de menos. No paro de pensar en él. Y creo verlo en todas partes. En la piscina, en la recepción, en... —Kira se percató de que el coche de Yago se acercaba hacia el parking y exclamó—: ¡Ay, madre, que lo estoy viendo! —exclamó Kira de repente, temblando entera de la emoción.

—¿Dónde? —preguntó Tania, alucinada, mirando en todas las direcciones.

—Viene en ese coche que está a punto de entrar al *parking*.

—¿Es él o uno que se le parece? —preguntó Tania porque era imposible aún reconocer al conductor.

—¡Es su coche! ¡Es él, seguro! ¿Y a qué habrá vuelto? ¿Se dejaría algo?

—¿Qué se va a dejar? ¡A ti! Este viene a por ti.

Kira lo primero que hizo fue planchase el pelo con la mano y pensar que no podía llevar unas pintas más horribles.

Lucía una camiseta de pico de hacía mil años y unos pantalones vaqueros cortos de hacía tres mil porque ya ni tenía ganas de vestirse.

Pero qué más daba, puesto que sabía que ella no era el motivo del regreso de Yago.

—A por mí no viene. Se despidió diciéndome que todo acababa ahí, que se tenía que marchar y que tendría siempre un recuerdo inolvidable.

—Qué va. Esto no se ha acabado y este ya verás cómo va a volver todos los viernes a buscar más recuerdos —repuso Tania, risueña.

Kira, sin embargo, estaba poniéndose bastante ansiosa...

—Ya, pero yo no quiero eso. Quiero decir que estaría encantada de crear más recuerdos inolvidables, pero ¿luego qué? Esto va a ser prolongar la agonía, porque acabará el verano...

—Y seguirás viéndole en Madrid —aseguró Tania.

—Pero es que yo no quiero eso, yo quiero tener una pareja estable, una relación normal.

—¿Relación normal? ¿Conoces alguna que lo sea?

—Yago no quiere ataduras, huye del compromiso, no quiere nada serio.

—No te fies de nada de lo que diga un tío, solo de sus hechos. Y lo importante es que Yago ha vuelto...

—Para hacer acopio de polvos inolvidables... —dijo Kira.

—¿Y quién no se apunta a eso? Puedes pasarte la vida entera coleccionando momentos. Además, si se comporta como tu pareja, aunque no diga que es tu pareja: ¡es tu pareja!

—Yago no se está comportando como mi pareja... —negó Kira.

—Es viernes y ha venido a pasar el fin de semana contigo. ¿Eso quién lo hace? Pues el típico novio de toda la vida...

—O el típico cliente que ha olvidado el iPad... —replicó Kira, mientras veía cómo Yago acababa de dejar el coche aparcado.

Tania agarró a su amiga por el hombro para infundirle fuerzas y ánimo y exclamó:

—Qué va. ¡Prepárate, nena, que menuda noche te espera!

Yago salió del coche y se dirigió hacia ella en tanto que Kira, con las rodillas como gelatinas, murmuró:

—Tirada en el sofá, muertecita de la pena.

—Tirada en el sofá, muertecita de follarse... —le corrigió Tania.

Kira no pudo evitar soltar una carcajada y justo en ese instante su mirada se cruzó con la de Yago.

Él iba hecho un manojo de nervios, con un nudo en la garganta y una garra en la boca del estómago.

Pero sabía que estaba haciendo lo correcto y eso le dio fuerzas para caminar hasta Kira que se estaba partiendo el culo de él.

Y no le extrañaba...

No se merecía menos, así que recorrió la distancia que los separaba y cuando se plantó frente a ella, le dijo sin más:

—Soy un gilipollas.

Kira se quedó mirándole atónita y replicó muy nerviosa porque esperaba todo menos esa confesión:

—¿Y te has hecho tantos kilómetros para decirme eso?

Yago se quedó mirando esos ojazos verdes en los que no se cansaba de perderse, asintió y respondió:

—Era absolutamente necesario.

Tania miró a su amiga, le guiñó un ojo y le cuchicheó:

—Le tienes en el bote.

Yago, que no había escuchado bien lo que Tania había dicho, la saludó:

—¡Hola, Tania! ¡Buenas noches! Buenas noches a las dos. Perdonad que no haya saludado nada más llegar. Es que no ando muy fino últimamente.

Tania batió una mano para quitarle importancia y replicó para hacerle un resumen de lo que se había perdido:

—¡Buenas noches, Yago! Me alegro muchísimo de verte otra vez y ya verás cómo todo tiene arreglo. Yo te cuento que estoy con Iván, el ruso, el miércoles se desató, empezó a hablarme y resulta que es escritor y guionista. Está escribiendo una serie donde salimos todos...

—¿Cómo que todos? —preguntó Yago, intrigado.

—¡Eso no lo sabía! —exclamó Kira.

—He empezado a leer los guiones y todos hemos sido su inspiración estos días. Yo soy la protagonista, una princesa venida a menos que se niega a casarse con un médico viudo y con tres hijos, porque está enamorada de Iván. Tú, Yago, le has inspirado a Yaroslav, un hombre de negocios, torturado y reservado, que está locamente enamorado de Kirina, digo Irina, que es la

institutriz de su sobrino.

Yago quería saber más de esa historia, pero se temió algo:

—¿Y este hombre qué escribe? ¿Tragedias?

—Sí, pero desde que está en el hotel está abriéndose a otros finales. Yo no paro de inspirarle para que la princesa acabe con Iván. Y no voy a cesar de comerle la oreja para que el tío torturado tenga su final feliz con la institutriz.

—¿Y tú crees que eso será posible? Porque el torturado es experto en pifiarla... —repuso Yago.

—Ya, con amor todo se desembrolla. Tú tranquilo. Y yo ya me voy que este a las doce y pico se me duerme y tengo que seguir dándole candela para que se le desate la imaginación. ¡Pasadlo bien, guapos!

## Capítulo 27

Kira se quedó a solas con Yago pensando que ojalá que acabaran pasándolo bien, pero a tenor de la cara que lucía no las tenía todas consigo:

—Tenemos que hablar —le dijo Yago, muy serio.

Kira sintió una punzada de ansiedad en la tripa porque esa frase siempre la ponía en guardia, respiró hondo, soltó el aire y replicó:

—De acuerdo. Dime.

—Aquí no —musitó Yago, que necesitaba otro escenario para abrirse en canal.

—¿Y adónde quieres ir? —preguntó Kira, nerviosa.

Yago, que no había parado de recordar a todas horas ese lugar, replicó sin pensarlo:

—A la cala. ¿Te parece bien?

Kira sin saber si querría llevarse un último recuerdo bonito o había dicho la cala como podía haber elegido el McAuto 24 horas, asintió y le preguntó:

—¿Vamos en la Vespa?

Yago, que se moría por volver a subir a la moto, asintió sin pensarlo, y un rato después, otra vez, y sin poder creerlo, estaba recorriendo el sendero entre cultivos de tomates, con el viento en la cara y las manos en la cintura de Kira.

Otra vez la felicidad...

Aunque Yago no dejara en ningún momento de temer que no fuera demasiado tarde.

Luego, llegaron a la cala, guardaron los cascos, Kira cogió su pañuelo gigante para no sentarse en la arena y a Yago le entró una emoción tremenda al verlo.

Emoción y excitación porque si se había venido arriba cuando puso las manos en la cintura de Kira, cuando vio el pañuelo azul con el dibujo del elefante y se le vino a la memoria el recuerdo de lo que pasó esa noche, se desató por completo.

No podía evitarlo.

Sentía una atracción brutal por Kira, pero había algo más que ella tenía que saber, en esa noche en que las estrellas parecían que refulgían más que nunca y la luna solo era un gajo suspendido en el cielo.

Kira, por su parte, estaba igual de nerviosa y excitada, primero se había puesto malísima de volver a sentir a ese pedazo de hombre a su espalda, pero en cuanto sacó el pañuelo le sobrevinieron tantos recuerdos que pensó que no iba a aguantarlo sin lanzarse al cuello de Yago.

No obstante, se controló, se sentaron dejando entre ambos una ligera distancia y Yago fue el que empezó a hablar:

—Me he venido con lo puesto. No tengo ni reserva de hotel.

Kira no sabía si eso era un buen o mal augurio, el caso fue que replicó:

—Tania va a dormir con Iván en el hotel, si quieres puedes venir a casa.

Yago sintió un mariposeo en el estómago porque que le quisiera llevar a casa significaba que al menos no le detestaba demasiado y masculló algo cortado:

—Genial.

Sin embargo, a Kira ese genial le sonó un tanto frío y decidió precisar para no meter la pata:

—Tenemos un sofá comodísimo.

A Yago lo del sofá le sentó como un jarro de agua fría, pero qué esperaba si por su culpa Kira lucía unas ojeras hasta los pies.

Y se sentía fatal. Por su estupidez Kira tenía que estar durmiendo tan mal como él, comiendo fatal pues estaba más flaca, y sin ganas de nada, ya que llevaba una ropa que supuso que era lo primero que, a oscuras aún, había cogido esa mañana del armario.

Y como necesitaba remediarlo como fuera, le siguió contando...

—Hoy fui a la sierra a comer con mi padre y con Diego y tuvimos una conversación que me hizo abrir los ojos y salir disparado hacia acá. Después, en el coche he seguido dándole vueltas a todo y necesito que sepas algo de una vez.

Kira le miró con más nervios todavía, sin tener ni idea de por dónde iba a salir. Se le veía desmejorado, debía haber pasado por el mismo calvario que ella, pero a saber qué era eso que tenía que decirle.

—Te escucho —musitó Kira.

Llegados a ese punto, a Yago le entraron unas ganas infinitas de recortar la distancia que los separaba y besarla hasta quedarse seco. Pero en su lugar se puso a hablar:

—Hoy mi padre me ha contado cómo conoció a mi madre. Por cierto, un poco antes me he enterado de que la partida de ajedrez que perdí estaba amañada: mi padre dirigió los movimientos de Diego por un pinganillo. Y todo fue por una buena causa.

—No espero menos de Diego —comentó Kira con una sonrisa.

—Ojalá que también esperaras algo de mí —replicó Yago derretido por esa sonrisa.

—La última vez que hablamos me dijiste que todo había terminado... —le recordó Kira.

—No pude decir otra cosa porque no estaba preparado para aceptar lo que me estaba pasando. Pero estos días sin ti han sido muy duros. ¿Sabes que lo primero que hice al llegar a Madrid fue ir a un vivero a comprarme jazmines? —Kira negó con la cabeza, muy sorprendida, y él le confesó—: He llenado la casa de jazmines y todo me recuerda a ti. No imaginas cuánto duele...

A Kira se le llenaron los ojos de lágrimas y musitó echándose la melena a un lado:

—Me temo que sí que lo sé...

Yago la vio tan afectada que lamentó muchísimo por lo que le había hecho pasar:

—Joder, ¡qué mal! Siento la que he liado. Y no tengo excusa. No he sabido hacerlo mejor. Soy muy tozudo y además lo de mi madre me marcó demasiado. Con esto no quiero justificarme, pero a lo mejor podrías entenderme algo. Y quién sabe si algún día hasta perdonarme por ser tan cretino.

—No te fustigues tampoco —le pidió Kira, que por supuesto que le entendía.

—No me fustigo, me defino. Aunque bueno, es lo que te decía, lo de mi madre fue determinante. La perdí en cuestión de dos meses y sufrí tanto que me blindé el corazón, no quería involucrarme con nadie, incluso me distancié de mi padre. Y con los años fui perfeccionando el arte de ser frío, cínico y duro. Hasta que te conocí y empecé a sentir tantas cosas que la noche que pasamos juntos me entró mucho vértigo. Me sentía como si estuviera caminando sobre un alambre y abajo no hubiera más que vacío. Y decidí que lo mejor era salir corriendo. Fui un cobarde. Y, aunque en estos días me moría por llamarte, luego me reprimía porque tú te mereces alguien mucho mejor que yo.

Kira que estaba escuchándole emocionada, musitó revolviéndose el pelo con la mano y con

unas ganas inmensas de abrazarlo:

—Yago no digas esas cosas...

Yago se encogió de hombros, porque era lo que había y repuso:

—Digo la verdad. Y si mi padre no me llega a contar su historia seguro que a estas horas seguiría convencido de que lo mejor que puedo hacer por ti es alejarme todo lo que pueda. Pero mi padre me contó su historia y tuve como un ataque de lucidez. Resulta que conoció a mi madre en un balneario al que fue renegando para acompañar a su tía...

Kira suspiró al parecerle la coincidencia de lo más tierna y romántica y le interrumpió para decir:

—Esa historia me suena algo.

—Y lo que sigue es calcado, porque conoció a mi madre y todo cambió para él. Fue un flechazo súbito y mutuo. Lo que pasa es que mi padre no quería sentar la cabeza. Y decidió no responder a las cartas de amor de mi madre.

Kira se llevó la mano al pecho, de lo que empatizó con esa pobre mujer:

—¡Qué pena, por favor!

—Los León debemos llevar haciendo estupideces desde generaciones atrás. Menos mal que ha llegado Diego para redimirnos a todos. Y en cuanto a mi padre, dos años después, se reencontró con mi madre en El Retiro y al momento se dio cuenta de lo tonto que había sido. Desde ese día no volvieron a separarse, sin embargo, mi padre hoy me ha confesado que no ha dejado nunca de lamentar esos dos años que se perdieron de estar juntos. Y yo en ese instante te prometo que he tenido como una revelación, he salido pitando de casa y me he venido para acá.

Kira que estaba sobrecogida por el relato, preguntó con ansiedad:

—¿Y qué revelación has tenido?

—Te lo explico. He venido con la intención de soltarlo todo y no voy a parar hasta que lo haga. Pero antes déjame que te cuente que mi padre amañó esa partida de ajedrez porque tenía el palpito de que me iba a pasar algo parecido a lo que él vivió y que iba a tener la suerte de conocer a una persona con la que ser feliz. Y la verdad es que acertó.

Kira le miró con el corazón que se le iba a salir del pecho y replicó:

—¿De veras?



## Capítulo 28

Yago que ya iba lanzado respondió con total sinceridad:

—Esos días contigo han sido los más felices de mi vida. Pero estaba el maldito vértigo. El ¿y luego qué? La certeza de que no se puede dar nada por seguro, de que todo puede cambiar en cualquier momento. Y cómo no, mi pánico a sufrir.

—Dios, ¡qué complicado es todo!

—No es tan complicado, porque en casa de mi padre me he dado cuenta de que mi miedo era absurdo, al estar ya sufriendo por no tenerte. Y esa confesión de mi padre sobre esos dos años que malgastó, me ha hecho cuestionármelo todo. Yo no quiero encontrarme contigo dentro de unos años y darme cuenta de que fui un gilipollas. Y sí, el futuro es incierto, nadie sabe lo que va a pasar, ni se puede controlar. Sin embargo, si algo he aprendido en mi trabajo es que se puede navegar, que se puede determinar un rumbo. De hecho, es a lo que me dedico. Ya te conté que me especialicé en planificación estratégica y prospectiva, y fue porque llevo toda la vida obsesionado con lo que está por venir. Me hice experto en detectar riesgos sistémicos, cisnes negros, hechos disruptivos y calamidades varias, para planificar escenarios y estar preparado para afrontar lo que venga. Así aprendí que el futuro no es la continuación del pasado, sino que es caminar hacia donde tú decidas. Bien, pues todo esto que aprendí y que aplico en mi trabajo con empresas, jamás lo había aplicado a mi vida. Por eso hoy me he dado cuenta de que no tenía ni puta idea de hacía adónde iba.

Kira sintió que algo parecido a un rayo la recorría de arriba abajo y farfulló:

—Ah, ¿no?

Yago negó con la cabeza, la cogió de la mano y confesó orgulloso y feliz de lo que estaba haciendo:

—Yo creía que tenía las riendas, pero lo único que me ha movido ha sido la inercia y el miedo a sufrir. Hasta hoy. Porque la revelación que he tenido es que por fin sé hacia dónde quiero ir. Por primera vez, tengo un rumbo fijo, por eso he cogido el coche y estoy aquí. Y tengo algo de vértigo, no te lo voy a negar, pero ya no tengo miedo.

Kira que estaba a punto de llorar, entrelazó los dedos con los de Yago y susurró:

—¡Ay, Yago, creo que se me va a salir el corazón!

Yago recortó la distancia que los separaba, la abrazó y le aseguró:

—Tranquila que todo va a salir bien. Porque una vez más me he dado cuenta de que lo que tengo que hacer es aplicar lo que he aprendido en mi empresa a mi vida. Y me refiero a que es fundamental tomar decisiones rápidas.

Kira que tenía apoyada la cabeza en el pecho de Yago, la alzó y preguntó con los ojos como platos:

—¿Qué clase de decisiones quieres tomar conmigo?

Yago sonrió y respondió con una rotundidad impresionante:

—Vente conmigo.

Kira se quedó perpleja, pues aquello era alucinante. Apenas dos horas antes estaba convencida de que iba a pasarse la noche lamiéndose las heridas en el sofá y la realidad era que Yago le estaba pidiendo que se fuera con él.

—No me puedo creer que me esté pasando esto...

—No te estoy pidiendo que dejes el trabajo ni que te vengas ya mismo. Pero cuando tu contrato acabe, cuando vuelvas a Madrid, podrías venirte conmigo. O yo irme a tu casa, lo que prefieras...

—No creo que Tania vuelva a Madrid. El piso lo tendré que dejar y cogeré una habitación en otra parte.

Yago, por si acaso no había quedado clara su particular declaración de intenciones, repuso:

—En mi casa.

—Jajajajaja. ¡Vas lanzado! —exclamó Kira, que no podía creer que ese hombre fuera el mismo que había conocido hacía una semana.

—Es lo que he aprendido con mi empresa, si he tenido éxito es porque he sido rápido y he sabido rodearme de gente mejor que yo y en la que confío absolutamente. Y son tan buenos que la empresa incluso funciona mejor cuando yo no estoy. Pues en mi vida personal esto es igual de extrapolable. Tú eres mejor que yo, confío en ti, creo en ti y sé que todo va a salir bien. No puede ser de otra manera.

—Y ¿todo esto lo has meditado durante el trayecto? —preguntó Kira, perpleja.

—Me iba a explotar la cabeza, pero lo tengo todo muy claro, Kira. Ya sí. Y no te voy a decepcionar. Ya lo verás.

—Madre mía, y yo que estaba convencida de que lo nuestro solo iba a ser un bonito recuerdo. ¡Es que estoy flipando! No me esperaba esto.

—Ni yo. Pero estoy enamorado de ti. Y a la primera persona a la que se lo dije fue a Diego, que se lanzó al teléfono para llamarte y contártelo.

Kira había escuchado perfectamente que Yago había dicho que estaba enamorado de ella, cosa que era tan alucinante que rompió a reír de los nervios y luego exclamó:

—Jajajajaja. ¡Es que menudo es tu sobrino!

Yago pensó que Kira tenía razón, su sobrino era lo más, si bien él no pensaba quedarse atrás. Ya no. Así que habló dándole todo:

—Oye, pero yo estoy haciendo mis avances. Es más, ya estoy en condiciones de decirte que el amor que siento por ti me ha dado la lucidez necesaria para saber qué es lo que quiero. Y te quiero a ti.

Kira se quedó tan impactada que se echó las manos a la cara, luego las apartó y exclamó atónita:

—Joder, Yago. ¡Eso no es un avance, eso es una revolución!

Yago se encogió de hombros, porque ya no había vuelta atrás y repuso:

—Es lo que hay. Si quieres protagonizar una historia como esas que tanto te gustan, una de esas que surgen en tu piscina, de dos que se conocen y su mundo cambia para siempre, cuenta conmigo.

Kira por supuesto que quería protagonizar una historia así y lo que estaba escuchando no lo había imaginado ni en sus mejores sueños. Es más, es que era tan increíble que insistió en preguntar:

—¿Y quieres que me vaya a vivir contigo?

Sin embargo, Yago se tomó la pregunta como si a ella su propuesta le supiera a poco, por eso

redobló la apuesta sin ningún problema:

—¿Tú prefieres otra cosa? ¿Quieres que te pida matrimonio?

A Kira casi le dio algo, resopló y luego farfulló:

—Ay, madre. ¡No!

A Yago le hizo gracia la cara de pánico que puso Kira y comprendió perfectamente su negativa:

—No te fías de mí. Es normal. No te preocupes. Lo entiendo. Después de mi espantada del domingo, es lógico que necesites tiempo para creer en mí.

—Me fio de ti. Lo que sucede es que me cuesta creer que ahora sí que quieras tener conmigo algo serio.

Yago la entendía, cómo no iba a entenderla después de cómo se había comportado, pero con todo siguió sincerándose:

—Yo no concibo mi vida sin ti. Ya sé que nos conocemos desde hace poco, que todo ha sucedido muy deprisa, pero esto no es un rollo de verano, ni nada por el estilo.

Kira, aunque solo tenía que mirarle a los ojos para saber que estaba diciendo la verdad, inquirió:

—¿Y qué es entonces?

Yago ni se lo pensó y, aun a riesgo de que Kira pensara que estaba loco perdido, respondió:

—Me importas, quiero cuidarte, quiero quererte, quiero darte lo mejor de mí.

—Yago, por Dios, ¿cómo puedes pasar de un extremo a otro?

—Ya sé que parezco un pirado, pero no lo soy. O sí. A lo mejor estoy loco de amor. Pero no es que haya pasado de no sentir nada por ti a sentirlo todo. No es así. Yo siento por ti desde el primer día que te vi con esa camiseta horrenda naranja. Y el domingo estuve a punto de decirte que te quería, pero me cagué y me tuve que tragar mis palabras. No tuve el coraje de decírtelo. No obstante, me ha bastado una semana sin ti y todo lo que te he contado para darme cuenta de que estaba equivocado. Y, desde luego, que te pido perdón por cómo me fui el domingo. Mi actitud fue lamentable.

—Cuando dijiste que para qué querías mi teléfono, después de lo que habíamos vivido, me quedé muerta —le confesó Kira.

—¡Qué vergüenza! Lo siento muchísimo. Me puse tan nervioso que actué como un idiota. Y lo que es peor, cuando me marchaba ¿puedes creer que todavía me quedé esperando que me pidieras que no me fuera?

—¿Cómo iba a pedírtelo? —replicó Kira, estupefacta—. Tras esa despedida, lo que pensé fue que habíamos vivido algo bonito, pero que no querías ir más allá, que te conformabas con el recuerdo.

—Joder, Kira, ¿cómo me voy a conformar con recuerdos cuando puedo tenerte en mis brazos?

—¿Qué querías que pensara? —replicó Kira, y Yago sintió que se merecía eso y más porque no podía haber sido más imbécil.

—Lo sé. Y te agradezco que me hayas dado la oportunidad de explicarme. Como también entiendo que te cueste creer en mis palabras.

Kira entonces se acordó de lo que le había dicho Tania sobre los hombres y los hechos y replicó:

—Estás aquí. Has vuelto y estamos otra vez en esta cala.

Yago pensó que estaba en el único sitio en el mundo en el que le apetecía estar y le preguntó con el alma en vilo:

—¿Y podrías darme otra oportunidad?

Kira vio tantas cosas en los ojos de ese hombre, que la miraba expectante, que negó con la cabeza y respondió:

—No.

Yago sintió que el mundo se hundía bajo sus pies, pero la respuesta de Kira entraba dentro de lo esperable.

—Tenía la esperanza de que no fuera demasiado tarde. Pero me he equivocado y no voy a tener vida para lamentarme —masculló desolado.

Sin embargo, Kira le cogió de la mano, negó con la cabeza y le habló convencida:

—No es demasiado tarde, Yago. Ni tampoco quiero darte otra oportunidad. Quiero que olvidemos todo lo que pasó el domingo y que retomemos lo que empezó en esta cala.

Yago la miró con los ojos vidriosos, seguro de que no había escuchado bien y replicó:

—¿Me perdonas?

—Es más que eso, es que te quiero, Yago. Y tienes razón en que esto es una locura. Y posiblemente esto sea un error, pero tengo la certeza de que va a ser el mejor de todos.

Yago no pudo más y por fin hizo lo que llevaba deseando desde que se había bajado del coche.

La agarró con una mano por la nuca, deslizó los dedos en el pelo sedoso de Kira y la besó con todo lo que tenía dentro...

## Capítulo 29

A partir de ese viernes, Yago estuvo yendo a verla todos los fines de semana hasta que acabó la temporada estival.

Tuvieron muchas noches mágicas bajo las estrellas, bailaron bajo la luna llena, se besaron tras el jazmín trepador, hicieron el amor en el sofá donde Yago pensó aquel día que iba a quedar desterrado y se les debía ver tan bien juntos, que inspiraron a Iván un final feliz para la historia del hombre de negocios amargado y la dulce institutriz.

Precisamente, el último día, cuando ya estaban en la recepción con las maletas empacadas, Iván les dio las gracias a Kira y a Yago.

—Ha sido un placer conocerlos, chicos. Sin vosotros, jamás habría escrito una historia con unos secundarios tan redondos y auténticos.

—¡Y que acaba bien! —exclamó Tania, exultante y de la mano enorme de Iván.

—A ver si sigue así la segunda temporada... —masculló Yago, que hablaba mitad en broma, mitad en serio.

—Esta serie te garantizo yo que sí. Las próximas que escriba no sé... —aseguró Tania.

—Yo tampoco porque desde que estoy enamorado todo lo veo de color de rosa. Pero os estoy muy agradecido, llegué a este hotel con una historia que hacía aguas por todas partes y ahora me voy con la temporada escrita entera y enamorado de mi musa —dijo Iván, y Tania le miró feliz.

Kira entonces se percató de que acababa de llegar el taxi que habían pedido y habló con pena:

—Vuestro taxi ya está aquí.

A Tania se le llenaron los ojos de lágrimas, se abrazó a Kira a la que se le caían los lagrimones por el rostro y musitó:

—Te voy a echar infinitamente de menos.

—Y yo.

—Pero no tenemos que estar tristes —le dijo Tania llorando igual.

—No, claro que no —farfulló Kira.

—Yo he encontrado a un hombre que ha escrito un final feliz para mí y tú has encontrado lo que buscabas.

Kira miró a Yago que estaba despidiéndose de Iván y replicó sintiendo que no podía estar más enamorada de él:

—Estuvo perdido mucho tiempo, pero ahora sabe lo que quiere. Y va a piñón, ya sabes lo terco que es.

—Te quiere como siempre deseaste que te quisieran —afirmó Tania, que se alegraba muchísimo de la felicidad de su amiga.

—Y tú tienes a tu Corazón de fuego salvaje... —repuso Kira con una sonrisa enorme.

—Sí. Al final encontré a mi unicornio. ¿Estamos muy locas, Kira?

Kira asintió sin dudarle y respondió resignada:

—De remate total.

Tania se abrazó a su amiga otra vez, se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y musitó:  
—Pero tú vas a ser siempre mi gran amor, pero en amistad. Pase lo que pase, vamos a estar juntas siempre.

—Claro, tú siempre serás mi gran amor amistoso —afirmó Kira, enjugándose las lágrimas también.

—Eres muy importante para mí, Kira. Porque además eres mi familia. Y últimamente mi única familia. Desde que no me hablo con mis padres, mi hogar ha estado donde tú estabas.

—Calla, no sigas, que voy a dejar a este plantado y me voy a ir contigo a donde sea —bromeó Kira, que no podía parar de llorar.

—Siempre hay que tener un plan B —aseguró Tania, risueña.

—Lo tendré en cuenta.

—Sí, porque los amores van y vienen, pero esto nuestro nunca pasará.

—Nunca. Pero estos amores, me da a mí que no se van a ir... —dijo Kira, señalando con la cabeza a Iván y a Yago.

—No, el tuyo no. Después de la que organizó, ha aprendido bien a valorar lo que tiene.

—Y lo tuyo con Iván es tan intenso y tan fuerte que no va a poder nada con él.

—Lo que pasa es que me voy a tener que ir muy lejos —se lamentó Tania.

—Son solo unas horas de avión —le recordó Kira, que sabía que no iban a dejar de visitarse.

—Y San Petersburgo no es tan frío en invierno...

—¡Y con Corazón de fuego al lado, mucho menos!

Las dos se echaron a reír, Iván se acercó a ellas cargando con unos maletones enormes y musitó:

—Nos tenemos que marchar ya. Pero esto es solo un hasta luego...

Kira y Tania se fundieron en un abrazo y se separaron sabiendo que se iban a tener siempre.

Luego Kira se marchó junto a Yago, que también estaba con las maletas en ristre y le dijo sin parar de llorar:

—Tenemos que ir a San Petersburgo...

—Cuando quieras —aseguró Yago, que dejó una maleta en el suelo, sacó un clínex del bolsillo de su cazadora y se lo tendió.

Kira se secó las lágrimas y dijo porque no iba a aguantar mucho sin ver a Tania:

—En Navidad tiene que estar bonito.

Yago, feliz de estar en la vida de Tania en Navidad, cogió otra vez la maleta y repuso entusiasmado:

—Pues vamos en Navidad...

Kira sonrió y musitó encantada:

—Vale.

Luego, echó mano de sus maletas y a Yago le entró una cosa en el cuerpo que le hizo preguntar:

—¿Y ahora a dónde quieres ir?

Pues a pesar de todo lo que habían vivido esos días, de todo lo que se habían dicho, le entró un miedo, tal vez absurdo, a que Kira tuviera otros planes, y lo que era peor, sin él.

Pero Kira, que conocía ya lo suficiente a Yago como para intuir qué le estaba pasando, respondió como si fuera lo más lógico del mundo:

—A casa.

—¿A cuál casa? —preguntó Yago con el corazón en un puño.

Kira sonrió, y para disiparle de una vez los temores que le estaban asolando, respondió tan tranquila:

—A la tuya. Me muero por ver el jazmín trepador.

Yago, con unas ganas infinitas de gritar de felicidad, matizó:

—A la nuestra, entonces.

Kira asintió, se encogió de hombros y repuso:

—Yo no tengo pensado ir a otro sitio. En todo caso, podemos pasar antes por casa de mis padres para que los conozcas.

Yago, entonces, soltó las maletas, cogió las de ella para dejarlas en el suelo, la abrazó, la besó desesperado y le confesó:

—Perdóname, pero es que me ha entrado un poco de agobio. De repente, me ha dado por pensar unas cosas horribles.

—¿Cómo qué?

—¿Y si después de todo, la vida me tiene deparada una sorpresa inesperada y esto acaba en final amargo o incluso trágico? ¿Y si te lo has pensado mejor y ya no te intereso ni como mejor error de tu vida?

La respuesta de Kira fue agarrar las maletas y echarse a andar con determinación en dirección al *parking*:

—Deja de pensar esas cosas, por favor.

Yago se arrancó detrás de ella y el preguntó con ese runrún que no podía quitarse de la cabeza:

—¿Por qué no? La serie de Iván aún no se ha rodado, todavía puede haber un cambio de guion y la institutriz dulce puede acabar mandando bien lejos al pelmazo del tipo torturado.

—Ya no va a haber más cambio en los guiones —aseguró Kira, corriendo hacia donde estaba el coche de Yago porque estaba empezando a llover.

Y Yago corriendo detrás de ella siguió dale que te pego:

—Pero a lo mejor es todo demasiado feliz y vende más que el tipejo torturado acabe en la puta mierda sin el amor de ella, que es una diosa y que corre que se las pela con las maletas.

Kira entonces se detuvo, se giró y para zanjar el asunto de una vez le dijo:

—No le des más vueltas. La historia es esa. Y acaba bien.

Yago se quedó parado frente a ella, cada vez llovía más y más, y preguntó porque él se manejaba fatal en ese tipo de situaciones:

—¿De verdad?

Kira se retiró los gotones de agua que le caían por el rostro y respondió:

—Claro.

Yago suspiró, se quedó sin habla, pero al momento la recuperó para decir:

—Joder. Disculpa. Es que esto del amor para mí es nuevo. Soy tan feliz que a veces ni me lo creo. Y se me va la pinza... Pero iré mejorando...

Kira sonrió porque en la vida le había mirado ningún hombre con la cara de enamorado que tenía Yago y repuso:

—No pasa nada. Esto también es nuevo para mí. Es la primera vez que tengo una relación en la que los dos tenemos el mismo nivel de compromiso.

—No, yo tengo más —precisó Yago—. Yo me casaba mañana mismo...

—Vale, está bien. Mejor me lo pones, es la primera vez que mi pareja se involucra más que yo —repuso divertida, tras echar a correr otra vez con las maletas.

Yago salió disparado detrás de ella, en tanto que gritaba:

—Por eso esta es la buena. ¡Esta vez sí que te va a salir bien!

Llegaron al coche, como sopas, metieron todo en el maletero y ya dentro, Kira le miró con los ojos más brillantes que nunca y musitó:

—Yo tengo muy claro adonde quiero ir, Yago. Y voy para allá con todo.

Y Yago, sintiendo que no se podía ser más feliz que él, replicó:

—O sea, a mi casa, quiero decir, a la nuestra.

Kira asintió y hacia allá que fueron...



## EPÍLOGO

Seis años después, Kira y Yago caminaban por uno de los pasillos del Hermitage en San Petersburgo, agarrando cada uno de la mano a un niño de tres años.

—Como no os deis más prisa, vamos a perder a la guía —advirtió Diego, que iba de la mano de Yasmina.

—Yaros no puede correr más, es un espíritu sensible y se queda extasiado ante tanta belleza —replicó Yago a su sobrino.

Yaroslav era el hijo de Kira y Yago, y se llamaba igual que el hombre de negocios torturado de la serie *Atardeceres Rosas*: fue un guiño a Iván, su padrino.

La serie iba ya por la sexta temporada y era un éxito sin precedentes.

—Es que la guía está loca por mostrarnos su cuadro favorito —habló Kira que de repente vio como Tania miró hacia atrás y se paró por fin a esperarles frente a *Retrato de dama en azul*.

Yago cogió en brazos al niño que era idéntico a él, y aceleraron el paso para alcanzar a la guía que estaba hablando con Yasmina y Diego.

—Entonces, ¿vas a empezar Medicina el año que viene? ¡Madre mía, cómo pasa el tiempo!

—Y Yas estudiará Arquitectura y diseñará la casa donde viviremos cuando nos casemos —le contó Diego, entusiasmado.

—Realmente ya la tengo diseñada... —contó Yasmina, mirando a Diego con una complicidad tremenda.

—¡Es increíble! —exclamó Tania, la guía—. Yo creo que es la magia del hotel *Atardeceres Rosas* que hace que todos acabemos cumpliendo nuestros sueños.

—¿Y tú soñabas desde siempre con esto? —le preguntó Diego, con curiosidad.

—Yo estudié Historia del Arte, pero ni había trabajado nunca en lo mío ni me atrevía a soñar con estar en un sitio así. Sin embargo, estoy de guía en el Hermitage y soy una privilegiada que tiene el lujo de poder mostrar a la gente estas maravillas.

—¡Cuánto me alegro, Tania! Y eso que dices de la magia del hotel que hace que se cumplan los sueños también incluye al amor —apuntó Diego.

—Claro, claro. Iván y yo nos casamos al poco de llegar a San Petersburgo. De hecho, me pidió matrimonio frente a este cuadro, que es nuestro favorito, y ya tenemos tres hijos. Imagina... Y tus tíos se casaron hace ya cuatro años.

—Sí, lo de mi tío fue muy fuerte, porque ni con la alianza puesta en el dedo se creía que estuviera casado con Kira. El pobre tenía tan asumido que era un incolocable que le ha costado un montón creer en la magia del hotel. ¡Incluso pienso que todavía no se cree que tenga un hijo!

Todos se echaron a reír, y justo en ese momento apareció Yago, que había escuchado perfectamente a su sobrino:

—¡Ya estás enredando! ¿Qué estás hablando? —refunfuñó.

Diego, muerto de risa, respondió a su tío que estaba con el ceño fruncido:

—La verdad. Te costó creer en la magia...

Yago sin soltar la mano de su hijo por el que sentía un amor infinito repuso:

—Es que a veces uno es tan feliz que ni se lo cree.

Y luego, miró a Kira y sintió que no podía ser más afortunado. Había formado una familia con la mujer a la que amaba y se seguían estremeciendo cada vez que hacían el amor.

No podía pedirle más a la vida y si alguna vez le entraba alguna neura de las suyas, solo tenía que escuchar a Kira decirle que le amaba y se le pasaba todo. Así, de un plumazo.

—O es que a veces uno es tan pimpín que... —replicó Diego, con guasa.

Pero su tío le paró rápido los pies a su estilo, el de toda la vida, a pesar de que ya tuviera diecisiete años y midiera tanto como él:

—Diego si quieres seguir viniendo a San Petersburgo, cierra el pico. ¿Estamos?

Kira contemplaba la escena tronchada de risa y pensando lo mismo que la primera vez que los conoció a los dos.

Yago era capaz de todo por los suyos, era familiar y protector, y sin duda era el mejor padre que podía haber elegido para su hijo.

Y también el mejor marido.

Le dio el sí en la cala en la que lo hicieron por primera vez y a la que volvieron para celebrar su segundo año juntos.

Y no se arrepentía.

Esa noche concibieron a Yaros y con su llegada sus vidas habían cambiado para siempre.

Yaros era ahora el centro de su mundo...

Lo era todo.

Y era una maravilla poder vivir la maternidad con un hombre al lado como Yago.

Estaba siempre ahí. Lo daba todo. Y con él era imposible no tener siempre una sensación de seguridad que la tenía cada día más enamorada.

Como enamorado estaba Diego, que se quedó atónito cuando Tania contó después de que su tío le mandara que cerrara el pico:

—Pues yo tengo que darle una noticia a Yas y a Diego...

—¿Cuál? —preguntaron al unísono Yas y Diego.

—Iván se ha inspirado en vosotros para una de las tramas principales de la séptima temporada de *Atardeceres Rosas*.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Diego, emocionado.

—Y luego el pimpín soy yo —farfulló Yago con retranca.

—Es que amo esa serie. ¡La veo con mi madre y babeamos juntos! —explicó Diego.

Yago batió las manos, puso una cara de asco muy graciosa y repuso:

—¡Son igual de cursis, la madre y el hijo!

—Pues a ti te hizo mogollón de ilusión ver recreada tu historia de amor con Kira en la primera temporada —le recordó Diego.

—Lloró y todo —apuntó Kira, mordiéndose los labios para no partirse de risa.

Yago bufó, miró a su mujer y refunfuñó mientras su hijo le miraba divertido:

—Anda que tú también... ¡Esas cosas no se cuentan!

—¡Pues nos mandó hasta la foto! —se chivó Diego.

Kira se encogió de hombros y se justificó diciendo la verdad:

—Lo hice para que Iván supiera hasta qué punto te impactó la historia...

—Quedó preciosa la serie —aseguró Tania—. ¡Y hasta aparece la maceta de jazmín trepador y los besos a escondidas!

—Tengo que contarle a Iván nuestro primer beso para que lo incluya —le dijo, ilusionado, Diego a Tania.

—¡Tú lo que tienes que hacer es centrarte en estudiar y ya está! —le exigió Yago, muy en su línea.

—Puedo hacer otras cosas aparte de estudiar... —le aseguró Diego a su tío.

—Besos habrá porque lo que cuenta una de las tramas de la séptima temporada es la historia de amor del sobrino de Yaroslav con Yasmina, la hija de un héroe de guerra —contó Tania que tenía un conocimiento absoluto de las tramas de su marido.

—¡Espero que sea una historia de amor flipante! —exclamó Diego, exultante.

—Tiene previsto que se desarrolle en varias temporadas —apuntó Tania.

—¿Y serán felices? —preguntó Diego.

—Por supuesto. Igual que nosotros. ¡No hay más que vernos!

—Yagui lo disimula más, porque no para de gruñir —repuso Diego, con guasa.

—¿No será que no paras de incordiar? —inquirió Yago.

—A lo mejor un poco. Pero sí: se os ve de puta madre...

Yago fue a replicarle que no fuera malhablado, pero todos se partieron de risa y a él no le quedó más remedio que reírse también.

Pues en el fondo su sobrino tenía razón: se los veía genial.

Y tal vez era porque todos tenían un rumbo fijo del que no pensaban desviarse ni un ápice...